

FRAY MOCHO



“ Misiva de amor ”



—Yo no creo que nadie pueda ver lo que está oculto.



—¡Claro que sí! Yo veo que las tortitas que lleva guardadas Pipiri, tienen azúcar por encima.



—Pues mi papá lo ve todo cuando se pone las gafas.

—Y con los gemelos de teatro de mi mamá... Se ven las cosas grandotas por un lado y pequeñas por el otro.

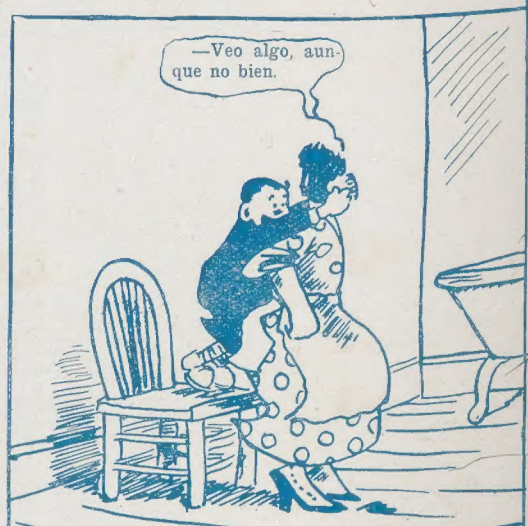


—¿Qué son todas esas cosas que llevas en el bolsillo?

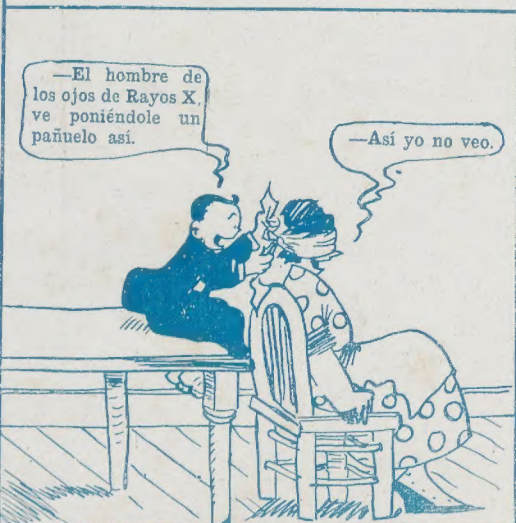
—¿Vos lo ves todo mamá? ¿Vos ves lo mismo que Alexis Wuskabusca, el hombre de los ojos de Rayos X? ¿También ves como él a través de las paredes?



—¿Cómo ves si te tapo los ojos con las manos?



—Veo algo, aunque no bien.



—El hombre de los ojos de Rayos X, ve poniéndole un pañuelo así.

—Así yo no veo.



—Absolutamente nada.

—¡Qué lindo! ¿No ves nada?



—Espera un momentito que voy a ver si haces una prueba.



—Tomá la pluma mojada en tinta... ¿Puedes ver lo que escribes?

—Absolutamente.



—Muy bien. Firmá cuando yo te diga. A ver si escribis derecho...





FRAY MOCHO



Fundado el 3 de Mayo de 1912.

Redaccion y Administración. BOLIVAR 879

Año XVI

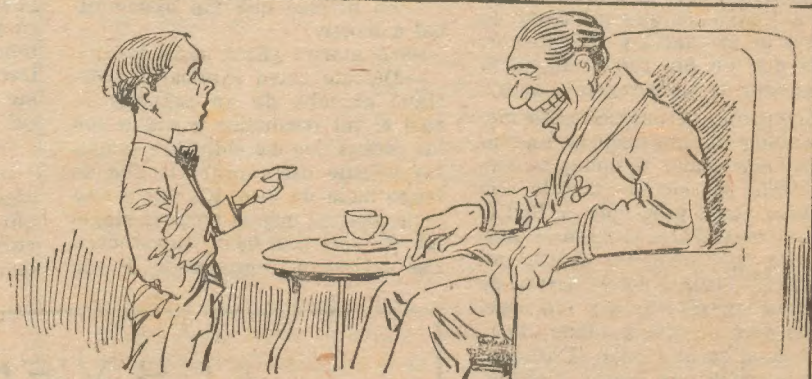
Buenos Aires, 3 de Mayo de 1927

N.º 784

De actualidad, por Rojas



—¡Por fin proclamaron a Melo!
—Me lo... figuraba.



—¿Es tuerto el político Gallo, papá?
—¿Por qué dices eso?
Porque siempre te oigo decir que tienes un ojo de gallo.



—Yo me alegraría que triunfara Melo porque como soy el que le barre la calle donde vive, le pediría que me sacara de la basura y me metiera de cabeza en las aguas corrientes.
—No te vendría mal.



—Todas las convenciones han sido siempre muy convenientes. Por eso soy yo un convencido de que la convención conviene. Se lo dice a ustedes un convencional.
—¡Convencido, amigo, convencido!



Yo quisiera, tío, que me presentara usted a Gallo.
—Pero si no lo conozco.
—Le oí decir a usted que era amigo suyo.
—Sí; pero es de este la pelea.



UN COBARDE

Por Jean Richepin

Cuando, después de mucho caminar llegamos al fondo de ese valle lejano adonde él me condujera; toméme, silenciosamente, mis manos entre las suyas y se echó a llorar como una Magdalena.

Los motivos de su tristeza no me eran desconocidos. El mismo me había contado en diferentes ocasiones las circunstancias dolorosas de su vida; y todas esas confesiones, hechas en los momentos de expansiva desgracia, me hacían suponer la catasa de sus lágrimas.

Hijo natural de una comedianta de la legua y de un israelita muerto en prisión, había sido arrastrado por su madre, durante la infancia, a través de una multitud de teatros de provincia y del exterior, hasta que un día fué abandonado por el azar de las peregrinaciones.

Encontrándose una hermosa mañana solo y desamparado en un rincón sudamericano de donde su madre había partido sin decirle una palabra, vióse precisado a luchar penosamente contra el hambre. Después de mil trabajos, logró, sin embargo, volver a París, tierra de hombres sin profesión y sin esperanza; pero no consiguiendo nunca ganar aquí su pan como él hubiera querido, tuvo que seguir viviendo empujado por el aire de la casualidad, siendo ayudado por uno, siendo alojado por otro, siendo nutrido por el mundo. Por su buena fortuna esa familia bohemia que vive sobre las tablas y que tiene siempre el corazón en la mano, le conocía.

Mal educado; acostumbrado al lujo de contrabando y a una pereza enorme; no sabiendo ningún oficio y habiendo recibido una instrucción endemoniada, sin orden ni formalidad, era incapaz como dicen las gentes vulgares, de sacar ninguna utilidad de sus diez dedos.

Un año, varios, pasaron delante de su inercia. Él los dejaba correr, y sólo de tiempo en tiempo le venía un acceso de vergüenza y dignidad. Entonces tomaba resoluciones decidiéndose a trabajar. Pero toda la buena voluntad se fundía al día siguiente en el diluvio de sus lágrimas inútiles. Como después de todo era un muchacho encantador, original, raro y más digno de lástima que de vituperio, yo le había mostrado siempre una amistad piadosa, y había sido siempre el confidente de su crisis que comenzaban en ataques y acababan en lloriqueos. Pero nunca le había visto tan lúgubramente desconsolado como el día que me condujo al fondo de aquel valle.

Yo trataba de calmarlo, de calmarlo un poco con algunas buenas palabras; pero mis palabras no hicieron en él un efecto parecido al de otros días.

Al fin él se decidió a cortar bruscamente el curso de mis insinuaciones mirándome de frente y diciéndome con tranquila resolución:

—Ya que según me ha parecido, usted tiene por mí algún cariño,

¿sería capaz de hacer en mí obsequio una cosa que podía sacarme de penas para siempre?

—Sí, yo haré todo lo posible...

—Pues bien, si usted me tiene alguna afección, ahora es el momento de probármelo acuéndome un servicio que constituirá la más grande alegría de mi existencia.

—¿Qué sucede? — le pregunté con ansiedad.

—Es preciso que me ayude usted a morir.

—¡A morir! ¿Está usted loco?

—Déjeme usted explicar — continuó al cabo de un segundo — cual es mi resolución y cuáles son las causas que me obligan a tomarla; déjeme usted probarle que no tengo nada de loco. No voy a contarle una vez más la historia singular de mi existencia cuyos detalles tristes y vergonzosos le son

Pero aún esa puerta está cerrada para mí. La niña a quien yo adoro no podrá corresponder nunca a mi amor. Siendo pura, siendo risa, siendo la hija querida de un matrimonio honrado, su mano no está al alcance de un bohemio, de un sin fortuna, de un bastardo, de un hijo de la casualidad y del vicio... Pero aun suponiendo que me amara, mi situación sería más terrible. ¿Usted no me comprende?... Será preciso entonces que se lo diga todo, que le hable como a un confesor. La sangre de mis padres no me transmitió solamente el mal moral, sino el mal físico también.

—Sí, ya comprendo.

—Pues bien, déjeme Vd. acabar entonces. No habiendo tomado ningún remedio, las cosas siguen su curso y dentro de algunos años, dentro de algunos meses tal vez,

LOS VIENTOS

Simoun o tempestad, sopro errabundo.
verbo grandioso, formidable empuje.
lleva en su voz el viento cuando muge
todo el eterno diapason del mundo:

como los niños llora gemebundo,
o con la voz de los leones ruge;
y si en la entraña de los montes cruje,
tiene la queja del dolor profundo;

en las cuerdas de hierro de una reja
vibra, y errante músicas semeja;
y cuando el mar a sus impulsos late,

remedan un combate sus rumores,
y resuenan clarines y atambores
sobre el fragor lejano del combate.

Ricardo Rojas.

bastante conocidos. Bien sabe usted también mi manera actual de vivir, y aunque sé de antemano las excusas que su bondad va encontrar para defenderme, le aseguro que mi situación no tiene más que un remedio. Yo tengo la conciencia de vivir en este momento como un hombre sin honra. Durante mi niñez pude sin dificultad, encontrar razones para disculpar mi inercia y para no ponerme colorado ante mi pereza... ahora...

Ahora es diferente. La edad me ha abierto los ojos y comprendo que soy innoble y que no tengo bastante fuerza de voluntad para dejar de serlo, la cual es más innoble todavía.

Además, amigo mío, aun tengo otras razones menos refutables para decidirme. Estoy enamorado de una mujer, de una niña encantadora, y mi amor por ella es profundo, intenso. He ahí una ocasión para enmendarme — dirá usted creyendo como muchos, en las rehabilitaciones por medio del amor.

acento tan alegre que me produjeron un frío extraño en las espaldas. Ya le había respondido en voz baja, sin pensar en las consecuencias de mi aprobación. Luego me arrepentí, y mi arrepentimiento fué comprendido por su perspicacia.

—¡Ah! — exclamó con tristeza — ¿será usted tan cobarde como yo?

—¡Cobarde! ¿Por qué?... Le aseguro que no comprendo nada...

—¿Usted no ha visto lo que mi situación reclama de su amistad? Acabo de decirle, sin embargo, que soy cobarde, y esa palabra debe explicarle la especie de favor que necesito. Estoy convencido de que es necesario suicidarme... Pero no me atrevo a hacerlo personalmente; tengo miedo, soy un cobarde, soy un miserable; se lo aseguro!

—¡Y bien! ¡y bien! — balbuceé temblando, después de entrever la verdad abominable. — Usted quedará...

—Sí — me respondió con voz vibrante, — sí, quiero que usted me suicide.

Y al mismo tiempo trató de meterme entre las manos un revólver cargado.

El pensamiento de un crimen parecido me horrorizó, y así se lo hice ver.

Entonces él se acercó de nuevo, lloroso y suplicante, diciéndome que todo estaba arreglado, que en el bolsillo de su gabán había una carta en la cual aseguraba haberse suicidado; que yo no debía inquietarme; que el valle estaba desierto; que yo debía ser piadoso; que durante toda tu vida no había tenido más amigo que yo; que si le negaba aquel servicio inmenso su único camino era el del crimen; que todo lo que pasara sería culpa mía; que su dicha estaba en la muerte; que yo debía darle la limosna del suicidio; que mi acción sería buena!

Y su acento era tan profundo, tan conmovedor, tan horrible, que su locura me cautivó. Mi atención iba creciendo a medida que sus palabras, y aunque deteniéndome con una mano cada momento más débil, lo escuchaba, le aprobaba y me persuadía poco a poco de que tenía razón.

Al mismo tiempo él redoblaba sus ruegos al mirar mi debilidad... Su voz tenía caricias desconocidas, súplicas irresistibles, algo en fin, de femenino y de insinuante.

—¿No es verdad que tú quieres salvarme? — díjome, por último al oído.

Y poniéndome de nuevo entre las manos el puño de su revólver acercó la cabeza.

El cañón apuntaba justamente a su boca... Yo me sentí trastornado. Un grito de niño, un grito breve y agudo, salió de sus labios al mismo tiempo que mi dedo febril apretaba el gatillo haciéndole saltar la tapa de los sesos.





SINTÉTICAS

RASURACION BANCARIA

La desastrosa crisis financiera por que atraviesa el Japón, y durante la cual se produjeron grandes corridas contra los bancos, en casi todo el imperio, determinó la inmediata clausura de veintinueve de dichos establecimientos de "crédito", donde el ahorro popular había acumulado depósitos por valor de ocho mil millones de yens. El ministro de Finanzas, vizconde de Takahashi ha declarado que no seguirá prestando ayuda artificial a ninguna de las instituciones de referencia.

Aprovechando las enseñanzas que sugiere tal realidad, sería muy oportuno, en los actuales momentos, decir a nuestros dirigentes bancarios:

Señores; obrad con tino
Y tened abierto el ojo,
Pues dijo el refrán ladino:
"Cuando afeiten al vecino,
Echa tu barba en remojo".

CURANDERISMO INTERNACIONAL

El publicista londinense Mr. George Paish, pronunció en el Bond Club, de Chicago, un discurso en el cual propuso la siguiente receta para curar los males que padece el mundo: cancelación de las deudas interaliadas y de las reparaciones alemanas; anulación de las vallas aduaneras en todos los países y construcción de ferrocarriles en todas las regiones despobladas de la América del Sur, Australia, China y Rusia.

Este remedio sencillo,
El mejor de los mejores,
Daré a su autor mucho brillo...
Cuando no ataque al bolsillo
De los que son acreedores.

LONGEVIDAD ACADEMICA

Alguien que seguramente no debe hallarse muy apremiado por las actividades diarias, ha descubierto que entre los señores miembros correspondientes de la Real Academia Española de la Lengua, existen treinta y cuatro solemnes académicos que suman nada menos que dos mil doscientos diez y seis años de edad.

Como la experiencia es madre de la sabiduría, y entre dichos vetustos caballeros debe existir, forzosamente, gran caudal de aquel hábito, es indudable que tal circunstancia constituye una garantía de que la docta corporación posee, en los mencionados señores, otros tantos pozos de sapiencia.

Sin embargo, los energúmenos que cultivan los barbarismos, exclamarán agresivos:

De estos sabios eminentes
No puede aprenderse nada,
Pues sólo son recipientes
De ciencia fosilizada.

COSAS DEL CABLE

Según comunican de París, acaba de inaugurarse en Versalles un gran almacén de artículos comestibles, atendido por la princesa Obolensk, dama perteneciente a la aristocrática familia rusa del mismo nombre. La princesa vende personalmente los comestibles y está obteniendo un completo éxito en su actuación comercial.

La resolución adoptada por esta representante de la nobleza moscovita, constituye la nota del día en la capital de Francia, y está siendo objeto de los más variados comentarios por parte de la sociedad parisiense.

Esta princesa atrayente,
Que, sin duda, será guapa,
Puede quedar insolvente,
Pues no habrá un solo cliente
Que no le pida la "yapa".



EL FORASTERO

Por Martíniano Leguizamón

Por entre vahos de cerrazón que filtraba la luz descolorida del alba, el monte iba asomando sus rama-
jes húmedos de escarcha. Y en el
limpión de una aora — dominan-
do el fiandubaizal circundante, —
como si hubiera llovido ceniza,
blanqueaban las techumbres de la
estancia en uno de cuyos corredo-
res estaba parado un joven de ros-
tro trigüeño que ensombrecía la
barba renegrida y luciente como un
esmalte.

Sus pupilas de reflejos verdosos
miraban fijamente hacia los folla-
jes que el viento estremecía, suges-
tionada el alma tal vez por la hela-
da soledad de aquella naturaleza
triste, sin cantos, sin aromas, sin
rumores, como si la muralla opre-
sora de las tupidas arboledas hu-
biera apagado las palpitaciones de
la vida.

Bruscamente el eco de una voz
le arrancó de su ensueño hacién-
dole volver la cabeza.

Era un negro viejo que avanza-
ba por el sendero muy atareado en
ingerir un tiento a la trenza del la-
zo. Metía la lezna, escupía el tien-
to y lo hacía pasar con suave tirón
hasta dejarlo parejo; observaba un
instante y volvía a dar otra punta-
da, canturreando mientras traba-
jaba:

La lechuza es batará
Y el tero picaso overo;
El tero pone en el pasto
Y la lechuza en su aujero.

Al terminar la estrofa una ex-
presión cómica le alegraba el sem-
blante, zangoloteaba el cuerpo, ato-
rado de risa, mostrando los blancos
dientes intactos y, dando otra pun-
tada, repetía el grotesco cantar.

El joven sonriendo le interrumpió:

—Vea, Calixto, marque en la pa-
leta los terneros barrocos más lin-
dos para buyes; y que no pierdan
tiempo pialando. Lazo corto, y en
cuanto pisen la puerta del corral,
al suelo, aunque sea de la cola,
pues son muchos los orejanos y
hay que terminar en el día la mar-
cación.

El negro hizo una señal de asen-
timiento y se alejó por el sendero
desgranando las notas de su estri-
billo, lento y monótono como zum-
bido de mangangá.

En aquel instante varios jinetes
se detenían junto a la empalizada
del palenque. El que venía delante,
empinándose en los estribos, salu-
dó:

—Buenos días, patrón.

—Muy buenos. ¿Cómo les ha
ido?...

—Lindamente. Ya está encerra-
da la hacienda. Han caído en la
voltiada los toros matreros. Viene
un bragao con las guampas macha-
das como pa chifles. Bravo y traic-
cioneros lo mismo que vibora ya-
rará... Se nos empacó en el sa-
randisal ¿sabe? y nos cornió un
caballo...

—Métnle lazo; con eso Calixto
que tiene buena mano le corta las...
achuras y le canta su canción de la
lechuza.

—Vamos, muchachos — dijo el
capatáz, — yo se los via enlazar
y lo saco puerta ajuera pa que le
hagan sonar el lomo contra el suelo.

Y con la faz iluminada de esa
alegría hombruna que les dilata el
pecho cuando retozan con el peli-
gro, el paisano preguntó:

—Diga, patrón, si lo muento al
bragao con la cara pa atrás y le
clavo las lloronas, ¿qué me rega-
la?...

—Te regalaré mi pañuelo colo-
rao de seda para que lo luzcas
como golilla esta noche en el baile.

aventando la yerba pisoteada, el
borlón de la cola chicoteaba sus
flancos, llameaba la córnea ramea-
da de sangre y una baba espumosa
le caía del belfo palpitante.

Volvía el jinete a azuzarlo ha-
ciéndole viborear la trenza del la-

LOS VIEJOS

Cuando hay corro de viejos marineros
Nos paramos con ellos a charlar,
Ellos se nos ofrecen consejeros:
Nosotros les venimos a tentar.

Ellos nos hablan de los casos fieros
Que han visto, ya en la tierra, ya en el mar:
Nosotros, de los casos lisonjeros
Que en la tierra esperamos y en el mar.

Ellos saben poner ojos severos
Viendo sus juventudes retoñar:
Nosotros, unos ojos lastimeros
Viendo nuestras vejeces apuntar.

De aquel corro de viejos marineros
Que no nos venga nadie a separar.
En su desilusión cobra más fueros
La fuerza audaz de nuestra poca edad.

¡Oh! ¡En aquellos desiertos tan austeros
Nuestro rosál florece sin cesar!
¡Oh! ¡En las nieves de aquellos derroteros
Engrosa nuestra fuente su caudal!

El hablar de los viejos marineros
Es levadura para nuestro pan.
Si alguna vez queréis fortaleceros
Llegad a ver de cerca vuestro mal.

Nada hay duro que pueda endureceros;
Nada hay malo que os haga siempre mal;
Nada hay, en todos los destinos fieros,
De que a la postre no podáis triunfar.

En su corro, los viejos marineros,
Si os hablan de la tierra, os hablan mal;
—Pero madrugan a ver los primeros
Rayos de sol, riendo sobre el mar.

Eduardo Marquina.

—¡Ya estuvo! — añadió gozoso
encaminándose al corral seguido
por los pialadores.

Breves instantes después se sintió una ruidosa algazara; luego una voz alterada que prevenía el peligro: ¡guarda el toro!...

El toro, furibundo, se venía sobre el lazo con los cuernos bajos, persiguiendo al enlazador; pero el jinete, revolviendo el montado, esquivaba la embestida y el animal pasaba huyendo en medio de las burlas de los pialadores.

Detenido bruscamente en la carrera por un cimbronazo, se para-
ba de golpe, escarbaba el suelo

zo ante los ojos; el toro meanaba la cabeza amagando cornadas y arremetía bufando, y otra vez una tendida de riendas, un grito breve y la diestra cabalgadura giraba veloz, describiendo un círculo, y la cornada apuñalaba el vacío.

El lazo se estira crujiendo como una maroma; la res aprisionada se revolvió lanzando bramidos estentóreos, humillada, impotente, rendida en aquella lucha admirable de destreza y coraje con el hombre burlaba su fuerza bruta y su fiera.

De pronto cambió de táctica, se empacó. El gaucha aflojó entonces

el lazo y empezó a acercársele presentándole el anca del caballo.

Estremecido el cuerpo de temblo-
res, la mirada fiera, enhiesto el
cerdoso testuz y las agudas astas
amenazantes como la media luna
de una lanza gigantesca, la bestia
inmóvil resollaba jadeando.

Las risas y las burlas enmudecie-
ron de repente. Los rostros cobra-
ron un gesto grave de anhelosa ex-
pectativa.

Cada paso atrás del caballo acor-
taba la distancia. Vuelto el rostro
hacia el animal, el jinete observaba
sus movimientos sin pestañear, con
el rendaje firme en la mano iz-
quierda, arrollado el lazo en la de-
recha y las espuelas prontas para
pinchar los ijares...

Transcurió un minuto lento, an-
gustioso, trágico.

—¡Chá, chá, torito! — dijo la
voz serena del enlazador que reso-
nó en el vasto silencio.

El bragao emperrado no se mo-
vió.

Crispado de espanto, con las ore-
jas amugadas y el cuerpo encogi-
do, el dócil caballo reculó otro paso
temblando. Sobre el tramo de espa-
cio que lo separaba del toro, la
trenza extendida parecía una cule-
bra.

Sonó de nuevo la voz: ¡chá, chá,
chá, torito!...

Al fin la bestia acosada encogió-
se en los garrones, bajó la cerviz,
los ojos flamígeros se cerraron de
golpe y atropelló.

Sonaron las rodajas al clavarse
haciendo dar un brinco al caballo,
que se tendió a un costado, en el
momento en que uno de los cuer-
nos le hendía la cola arrancándole
un mechón de cerdas.

El lazo se estiró echando humo
al ceñirse en las astas con violento
tirón, oyóse un ruido seco y la
trenza cortada junto a la argolla
serpenteó silbando en el aire y al-
canzó al jinete que, en vano, tra-
tó de evitar el chicotazo abrazándo-
se al pescuezo del montado.

Libre la bestia, embistió a los
pialadores y los desparramó. En-
tonces se irguió bravia, las pezu-
ñas rayaron el suelo levantando re-
molinos de polvo, el borlón de la
cola le chicoteó las ancas, y sus
bramidos estremecieron las
espesuras.

Dió un paso preparándose a con-
cluir con el enemigo que allí cer-
car, atontado por el golpe, perma-
necía inmóvil, con el rostro inten-
samente pálido, veteado de surcos
rojizos.

Más allá, sus compañeros a pie,
impotentes para socorrerlo, contem-
plaban anhelantes la escena, para-
lizados de asombro.

Como si gozara en prolongar la
terrible agonía, el animal avanzaba
lentamente olfateando a raíz del
suelo, erizados los pelos del cogote,
el hocico empapado de espumara-
jos y los astas blancas de sol.

Acortábase la distancia: un tran-
co más y el toro estaba encima del
jinete.

En aquel momento otro jinete
surgía de las espesuras del monte
y lanzando un alarido de desafío
para atraer a la res embravecida,
avanzó a media rienda blandiendo
un arreador.

Fué un episodio estupendo de be-
lleza viril, veloz como el sig-sag de
una centella que a pocos ojos hu-

manos les habrá sido dado admirar. Un pobre gaucha desconocido que llega por azar al sitio donde un hombre está próximo a sucumbir, y con esa suprema abnegación que arroja a la muerte la vida propia para salvar la ajena, se precipita a desafiar el peligro, sereno y altivo, sin un temblor en la entraña.

No se oyó una voz, los alientos se paralizaron, todas las miradas permanecieron, lavadas en aquel cuadro de imponente soberbia.

Con las crines trémulas, alta la cabeza y el ojo azorado, el caballo corría a toda furia enloquecido por aquel forastero, que alzándose en los estribos hacía zumbir los chasquidos de arreador mientras voceaba su reto vibrante:

¡Hop! ¡hop! ¡hop!...

Y ante el grupo asombrado, cuando ya la bestia alcanzaba al herido para envasarlo, el jinete llegó y la pecho a través. Hubo un choque violento de rudeza salvaje, sonó un quejido sordo, y el toro, y el caballo, y el jinete rodaron confundidos entre una polvareda.

Partió entonces un alarido de pavor. Luego otro de loca ansiedad hinchó los pechos de los espectadores.

El forastero se había enderezado esgrimiendo el facón, y atropellando a la bestia le sepultó la hoja hasta la empuñadura.

Balanceando la cabeza como atontado, el toro dió unos pasos trasta-



EL (de regreso). — ¡Qué has hecho tú durante estos ocho días?
ELLA. — ¡Te pregunto yo qué has hecho tú durante estas ocho noches!...

billando, las rodillas se le aflojaron, amagó todavía una cornada al vacío, blanqueó los ojos y un cuajaron de sangre le ahogó el último mujido...

Aquella tarde al oír comentar en el fogón de la estancia su hazaña el forastero, turbado, se excusaba:

—Vaya, no hay pa que mentarlo... no hice más que dar una manito a un hombre medio apurao...

Y cuando lo invitaron para el baile que debía celebrarse aquella noche, el hombre, suspirando, respondió:

—¡Amalaya!... pero yo también ando medio apurao... Me vienen pisando el rastro. Mesgracié; jué peliando sin ventaja; maté de frente... El finao quedó boca arriba, porque no me dieron tiempo pa darle güelta, y eso es de mal agüero...

El patrón lo miró fijamente; las pupilas del forastero brillaban tranquilas, no mentía. Y sin averiguar más de la vida de aquel hombre, tocado por esa secreta simpatía del infortunio, le dijo con la vieja hidalguía campesina:

—Mi tropilla de alazanes está en el correr; vaya, amigo, y métele el freno al que le guste; todos son como para torear alcaldes.

El forastero no se hizo repetir la oferta. Breve rato después, misterioso y taciturno como había llegado, su sombra se borró entre la oscuridad de la noche sin estrellas.

LA POPULARIDAD

Por V. García Martí

Gozar el favor de las gentes, sentirse rodeado de la caricia y del halago de las muchedumbres, obtener el aplauso y la lisonja, les parece a ciertos espíritus el colmo de la dicha terrena como medio de asegurarse un mínimo de inmortalidad. Más de una vez hemos combatido toda tendencia puramente externa, de falta representación y de formas vacías, y hemos difundido la honradez, que consiste en adquirir un contenido positivo y real antes de mostrarse actuando.

Pero en el mundo no van por ahí las cosas. Es más fácil la farsa del prestidigitador, que escamotea la verdad a la vista de las gentes incautas. En la vida de los mercaderes es ya censurable este expediente, pues al cabo, en todo género de actividad humana, por accidental y relativa que parezca, hay siempre un fondo de idealidad donde debe imprimirse nuestro sello de nobleza. Con mayor razón en aquella alta esfera que calificamos de intelectual la falta se hace inexcusable.

Cuando se pretende vivir fuera de toda ley de accidentalidad, enforcar lo eterno y dar, en suma, una constante expresión de espíritu, es escandaloso y repugnante valerse de excomulgados procederes.

Entre nosotros es inconcebible un gesto de rebeldía. El público se atribuye todo poder, considerando al rebelde como un suicida, y no estima obra grande aquella que él

mismo no sanciona. Aquí vendría de perlas la cuestión de la objetividad o valor en sí de operar humano. Claro que esta independencia absoluta del valor objetivo de la obra no se explica; pero puede apelarse del gusto de unas gentes al de otras situadas en planos superiores, y del de una época al de otra más progresiva.

En último término, este punto de vista debe preocupar poco, ya que las condiciones esenciales para garantizar la permanencia, y aun la eternidad, de una obra son: la honradez, en cuanto a la forma, y el sentido de la humanidad, en lo que al fondo concierne. En todo triunfo fácil, superficial epidérmico, está revelándose justamente la fragilidad de la tarea. Una obra maestra es la expresión de un gran contenido espiritual, y tal contenido es una novedad que impone esfuerzos y gastos de importación. Si el mismo agente, emplazado en condiciones privilegiadas, ha tenido que vencer enormes resistencias para alcanzar la majestad de su labor, fácil es suponer los esfuerzos que necesitan los demás hombres, peor dotados, para gustar los encantos de esa obra.

Cierto que la misma tarea del artista o del genio representa una

facilidad otorgada al público, a cuyo alcance se ofrece, hasta donde es posible, la belleza o la verdad, traídas por un excepcional poder desde otro mundo hasta la tierra. Pero las gentes no se redimen por esto del trabajo que les corresponde; así, habrán de recorrer las distintas etapas hasta llegar al fin; necesitan primero saber ver el objeto; experimentar luego la sugestión de su brillantez, y, por último, ratificar, con el juicio que fiscaliza, las impresiones primeras. Mas como no es fácil que todo este proceso sea realizado por un público determinado en sentido estático, sino que habrá de efectuarse en el dinamismo de la vida y en colaboración los de ayer con los de mañana, de ahí que el verdadero grande hombre no pueda ser popular en el modo corriente.

Se podrá decir que hay dos clases de popularidad: la interna, de fondo, que casi siempre es póstuma, y la externa, de superficie, que gozan cuantos indebidamente ocupan una alta jerarquía social.

La primera es la única positiva. Los políticos son un caso frecuente de la segunda.

En el conjunto de una personalidad real y verdadera, todas las actividades están embargadas y como sobrecogidas de esa tensión predominante que caracteriza la dirección esencial del espíritu. Las simpatías y las antipatías, como los demás resortes vulgares de la conducta social, se anulan, y el individuo privilegiado vive fuera de todos estos equilibrios. Sin embargo, el público no perdona estas inependencias; reclama una parte de la gloria que él cree dar por entero. Afortunadamente, la gloria que él puede dar es distinta de la que debe dar. Cuando la debe, si acaso la niega, espíara durante su falta. Esto corrige el grave error de poner una ciega idolatría en un público determinado: el de nuestro tiempo, por ejemplo. Es necesario negarle condiciones absolutas de vida permanente y de juicio eterno.

Por eso, para un gran hombre sin afeites sólo existe el espíritu humano mostrándose desde Adán hasta la consumación de los siglos en un constante anhelo de justicia y de verdad.

En contra de estos hombres, que viven para el mañana y el pasado mañana, están los que penden del favor de la tarde en que viven y de la tertulia que frecuentan.



M A D R E !

Por Trindade Coelho

Guapa cabra, la Russa — pueden ustedes creerlo. — La mejor del rebaño, lucida de mullido pelambre, sin que se le vieran los huesos como a las otras, de continente alivo cuando al frente de la manada parecía ser su jefe, moviendo cadenciosamente el enorme cencerro

— ¡talán, talán! — Era la que más trabajo daba al pastor, de todas las del rebaño, requiriendo particular vigilancia su atrevimiento; pues, si no le iban de continuo a la mano, no había árbol al que no trepase, especialmente si era olivo, ni brote nuevo que no triturasen afanosa, con su diente acerado de rumiante.

Y luego, ahí donde ustedes la ven, resultaba cara, tan sólo por las multas, ya que eludiendo muchas veces la atención del pastor, se metía por las huertas y jardines, causando estragos que los dueños justipreciaban en fuertes sumas. Por eso Alpio José, el pastor, a quien daban las denuncias, colgó del pescuezo de la Russa el cencerro, para que se señalase mejor el paso del animal, pues era aquel cencerro de timbre más fuerte que el de los otros y mucho más grave.

Cuando pastaban en el monte, la Russa era de una audacia extrema. Daba gusto verla trepar a los últimos riscos, subir valerosamente a las aristas superiores de las rocas, muy serena, erguida sobre sus delgadas patas, alargando el cuello o arrodillándose sin temor para alcanzar las hierbas de los declives acantilados y escridizos, sin medir el peligro ni cuidarse de los derrumbaderos, mientras las compañeras se metían por las laderas y las cañadas, saboreando los brezos, sin atreverse a seguirla en sus arriesgadas excursiones de "turista".

Si desde abajo la miraban, sentíase capaz de audacias superiores, y entonces retozaba con saltos funambulescos, de roca en roca, o de garganta en garganta, sin cuidarse del riesgo que corría. Cada culebra que hallaba por aquellos parajes, era para ella una desesperación — con tal furia la perseguía, y tal era la insistencia con que metía los cuernos en los agujeros donde se escondiera el reptil. Sonaba entonces el cencerro con fuerza, y Alpio, que dormía a la sombra de las encinas, con el sombrero echado a la cara, incorporábase sobre un codo, y gritaba hacia lo alto con su vozarrón que despertaba eco:

— ¡Cuidado, Russa!

Y después, de bruces, estirado sobre la manta, de codos en el suelo, la barba apoyada en las manos abiertas, Alpio José entreteníase en mirar a la cabra, envidiando aquella facilidad para subir a los más elevados picos, admirado de los saltos que ella daba para salvar gargantas pedregosas y verticales, donde, si llegaba a caer, moría sin remedio. Y por allá se pasaba la Russa los días enteros, en perpetuo flaneo por sitios inaccesibles al resto del rebaño, resguardándose de la lluvia en los huecos de las rocas, donde hacían nido las águilas.

En uno de esos sitios fué donde la Russa tuvo su primera cría, y allá se quedó, no sé si durmiendo o velando, toda la noche. Al día siguiente quiso bajar y unirse al rebaño que la esperaba. Más de cien veces, mirando hacia la cima de la

ladera, hubo de gritar Alpio José desde abajo, cada vez más desesperado:

— ¡Ven acá, Russa!

Y creyendo que le llamaría más la atención de este modo, púsose a agitar con furia el badajo de los cencerros, gritando sin cesar:

— ¡Russa! vuelve al ganado, ¡Russa!

— ¡Mas era imposible! No se lo permitía la quebrada en que vino a dar a luz, ni el cabritillo podía — ¡pobrecito! — bajar por tales declives, tan pedregosos y ásperos. Pero de noche era tan intenso el frío en aquellas alturas, que el ca-

abrzo de eterna despedida — amigos que iban a separar para un largo viaje de tinieblas, con el corazón traspasado de tristeza, suspirando y gimiendo, en un adiós que era infinito, como infinito era el amor que los unía...

Y a cada momento, cada toque funerario, sonaba el cencerro lúgubremente, asustando al cabritillo, como si fuese aquella la señal del último trance.

Para mayor desgracia las noches eran sin luna. Enclavadas en la bóveda, las estrellas bostezaban soñolientas, en una criminal indiferencia ante aquel dolor supremo, de

EN LA TEBAIDA

Hay veces en que siento una amargura,
un no sé qué, que sin razón me asalta:
es un fugaz momento de pavor,
en un instante en que alguien me hace falta.

Mi soledad entonces es más densa,
siento que se duplica mi vacío
y noto que mi angustia es más intensa
porque no tengo a nadie al lado mío...

Quise vivirme la existencia solo,
y sin ninguna sociedad terrena,
ser un tranquilo paladín de Apolo
a quien debí entregar el alma plena.

Quise estar solo para ser más fuerte,
subir sin lastre, con mi propio anhelo,
y reir de la Vida y de la Muerte
erguido en la alta majestad del cielo.

Pero fué loca aspiración aquella:
para poder subir, es necesario
colocar la sonrisa de una estrella
al final del camino del calvario.

Luis María Jordán.

brutillo se helaba, apretándose contra su madre, que le envolvía en su aliento para calentarlo, lo estrechaba más y más para transmitirle el natural calor de su cuerpo enflaquecido y doliente.

En las altas horas de la noche, en la lúgubre soledad de aquel sitio, acantilado e inabordable, entre peñas escarpadas donde silbaba el viento lúgubremente con una especie de cántico doloroso y prolongado, el balido de la madre, que expresaba angustias y desesperaciones íntimas, respondía al débil vagido del pequeñuelo, cuya vida parecía irse apagando de hora en hora, de instante en instante, aterándosele con el frío los miembros delicados y tiernos.

Tales eran las noches de los dos infelices animales. Con tales fríos y dolores, imposible dormir. Toda la noche pasabanla en vela, gimiendo, estrechándose más y más el uno contra el otro, en un como

que eran únicos testigos.

Y balando mucho, balando siempre, la pobre madre pedía al cielo, cuando menos, la vida de su hijo — ora suplicante en balidos de resignación que un profundísimo dolor ungía, ora desvariada y loca, en gritos que significaban blasfemias, blasfemias de desesperación contra el cielo que no las oía, y contra la muerte que claramente sentía aproximarse, para estrangularle al pequeñito, a quien ella amaba tanto.

Y para hacerle más cruel su enorme dolor, la ironía acerca de los cencerros vocingleros de las compañeras que andaban por los montes del otro lado, dejándola allí sola con su hijito, en espera de la muerte que era inevitable.

Entonces, irguióse por un momento. Agitó convulsivamente el pescuezo, y esparcióse por el aire el triste sonido del cencerro, en un ¡adiós! ¡adiós! de despedida a las compañeras felices que allá iban en vocinglero resonar de cencerros...

En aquella soledad los días eran mejores. Con los primeros rayos de sol, comenzaban ambos a reanimarse; poco a poco desentumeciábanse los miembros y la sangre circulaba. ¡Y el cabritillo sin poder bajar todavía!...

De pie, al lado del hijo, la pobre cabra lanzaba miradas compungidas a los bordes de la ladera, ya para un lado, ya para otro, desvariada y trémula, como escogiendo el mejor camino para conducir a su hijito. ¡Pero todas eran horribles! Bosques y roca viva era lo que se veía por todas partes. Y después el río, allá abajo, rugía en las cascadas, aumentándole el recelo.

¡Imposible, imposible!

Y sentíase desfallecer por falta de alimentación, pues la hierba que allí había, estaba ya comida y recomida por el pastar miserable de tres días seguidos.

En un momento de desesperación, cuando los gemidos del hijo eran más dolorosos y continuos, recobró el valor la cabra, y asegurando entre los dientes al recién nacido tentó el primer paso, arrastrándolo por la ladera, por el sitio en que el declive era menor. Más en breve hubo de desanimarse la pobre, porque el pequeño, así arrastrado, gemía más y más, convulso y trémulo...

¡Imposible, imposible!

Nada hay que pueda significar el dolor de aquella madre, y traducir en palabras la escala de sentimientos y emociones expresadas en su balar. Echóse de rodillas sobre el cuerpecito de su hijo, que, rígido, gemía y estremecía, tendido en el suelo, con la pesada postración del último desaliento. Animábase con caricias, aproximábase a la boca las enflaquecidas y fofas ubres, invitándola a mamar como si aquella leche pudiera comunicar al hijo el valor que a ella misma faltaba en tan aflictivo trance...

Mas, poco a poco, la noche iba cayendo. Habíase ya apagado el último reflejo del ocaso, y sobre las gargantas de los montes pasaban sutilmente las primeras nieblas, blanquecinas y tenues. A medida que las tinieblas se condensaban, decrecían los ruidos en todo el horizonte, acentuándose cada vez más la soñolienta melopea del río en las presas. Surcaban los aires las aves que volvían al nido. Bandas de palomas, como flotantes trozos de armíño, cortaban en vuelos mansos la tranquila profundidad del cielo, en busca de los palomares y de las casas, donde refugiarse de la noche que iba cayendo, bandadas de perdices y de tordos pasaban por allí alegremente, con sonoros chillidos, cayendo de pronto sobre el monte para esconderse en las estepas y en los brezos. Por las hierbas secas arrastrábanse apresurados los reptiles, y bajo los matorrales bravíos la liebre buscaba su cama...

Y todos tenían nido, — palomas voladoras y resonante bando de perdices, los que cruzaban el aire y los que se atrastraban por el monte, lagartijas, lagartos, culebras, toda la colonia vagabunda de reptiles y aves, que pasó alegremente el día y marchaba ahora a recogerse, para volver a empezar cuando amaneciera de nuevo...

Tan solo la desgraciada cabra, allí junto al tierno hijito, no volvió a dar un paso. Con las brumas de la noche vinieron las brumas de la tristeza para su herido corazón de madre. Ya llegaba el frío a flagelar

al pequeño... — al hijo, ¡que estremecíase arrimado a ella, el pobrecillo!

Estallaba por todas partes el rico sonoro de los grillos, vivo y cantante en aquel silencio que se definía. Cerró del todo la noche. El cielo era bajo y nuboso. Centelleaba a trechos la bóveda, irradiando una luz mortecina y blanquizca, que hacía pensar en los últimos trances de la criatura, en que la vida gradualmente se extinguiese en un vago palpitir de párpados soñolientos...

Cuanto más entraba la noche, más preñada de melancolía era la torva apariencia del ambiente y del cielo. Noche peor que las anteriores, aunque con menos balidos, porque madre e hijo hallábanse extenuados de fuerzas y ni podían gemir. ¡Y la muerte que no llegaba, para arrancarlos en el abrazo en que se unieran, apenas cerró la noche!

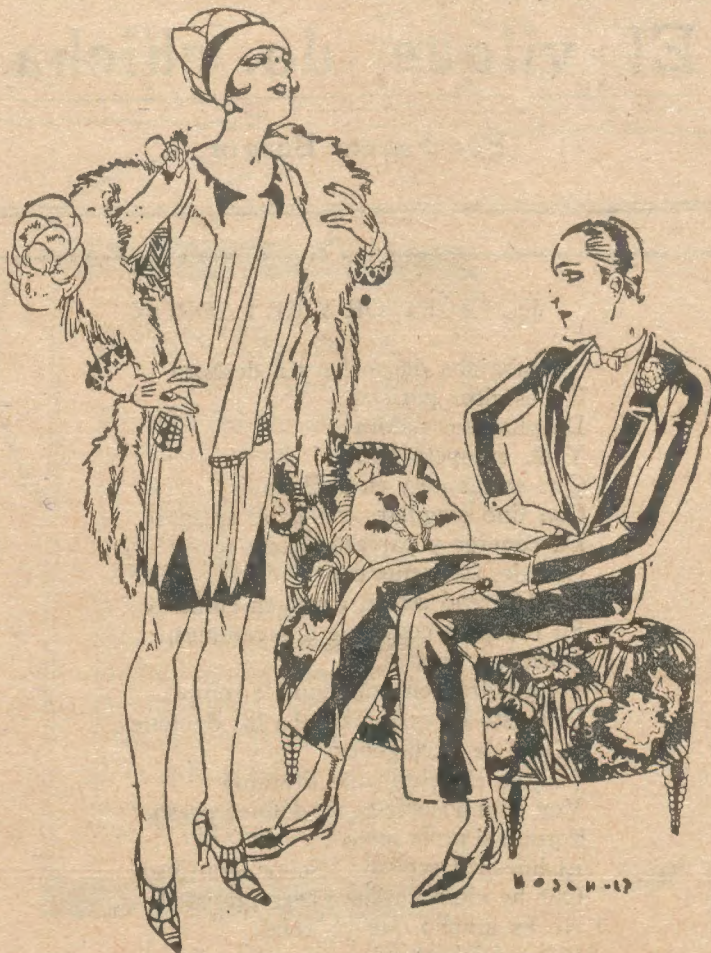
A breve distancia, estaba cortado el monte por garganta hondísima, abierta en la roca viva. Del lado opuesto, y casi enfrente de los moribundos, encendiéronse en las tinieblas dos puntos fosforescentes, de una claridad verdosa y dorada. El inmóvil, aquellos dos ojos amenazadores de lobo, que parecían estar privados de párpados, proyectaban su luz siniestra en dirección del grupo que velaba. La Naturaleza entera retráíase en un como pavor medroso, en que se concentraban los últimos terrores y los silencios lóbregos de las altas horas de la noche. Cerrábase más en el cielo la falange muda de las nubes, espesándose en tintas negras, impenetrables y caliginosas, sin centelleo de estrellas por fugitivo y tenue que fuese...

Y siempre, constantemente inmóviles en la pesada oscuridad, aquellos dos ojos llameantes, de momento en momento más vivos, escurriendo en las tinieblas la dirección más exacta del grupo. Transida de miedo, arqueándose convulsamente en el último paroxismo, y apretaba más y más el cuerpo inanimado del hijito que parecía dormido.

Así durante horas, en aquel atroz suplicio hizo enormes, casi eternas, llenas de acerbo sufrimientos y de indecibles angustias, vacías de esperanzas, tocante a la vida de su hijito.

De repente, aquellos dos puntos brillantes apagáronse en las sombras, y de nuevo los volvió a brillar la cabra, pero ya a más larga distancia. Estremeciéndose la pobre con súbita alegría — y con el impulso que sufrió todo su cuerpo, hasta entonces encogido, sonó el cencerro. Volvió a correr el lobo; y entonces la sin ventura volvió errar en la oscuridad, como dos grandes coleópteros de alas fosforescentes, los ojos antes inmóviles del enemigo. Y por allí anduvo la noche toda, husmeando y abullando, hasta que, cansado de escudriñar lo insondable, se fué la ladera abajo, a los primeros asomos de la madrugada que venía dulcemente, alumbrando picos y aristas.

Al romper el alba, el cielo estaba despejado. Apenas si de trecho en trecho, penachos de blancas nubes hacían ondular sus transparentes cendales, que se desgarraban lentamente al menor soplo de brisa. Poco a poco el azul iba palideciendo, diluyéndose en la luz blanquecina que venía de lo alto en gradaciones imperceptibles y suaves.



—Cuando Julio me dejó creí que me volvía loca.

—¿Por quién?

BACANAL

Sí, compañero loco, que, en tu magnífica borrachera, abres las puertas a puntapiés y haces en público el tonto; que vuelcas tu bolsa en una noche, burlándote del prudente; que vas por caminos extraños y juegas con cosas inútiles; que no tienes sentido ni quieres corazones; que tiendes tu vela al huracán y quiebras tu timón... ¡Sí, compañero, he de seguirte, he de beber y he de ser un perdido!

Mis días y mis noches se me han ido, en vano, entre sabios y discretos; el mucho saber me ha puesto blanco el pelo y el mucho velar me ha quemado los ojos. Mientras yo buscaba y ordenaba trocitos y andrajos, mis años se secaban... ¡Destruye tu tesoro, baila sobre él, mándalo al demonio; que va sé que la mayor sabiduría estriba en beber y en ser un perdido!

¡Vayan con Dios mis escrúpulos malsanos! ¡Pierda yo, sin esperanzas, mi camino! ¡Que el viento salve del desvarío destroce mis amarras! Justos, laboriosos, útiles y listos llenan el mundo. Unos llegan fácilmente a lo primero, y otros, con todo decoro a lo segundo... ¡Felices ellos, y que la vida les sea próspera! ¡Yo prefiero ser vanamente insensato; pues que todo trabajo termina para el que bebe y se hace un perdido!

Lo juro: renuncio desde hoy todo derecho a la diadema. ¡Adiós a mi sabiduría vanidosa, a mi concepto del bien y del mal! ¡Al suelo la urna del recuerdo; que se derrame ¡moras, fresas, arosellas, granadas! — bañará mi risa y le dará alegría. Pisotearé con saña la insignia cortés y severa.

¡Hago voto solemne de ser inútil, de beber y de hacerme un perdido!

Rabindranath Tagore.

Comenzaban a alegrarse las lejanías del paisaje, y la retina acusaba ya las diferencias más salientes de los campos y huertas: pedazos que blanqueaban con el rastrojo, tonos pardos de olivares, tierras plantadas de viñedo y pinares espesos que bordeaban desfiladeros y tocaban el cielo en lo alto de los montes.

Por las laderas de enfrente, caminos y atajos corrían en zig-zag hasta el arenal de la orilla. En torbellinos de blanquísima espuma, precipitábase el agua en las presas, murmurando en los altos riscos de las orillas, ennegrecidos e informes, de una mudez contemplativa y perpetua. Del tejado sereno y dulce una columna de humo, hasta perderse en el espacio amplio y halagador, como una ambición o como un sueño.

Entonces fué cuando Alipio José, al frente del rebaño, abordó de nuevo aquellos parajes, con el propósito de recobrar la cabra extraviada.

—¡Russa! ¡Ven acá, Russa!

Mas precisamente a esa hora, la Russa exhalaba el último aliento, tendido sobre el cadáver de su hijito muerto!...

Y al filo del mediodía, cuando el sol caía abrasador sobre las rocas, pasa en dirección de la montaña, graznando lúgubremente, la hambrienta legión de los malditos cuervos...

Un procedimiento ingenioso

Alphonse Allais, el gracioso escritor francés, recomienda este procedimiento para hacerse despertar en dos hoteles:

“Yo suelo escribir la hora a que quiero que me llamen en las tabillas correspondientes a mis vecinos de habitación. Ejemplo: si yo duermo en el 21, escribo la hora donde corresponde al 20 y al 22. De este modo, el despertar es menos brusco. En cierto hotel provincial no puse en práctica este procedimiento. Tenía que levantarme a las seis de la mañana, para ir a la estación. De pronto, entre sueños, oí golpes y unas voces.

—“¿Qué pasa?... ¡Sí yo no he dicho que me llamen a las seis!...”

“Era el 20. que contestaba al llamado. En cuanto al 22. la cosa fué más épica. El sirviente llamó a la puerta: pam, pam.

—“¿Eh? — dijo el 22. — ¿Quién es?... ”

—“Las se—ls, señor.

“El camarero se alejó. Durante un rato oí murmurar al 22:

—“¡Las seis! ¿Qué tengo yo que hacer hoy a las seis?

“Después, el infortunado se levantó, y se vistió, mientras repetía:

—“¡Las seis! ¡Las seis! ¿Qué diablo tengo yo que hacer hoy a las seis?

“Salí del hotel al mismo tiempo que yo. Iba mirando al cielo y sus labios se movían, diciendo:

—“Las seis! ¿Pero qué tengo yo que hacer a las seis?

“¡Pobre 22!”

Me levanté a las cinco. Era el cielo de un azul claro. Cogí una silla y salí al patio. A esa hora, en el rapacejo de iro de las techumbres, cantaban su canción mañanera los grises papachuichas.

La Juana, una punefia de Cochínoca, vino a darme mate.

—¿Todavía no sabís cebar mate, Juana?...

—No, señor.

—El primero, pelando... los demás... Claro, en Cochínoca, nadie toma mate.

—No, señor.

—Los cochinoqueños coquean todo el santo día y déle a la chicha y al alcohol de noventa grados...

—El Jornet es de noventa y cinco, señor...

—¿Nada más?

—¿Cómo será, señor!

—No sabís cebar mate... ¿De esta laya son los que le cebáis para tu patrón?

Al improviso, la moza cochinoqueña abrió tamaños ojos. ¿Se imaginó que volaban mate y bombilla? ¿Vió su blusa de picote blanco manchada de verde? Y tembló. Era una vicuña asombrada.

—¿De esta laya?

—Sí, señor.

—Parece que los cebaras por la bombilla. Y siempre trancados...

—¿Cómo será, señor!

Aún no se había arreglado el pelo negro y lacio; aún no se había ceñido bien el chumpi negro y rojo, a dos haces, que llevaba a la cintura. Cada vez que salía de la cocina, envuelta en el humo de tolas y queñuas, oía yo el chag-chag.

—¿Y José León?

—Ya se está levantando...

—¿Le alcanzaste agua para la boca?

—¿Cómo será, señor!...

—¿Cochinoqueña cerril! ¡Dígame la manera de contestar que ha sacado!

—¿Ya le diste mate?

—No, señor.

José León tosió recio. La Juana se asombró como una vicuña montés.

—¿Vinieron los cerreros?

—Vinieron, señor.

Abrió la puerta de calle, cuyas hojas eran griseas, carcomidas y salí afuera. Corría el viento de la Puna, rauda, aromoso, frío.

Sentados en el suelo, contra la pared de la esquina, estaban varios cerreros. Coqueaban a quedo y calladamente; tenían las manos debajo del puyo listado o de la amplia yacolla azul.

—¡Buen día! ¿Ya están ustedes por aquí?

Yapura, el más joven entre todos, me contestó:

—Tempranito llegamos, señor.

—¿A pié?

—A pié, arreando los burritos.

—¿Y los burros?

—En el canchón.

En el canchón de enfrente, cercado de tapia de adobes bermejos, adormilábanse los borricos. Uno de ellos asomó las claras orejas.

—Voy a darles un consejo de amigo; es mejor que se vuelvan...

—Si él nos hizo llamar, señor... Y nosotros no le robamos nadita, señor.

—¡Pobre de ustedes si sale ahora con el talero!...

—¿Cómo será, señor!...

Sólo Kolke, el viejo llamero, se animó a beber un trago de alcohol.

El vilque de chicha

Por Fausto Burgos

EL ESCRITOR Y EL LADRON

Trabajaba de noche y a deshora
Un escritor purista,
De pluma cazadora
Y de escopeta lista,
Que en monte y en poblado
Con tino singular, con hábil traza,
De conejos y párrafos hacía
Grande, frecuente caza.
Ruido creyó sentir, entró en cuidado,
Su escopeta cogió, de dos cañones,
Abrió su librería,
Y un ladrón encontró que le rompía
El trasto en que guardaba los doblones.
"Cena de perdigones
(Díjole el fulminante literato)
Voy a embocarte aquí: dátame preso,
Porque si no te mato".
El huésped replicó: "Señor, confieso
Que he vinío a robar; pero ¡zapato!
No es mucho que yo robe;
Salgo del hospital y soy un probe;
Y siendo rico usted como un tetrarca,
Y teniendo un magín de más de marca,
Sigún se ruge afuera,
De libros roba como yo del arca".
El doble cazador, agrio el aspecto,
Exclamó: "¡Qué ladrón tan incorrecto!
Sin sacudirte el bulto,
Si me hablaras mejor, te despidiera:
Mas con "tiniendi y probe", no hay indulto.
"Ergo, secundum legem de Mallorca
Peregilis colgabitur in horca".
Coge del manuscrito y del impreso
Lo que te plazca más, pobre Jacinto;
Que mejores que tú practican eso;
Pero encájalo bien, y pon de casa:
De otra suerte, no pasa.

Juan Eugenio Hartzenbusch.

LA MORAL DE LAS MORALES

Una fuente sale dando un salto de la obscuridad de la tierra, brilla, brinca, cae, se queja riendo, reposa un instante, bebo de su agua un beso largo, veo en su agua las primeras estrella del cielo, y tiembla, corre, ríe, se esconde, se le oye correr riendo, correr, correr...

Y viene la noche.

En medio de esta noche, mi alma fugitiva se mece al murmullo de esta agua, que baja por el monte, dando saltos de niño.

Yo quisiera ser como esta agua, que la beben y no se detiene a pedir que la paquen nunca, que crece sin volverse a pedir nada, que es fresca, inocente y segura de sí.

Yo quisiera bajar adonde tengo que bajar; yo quisiera bajar como esta agua, recogiendo, tembloroso, las estrellas, las brumas y las flores.

¡Qué bien mece a mi alma este murmurio alegre!

ADIANFTE.

—¡Pobres de ustedes! ¡Pobre de vos, Yapura!... Y vos tenís brazos...

—¿Brazos?... Y honda, señor. A cien metros llega mi piedra, señor.

—El talero de don José León, no va lejos; pero la lonja suya produce un picor de ají. ¡Y el mango chapeado!

—¿Cómo será, don Juan!

—Es mejor que se vuelvan. Anoche, estaba hecho una fiera... Dice que ustedes le roban; que les dió las ovejas y las llamas al tercio y que hasta hoy, no ha visto lo que se llama un centavo.

¡Y venir a sacrificarse, a enterarse aquí!

Kolke se empinó de nuevo la chata de alcohol.

—¿Trajeron algo?

—Lana de las ovejitas nuestras, señor y cueros de llamitas.

—Ya ves, ya ves... José León dice que ustedes le roban el ganado y se lo llevan a los cerros pelados, en donde vive el Coquena...

—¿Cómo será, señor!

—Y los hará matar como a cuatros...

—No robamos nadita, señor. ¿Para qué? Por un animalito, es capaz de matarnos... A Kanchis, le pegó una soba el otro día, porque dejó morir dos llamitas manoseadas. Las manoseadas se mueren, señor; hasta los machos las corren...

—Es mejor que se vuelvan.

Yapura baja la cabeza y ve patente la cabeza de Ladislao, el capatas rubio y abajeño.

José León no puede andar por las bravas montañas; le ataca la puna, palidece, se ahoga. Ladislao se ha hecho un cerrero; conoce las sierras, coquea y bebe alcohol.

—Si en alguna arreada los pilla Ladislao, los descuartizará...

A esa sazón, por la puerta de calle abierta de par en par, despeinado, salió José León. Calzaba botas altas, sobre los hombros llevaba dobladas las haldas de su yacolla de vicuña.

—¡Canallas! Me van a matar a colerones... Enterraré a uno si quiera, y me iré de esta Puna maldita...

Por la puerta de calle, a la hila pasaron los punefios, cabizbajos, el blanco sombrero ovejuno en la mano. ¡Chag! ¡chag!, hacían las recias ojotas montañosas.

—¡Canallas! ¡A colerones me van a matar!... ¡Esta es la vida!... A la hila penetraron en su dormitorio.

—A ver, Kanky...

Kanky, el cerrero viejo, lampiño y cobrizo, todo arrugado y sin una cana, dejó de mascar. El acuyico quedó hecho una bola sobresaliente.

—A ver, vos, Kanky... ¿Cuántas me tenís que entregar este año?

¿Cuántas?... El, el pobre viejo Kanky no podía dar ni una res. ¿De dónde? Muchas llamas, gran copia de ovejas, había matado la peste. ¿Por qué don José León — hombre rico — no les quería creer?

—A ver, Kanky... ¿cuántas me tenís que entregar?

Kanky, pestañeaba, pestañeaba. Con sus ojos opacos decía la verdad.

—¡Canalla!

Y la lonja del talero restalló...

—A ver, vos, Aramayú.

Aramayu, el cerrero que había traído un hato de borricos cargados con costales de lana, pugnaba por hablar.

—¿Se le trabó la lengua?... ¡Ladrones! ¿Cuántas?

El viejo Aramayu contestó asombrado:

—¿Cómo será, señor!...

—¿Cómo ha de ser sino así, así, así!

Aramayu ni siquiera alzó los brazos.

En ese instante, Yapura, el más joven entre todos, echóse a la calle, cargó su honda pastoril y arrojó piedras contra la puerta del dormitorio de José León.

II

Hambre, sed, no sintió. La coca. El alcohol. Sin el acnyico áspero, no hubiera llegado a los riscos cimeros; sin el alcohol de su chata, no pisaría los morros rispidos y los mogotes chapados de yareta.

Ahora, lejos, allá abajo, como en la bruma, la meseta puneña, la mesada que verdea en los días claros con sus manchas de añaguas y de tolas; cerca su casuca de piedra. Teme llegar solo. ¿Y el alcohol? Parece que giran los cerros, que giran como remolinos fantásticos.

Es de noche ya. Son negros los montes. El cielo está estrellado.

El, Yapura, no puede tenerse en pie. Sobre el estrado de adobe, sin una cobija, cae de bruces. En la diestra queda la chata de alcohol.

Ahora se lo llevan, se lo llevan a la rastra. Ladislao tira del pie derecho, Martín, del otro. Siente lo que le acaece y no consigue despertarse. Ve los cerros que giran como remolinos fantásticos.

¿Qué hacen ahora con el vilque de chicha panzudo y enorme?

Yapura quedó un instante boca abajo, junto al tronco de una añosa queñua.

Ladislao y Martín cavan un hoyo tamaño como el vilque de chicha. ¿Qué esconderán allí?

Yapura siente en el cuello una hoja fría, cortante... Después, le parece que lo ponen en cuchillas dentro del tinajón.

Y mientras le echan tierra, le palpitan los ojos...

III

A la madre de Yapura, la vieron

va hasta Orus-Mayu. Llampa — la coya — hilaba a puishca, negra lana de llama. Preguntaba a los cerreros:

—¿Y Yapura? ¿Y Yapura?

ADMINISTRE BIEN SUS INTERESES

No efectúe desembolsos forzados para comprar lo que necesite Vd. y su hogar:

A. CABEZAS.

la casa que ha creado el sistema de ventas por mensualidades, le ofrece las mejores mercaderías y las mayores facilidades para adquirirlas.

(Solicitudes e informes, Sarmiento 562 Oficina de Créditos.)



por las calles de Abra-Pampa, por el camino de Cochínoca, por el que

Ellos respondían a quedo: —No sé.

—Diz que Coquena se lo llevó... —Diz que se perdió.

Acababa de llegar de Ledesma; allí trabajó en los plantíos de caña de azúcar. ¡Oh, los llanos cálidos, boscosos, de Ledesma, por donde anduvo, sudando a mares, vestida a la usanza puneña! De allí traía algún dinero.

Vió su casuca de piedra, allá sobre un risco cimero y se alborozó. En la única pieza, dos estrados fronteros: encima del más alto, dormía Yapura. Aún debían estar sus dos cobijas rojas tejidas a pala...

En el suelo de la cocina, el fogón. Aún debían estar los dos tizones de queñua que apagaron la última noche...

En el patio, el vilque panzudo y enorme, dentro del cual, durante noches y noches, hirvieron los panes de harina de maíz; dentro del cual se aquietó la chicha rubia y generosa.

Cerca del vilque, tinajas, yuros, pucos y platitos y mecadores de queñua.

Y su boca arrugada, sonreía, sonreía...

Guardó el huso. Corría a vuela pié, chasqueando las ojotas, la lliclla incaica doblada sobre el hombro. El viento, llevaba de un lado a otro los pliegues de su falda vueluda.

Su hijo no salió... En su estrado no había ni una sola cobija. ¿Y los dos tizones que quedaron la última noche con las puntas rebozadas de ceniza?

Salió al patio.

¿Y el vilque dentro del cual se aquietó la chicha rubia y generosa?

¿Adivinó lo acaecido? ¿Se lo contaron con la mirada apacible las llamas que pacían cerca? Anduvo como loca, de aquí para allí, sueltos los cabellos, la boca arrugada, los ojos nublados.

Cavó, cavó con los dedos cobrizos, sarmentosos, junto al tronco de la añosa queñua.

Y de allí a poco, dentro del vilque de chicha, quedó al descubierto la cabeza negra de Yapura...

Vuelvo en seguida

Por Gabriel de Lautrec

—Bueno, bueno—dijeron los jóvenes con una sonrisa indulgente. Y se enfrascaron de nuevo en el juego.

El camarero renovó discretamente los bocks.

Dieron las siete y media.

—Se retrasan un poco—dijo uno de los jóvenes.—Pero no debe tardar ya. Es muy puntual. Se molestaria si no nos encontrase.

Lo mejor será que cenemos aquí, y así hacemos tiempo hasta que venga.

Llamaron al dueño del café. Les sirvieron una ensaladita, unos huevos duros y queso. Comieron lentamente, y reanudaron la partida a la hora del café.

La partida duró hasta la hora

de cerrar el establecimiento. Pidieron permiso al dueño para pasar la noche en un diván.

—Podía venir durante la noche—dijo uno de ellos—y no encontrarnos. ¡Qué desilusión para la pobre!

Pasaron los días. Los jóvenes seguían esperando. Tomaron un abono para comer y cenar en el café. Por la noche dormían en el diván. Su cuarto de aseo era el del lavabo.

Pasaron los meses. Empezaron a sentirse impacientes e inquietos. Aquel retraso no era natural. ¡Con tal que no le hubiese ocurrido nada! La lectura de los periódicos les tranquilizaba. Los domingos se entretenían acertando jeroglíficos y charadas de los periódicos ilus-

trados y resolviendo problemas de ajedrez.

Pasaron los años. El café había cambiado de dueño cuatro veces. Los jóvenes, que eran ya dos viejos, estaban considerados como parroquianos. Una simpatía general les rodeaba. Tuteaban al mozo, cuyo abuelo les había servido.

A veces uno de ellos sacaba su reloj, comparaba maquinalmente la hora con la que señalaba el reloj del café y murmuraba tímidamente:

—¡Es prodigioso! ¡Ella, tan puntual de ordinario!

El de más edad murió de vejez. Su última palabra, al estrechar la mano de su amigo momentos antes de morir, fué:

—Cuando la veas le dirás...

Y entregó su alma a Dios.

Su amigo le acompañó, apoyado en su bastón, hasta la puerta del café. Pero no siguió. Podía llegar durante su ausencia y creer que se había marchado sin esperar...

Era un pequeño café de barrio. En el centro, una mesa de billar; a lo largo de las paredes, mesas de mármol. En la caja, el ama del café, a la que un viejo parroquiano hacía respetuosamente la corte.

En una de las mesas dos jóvenes jugaban a las cartas. De vez en cuando suspendían el juego y bebían un sorbo de cerveza. Cerca de ellos estaba sentada una joven que hojeaba distraídamente los periódicos ilustrados, labor que interrumpía de vez en cuando para seguir la partida, con un interés que un observador imparcial hubiese visto era más cortés que real. De pronto miró el reloj, hizo un movimiento de sobresalto, sacó de su bolso la cajita de los polvos y de ella la borlita, que pasó por su cara; cerró la cajita, que volvió a meter en el bolso; se levantó, alisó su falda, sonrió a los jóvenes, y les dijo:

—Aguárdenme ustedes. Vuelvo dentro de cinco minutos.

Salió.

En la joven señorita rubia reconoció a la joven señorita morena, a quien amara con amor puro el año anterior. Vestía un traje de paño negro, tupido, pesado, con un delantal blanquísimo. Parecía una golondrina.

Un paquete de bizcochos se balanceaba, pendiente de su dedo enguantado. Ella tendió la mano ocupada mientras el joven la contemplaba largamente con aquella su faz desconsolada y fatal, de genio incomprendido.

—¡Qué hermosa eres y qué elegante!

—Nadie lo nota.

—La verdadera elegancia es la que pasa inadvertida. ¿Damos dos pasos juntos?

—Hasta tres.

—¿Tomamos un auto?...

—Hasta dos.

Subieron en el automóvil de alquiler que parecía esperarles ya en la esquina de la calle. El chauffeur puso en marcha el motor y esperó instrucciones.

—Demos una vuelta larga buscando el fresco y la sombra — dijo el joven señor.

En el interior del coche y en un tubo de plata agitábanse como campanillas dos rosas blancas.

—¡Qué choffer tan refinado — exclamó la damisela, señalando las flores. — ¡Dijérase un automóvil para amantes!

El coche resbaló sobre el adoquinado, con el rumor de la seda bajo las tijeras que la cortan, entró en un paseo y corrió dulcemente bajo los tilos.

—He conocido a un amigo tuyo — dijo de pronto la señorita.

—Imposible.

—¿Por qué?

—Porque no tengo amigos y me hallo muy bien sin ellos.

—¿Por qué eres tan áspero? ¿Qué haces?

—Humorismo. Escribo en los periódicos.

—Es un trabajo muy simpático.

—Todos los trabajos son simpáticos cuando los hacemos por vía de distracción; pero cuando nos los imponemos para distraer a los demás, resultan...

—Trabajos forzados.

—Y tú ¿qué haces? ¿Amas a alguien?

—Hay un hombre que me quiere bastante. Yo le quiero bastante menos.

—La pasión del hombre es respecto a la de la mujer lo que el calor del sol al de la Luna.

—¿Qué dices?

No lo digo yo; lo dice Tennyson.

—¿Cuánto sabes! Pero, corres el riesgo de resultar pesado con tus citas.

—No pido otra cosa que callar y oír. Cuéntame de tu vida...

—Oh, es muy sencilla — replicó la mujer mirando sin ver, al través de los vidrios. — Es muy sencilla, tan sencilla, que los acontecimientos se desarrollaron sin que pusiera yo nada de mi parte. He hecho como todas: esto es, dos experimentos; probé primero la vida buena, sana, honesta, austera y no logré descubrir las inefables ventajas que los pedantes le asignan; luego he probado una vida algo distinta menos buena, y no he visto los baldones sangrientos y monstruosos que los timoratos nos muestran en ella con terror.

—Pero, en fin, ¿qué hiciste?

—Un hombre me ofreció cierto

PURIFICACIÓN

Por Pitigrilli

día una taza de té en su casa. Yo acudí púdicamente, con una amiga. Me ofreció una segunda taza y entonces fui sola. Después me preguntó con muchas precauciones si acep-

licadamente una cuenta de la modista, dándome el dinero para que yo misma la pagase. Era un hombre correctísimo.

El joven, repantigado en su



EL DEPENDIENTE. — ¡Qué tamaño de pañuelo quieren: pequeño o grande!
EL MARIDO. — ¡Usted verá! ¡Son para la señora!

taría esta esclava y yo le contesté: "¡No lo sé! intente usted ofrecérmela". A continuación me saldó de-

asiento, tenía el brazo apoyado sobre el marco de la ventanilla. El aire, después de agitar los guantes

EL JOVEN TROVADOR

El joven trovador partió a la guerra a lidiar como bravo en las batallas. Lleva al cinto la espada de su padre, y el arpa de los himnos a la espalda.

—¡Oh Patria! — dice el trovador guerrero, aunque seas por todos traicionada, siempre un acero habrá que te defienda, y siempre habrá para cantarte un arpa.

El trovador cayó. Mas su alma altiva vencer no pudo la invasora raza, y no volvieron a escuchar sus himnos porque rompió las cuerdas de su arpa.

Y dijo:—Las cadenas opresoras, a ti jamás alcanzarán ¡oh alma! Tus cantos son para los hombres libres... ¡Que no los oigan en la tierra esclava!

Tomás Moore.

salían de la botamanga penetraba por ésta proporcionándole una sensación de frescura que le invadía hasta la espalda.

—¿Y quién era ese hombre? — indagó el joven.

—El hombre que me ama y a quien yo no amo.

—Pero, ¿puedes vivir con un hombre al que no amas?

—No vivo con él. Voy a su casa alguna vez que otra; anteayer estuve, mañana por la mañana iré también.

—Y ¿quién es?

—Un viejo magistrado. ¡Es tan bueno el pobre!

—¿Por qué no se casa contigo?

—Porque no se trata de una delincuente. ¿Casarse conmigo?... preferiría que me condenara a 30 años de reclusión. Lo que ahora sufro no pasa de ser una detención preventiva. Quisiera que le viese. No. No querría que le viese. Es ancho, pequeño, redondo como un jarro japonés, amarillo como un telegrama y feo como la virtud.

El automóvil brincó cuatro veces sobre los rieles del tranvía. Una bufanda de armiño, que rodeaba su cuello desnudo con estudiada negligencia, resbaló lentamente; de su garganta, se exhaló ese vago olor indefinible de mujer elegante, de polvos, esencias, de piel y carne jóvenes. Sus zapatitos mordorées (1) tenían reflejos de rosa, oro, plata y violeta, como las alas de los cetóquinos. Las dos rosas que había en el metálico tubo, vibraban dulces, suaves, discretamente.

—Parecen los senos de una modistilla de 18 años — dijo el joven indicando las flores.

—¡Qué cinismo! — pensó la muchacha. — Está conmigo y evoca los senos de las demás.

El la besó las manos.

—Tus manos tienen una dulce odeur fanée come les fleurs conservées entre les pages d'un herbier. ¿También te has teñido el pelo?

—A él le gustan las cabelleras rubias.

—También te lo has cortado.

—A él le gusta corto. Mira, amigo mío, nosotras, las mujeres, somos para los hombres como los trajes que se compran hechos. Gustan como son; pero siempre se exige alguna modificación en ellos. Por lo demás, no estoy muy así, ¿verdad?

—Al contrario.

—Y tú, ¿amas?

—No. Por eso quizá estoy triste, agotado, exhausto. Necesito amor. El amor es para los hombres lo que el vinagre necesita para los pepinos, los conserva. En cambio tú, pequeña mía, siempre estás fresca. Pareces la primavera.

—Un poco avanzada ya.

—¿Qué perfumes usas?

—Crab-apple.

La bella señorita languidecía y contestaba mecánicamente a las preguntas de su acompañante por no callar. Pero entre ambos se levantaba una pared de hielo. Ella ven la había amado mucho. Ella le había amado con un amor eterno, que duró un mes; después le abandonó para amar eternamente a un oficial de marina que disfrutaba una licencia de 15 días, en espera de zarpar para las Antillas. Desde entonces no se habían vuelto a ver.

(1). Tornasolados, de doradillo.



—¿Dónde estuviste todo ese tiempo? —inquirió él.

—Fui a Brighthelm a tomar baños y luego a Argel para secarme.

—¿Con él?

—Con otro.

—Pero ¿cómo puedes cambiar de amante tan a menudo?

—Los hombres sois tan semejantes que me parece tener siempre el mismo.

Cuando él la amó, la muchacha poseía un candor de enclaustrada; su cuerpo vibraba como un violín; pero puesto que él no supo arrancarle más que desafinadas notas, era muy justo que ella cambiara de violinista.

El automóvil se detuvo ante un paso a nivel. El tren expreso apareció y desapareció instantáneamente. Cuando la barrera del paso estuvo abierta, el auto reanudó su marcha.

—¿Y qué has hecho de tu arte?

—No toco ni un pincel —repuso la señorita.

—¿Lástima!

—Una verdadera lástima —añadió ella con sencillez.

—Un editor me pidió varias series de siluetas para postales, poniéndome condiciones excelentes.

—¿Y no aceptaste?

—¡Tú dirás!

—¿Por qué? —estalló el joven, como se dispara un encendedor.

—¿Por qué te lanzas a esa pendiente infame, cuando dispones de otros medios más honestos para vivir desahogadamente, lujosamente quizá? Tú debes volver a ser la niña de antes, la niña a la que yo amé.

No aceptarás más joyas, los vestidos ni el dinero de los hombres que te han alhajado, vestido, desnudado y mantenido hasta ahora. Yo te amaré como antes. Te amaré con un amor que redime.

—La señorita rió burlonamente.

—¡Pobre amigo mío! ¿Tú crees en el amor que redime? ¡Iluso! El peor ultraje que un hombre puede hacerle a una mujer es el intentar redimirla. El último peldaño de la bajeza de la mujer, es su purificación. Dudo si es más grave iniciar a una persona sana en la embriaguez de la morfina o el quitarle la morfina al morfinómano.

El joven movió rudamente la cabeza y con la cabeza un montón de cabellos.

—¡No compares, chiquitina mía! Las comparaciones nunca han demostrado nada. Estoy convencido de que te amaré con un amor honrado y sereno como este día, fresco como tus manos.

Y así diciendo, le tomó las desguantadas manos finas, sutiles, pálidas, frías, provistas de uñas encorvadas, entumecidas como las patitas frías de una paloma.

El automóvil regresó a la ciudad. El le besó las manos y se las oprimió dulcemente contra los cerrados ojos, en tanto que ella leía mentalmente los rótulos de las tiendas.

—Tú serás de nuevo la mujer que yo conocí. Aceptarás la oferta del editor, y en tu lindo arte hallarás inesperadas satisfacciones.

—Mañana por la mañana, pequeña mía, no irás a casa del magistrado.

La pequeña le miró.

—Y no irás en lo sucesivo. Mañana vendrás conmigo. Daremos un paseo como hoy y te contaré cosas alegres.

—¡Buena idea!... Hoy me has contado muy pocas.

—He recuperado el amor, y creo recuperaré también mi alegría. Ahora bajarás en la primera oficina de correos que hallemos al paso y escribirás al magistrado diciéndole que no te espere. ¿Lo harás?

La mujer inclinó su rostro. Su boca estaba humedecida y ardiente; los labios del joven, áridos y fríos; del contacto nació un beso, ni frío ni caliente.

—En la primera estafeta que encontremos deténgase —ordenó el joven al chofer.

Y cuando el auto se detuvo, descendió ella, con ligero salto. El permaneció en el coche. Tomó los guantes que ella había dejado, y aspiró su suave perfume.

En tanto la bella, sentada ante el escritorio detrás del cristal, tomó un pliego y escribió resueltamente:

"Gentil amigo: no me espere... Mañana por la mañana, no iré a verte".

El joven la miraba desde el auto con indefinible expresión de reconocimiento en la mirada. Ella volvióse hacia él, le sonrió y reanudó la escritura.

"por la mañana no iré a verte... Iré por la tarde".

Selló la carta, la dejó en el buzón y subió otra vez al automóvil.

—He tardado? —preguntó.

El no respondió, pero su silencio estaba henchido de gratitud.

Los ultra-microbios

Los bacteriólogos han descubierto un mundo nuevo: el de los "virus invisibles y filtrantes".

¿Cuál es la naturaleza de esos virus enigmáticos? Tendremos que habérmolos con sustancias líquidas, puramente químicas, con venenos, con toxinas terribles que pudieran provenir de un individuo enfermo y ser transportados a otros por el viento, los insectos, los alimentos contaminados? O bien, ¿nos hallamos en presencia de seres vivientes invisibles, de una extrema pequeñez, de una especie de ultra-microbios que escapan a nuestros medios de investigación, mucho más pequeños que las longitudes de ondas luminosas, e incapaces de presentarnos la imagen de sus formas, cualquiera que sea el aumento del microscopio más perfeccionado?

Esta era ya la solución que había dado Pasteur en sus admirables investigaciones sobre la rabia.

Lo cierto es que todos esos corpúsculos misteriosos se caracterizan por la misma propiedad: la de atravesar los filtros que detienen los microbios ordinarios visibles. Sólo por este procedimiento se les ha podido separar y estudiar. De la misma forma midiendo el diámetro de los poros de los filtros de porcelana o de colodión, se ha llegado a calcular que los elementos de ciertos virus, como el de la peste de los pájaros, debían tener menos de dos millonésimos de milímetro de diámetro.

Los últimos trabajos de F. d'Hérrelle, d'Handaroy y de Nicolle nos proporcionan sobre ese extremo datos interesantísimos.

En primer lugar, d'Hérrelle ha tenido la suerte de realizar uno de los más grandes descubrimientos bacteriológicos de nuestra época. Ha descubierto que en el mundo de los virus invisibles hay sujetos excelentes, capaces de prestar nos los más valiosos servicios.

Esos "sujetos" excelentes son los bacteriófagos.

Aparecen súbitamente en gran número en la sangre de los enfermos durante el período de convalecencia; después penetran en los microbios virulentos, bonos que viven a modo de parásitos. Pronto se nutren y se multiplican en el interior de su huésped, al que terminan por dar muerte. En efecto, en esos instantes se ve en el ultramicroscopio cómo el microbio contaminado se hincha para luego reventar. Su sustancia protoplásmica se disuelve y deja en libertad a los jóvenes ultramicrobios, quienes, a su vez, van a otras bacterias y las destruyen, como hicieron en la anterior. Es decir, que curamos de casi todas las enfermedades contagiosas por la victoria de nuestros bacteriófagos invisibles, sobre los microbios.



Ese "erizamiento" de todo el cuerpo, con malestar y dolor de cabeza ¡es un Resfriado! ¡No se lo deje agravar!

RESFRIADO que se descuida suele degenerar en bronquitis o en pulmonía. Inmediatamente tómese dos tabletas de FENASPIRINA y siga repitiendo esta dosis cada tres o cuatro horas. Si al acostarse toma otras dos tabletas con un limón exprimido en agua caliente, el resultado será mucho más rápido.

La FENASPIRINA es uno de los descubrimientos más trascendentales hechos en nuestra época. A su gran poder curativo agrega la ventaja de no trastornar el estómago, ni la cabeza, como los produc-

tos laxantes a base de quinina.

Durante la epidemia de influenza, la FENASPIRINA, combinada con el limón, salvó más vidas que ningún otro tratamiento.

FENASPIRINA

El método moderno de curar un resfriado

¡Tenga siempre en casa un Tubo de veinte tabletas!

La FENASPIRINA se vende también en "Sobres Verdes" de dos tabletas, pero aunque esta dosis proporciona un alivio relativo, no se debe, naturalmente, esperar que ella baste, sino continuar el tratamiento hasta que los síntomas hayan cedido.

Para la obstrucción de la nariz que acompaña a ciertos resfriados, recomendamos, como excelente auxiliar de la FENASPIRINA, el "Rapé Medicinal Bayer OXAN." Desobstruye, facilita la fluxión y despeja la cabeza.



LA ZAMACUECA

Por Darío Herrera

En Valparaíso, el 18 de Septiembre. La ciudad, toda ornada con banderas y gallardetes, vibraba sonoramente en el regocijo de la fiesta nacional. La población entera se había hechado a la calle, para aglomerarse en el malecón, frente a la bahía, donde los barcos de guerra y los mercantes engalanados también con las telas simbólicas del patriotismo cosmopolita, simulaban arcos triunfales, flotantes y danzantes sobre el oleaje bravo. En el fondo, por encima de los techos de la ciudad comercial, asomaban las casas de los cerros, cual si se empuñaran para atisbar a la muchedumbre del puerto. Las regatas de botes atraían a aquella concurrencia heterogénea. Y, en la omniscronía de su indumento, ondulaba compacta y vistosa bajo el sol primaveral, alto ya sobre la transparencia del azul.

Con el inglés, Mr. Litchman, mi compañero de viaje desde Lima, presencié un rato las regatas. Los "rotos" de piel curtida, de pechos robustos y brazos musculosos, remaban vertiginosamente; y al impulso de los remos, los botes, saltando, cabeceando, cortaban, con celeridad ardua las olas convulsivas.

—¿Hay bailes hoy en la Playa Ancha?—me preguntó Litchman.

—Sí, durante toda la semana.

—Entonces, si le parece, vamos... Son más interesantes que las regatas... Estos hombres no saben remar...

Un coche pasaba y subimos a él. Salvamos rápidamente las últimas casas del barrio sur, y seguimos por una calzada estrecha, elevada algunos metros sobre el mar. El sol llameaba como en pleno estío, y ante el incendio del espacio, la llanura oceánica resplandecía ofuscante, refractando el fuego del astro. Al mismo tiempo, soplaban viento marino, glacial por su frescura; y así el ambiente, dulcificado en su calor, amortecido en su frío, hacía grato como un perfume. A un lado, abajo, el agua reventaba, con hervores estruendosos, con sonoras turbulencias de espumas. Al otro, se alzaba, casi recto, el flanco del cerro, a cuya meseta nos dirigíamos; y, lejos, en la raya luminosa del horizonte, se perdía gradualmente la silueta de un buque.

El coche llegó al término de la ruta plana, e inició luego el ascenso de la espiral laborada en el costado del cerro. Ya en la meseta, con amplitud de valle apareció en toda su magnificencia el paisaje, prestigiosamente panorámico. Frente, al mar, enorme extensión, todo rizado de olas, reverberante de sol; atrás la cordillera costera, recortando sus cumbres nevadas en la cumbre del firmamento; a la izquierda, próxima, la playa de arena rubia, y a la derecha, con su puerto constelado de naves, con su aspecto caprichoso, con su singular fisonomía, Valparaíso, alegre hasta por la misma asimetría

de su conjunto, y radiante bajo el oro del sol.

En la meseta, a través de boscajes, vestido por la resurrección vernal, aparecía una extraña agrupación de carpas, semejante al aduar de una tribu nómada. Detrás, dos hileras de casas de piedra constituían la edificación estable del paraje. Y de las carpas y de las casas volaban ritmos de músicas raras, cantares de voces discordantes, gritos, carcajadas; to-

rababan el recinto de emanaciones mareantes. Y en el centro de la rueda, sobre la alfombra tendida en el piso terroso, una pareja bailaba la zamacueca.

Jóvenes ambos, ofrecían notorio contraste. Era él un gafián de tez tostada, de mediana estatura, de cabello y barba negros: un perfecto ejemplar de "roto", mezcla de campesino y marinero. Con el sombrero de fieltro en una mano, y en la otra un pañuelo rojo, fornido y ágil, giraba zapateando en torno de ella. La muchacha, en cambio, parecía algo exótico en aquel sitio. Grácil y esbelta, bajo la borla de la cabellera brocinada destacábase su rostro, de admirable regularidad de rasgos. Tenía, lujo excéntrico, un vestido de seda amarillo; el busto envuelto por un pañolón chinésco; cuyas coloraciones rabiaban en la cruda luz, y en la mano un pañuelo también rojo. Muy blan-



—Confesarás, querida, que es muy poco amable que te enfades porque te pregunto qué tienes.

—¡Naturalmente! Siempre me preguntas lo que tengo y nunca lo que quiero.

do, en una polifonía estrepitosa. Cruzamos, con pasos elásticos, los boscajes: bajo los árboles renacientes encontrábamos parejas de mozos y de mozas, en agrestes idilios, o bien familias completas, merendando a la sombra hospitalaria de algún toldo. Nos metimos por entre las carpas: alrededor de una, más grande, se apretaba la gente, en turba nutrida, aguardando su turno de baile. Penetramos. Dentro, la concurrencia no era menos espesa. Hombres trajeados con pantalones y camisas de lana, de colores oscuros, y mujeres con telas de tintas violetas, formaban ancha rueda, eslabonada por un piano viejo, ante el cual estaba el pianista. Junto al piano, un muchacho tocaba la guitarra y tres mujeres cantaban, llevando el compás con palmas. En un ángulo de la sala levantábase el mostrador, cargado de botellas y vasos con bebidas, cuyos fermentos alcohólicos satu-

ca, la danza le encendía, con tonos carmíneos, las mejillas. En sus ojos garzos, circuidos de grandes ojeras azulosas, había ese brillo de potencia extraordinaria, ese ardor concentrado y húmedo, peculiares en ciertas histéricas; y con la boca entreabierta y las ventanas de la nariz palpitantes, inhalaba ávidamente el aire, como si le fuera revelde a los pulmones.

Bailaba, ajustando sus movimientos a los compases difíciles, cambiantes, de la música. Y su cuerpo, fino, flexible, se enarcaba, se estiraba, se encogía, se cimbraba, ergulase, vibraba, se retorció, aceleraba los pasos, imprimía lentitudes lánguidas, tenía contorsiones bruscas, actitudes epeléticas, gestos galvánicos; o se mecía con balanceos muelles, adquiriendo posturas de languidez, de abandono, de desmayos absolutos. Y así, siempre serpentina, rebosante de voluptuosidad turbadora, de inci-

COMUNICAMOS

a las personas que se peinan con gomina fijadora del cabello, que en adelante podrán preparar este producto con agua y Vistina.

Vistina es un nuevo ingrediente, que permite a cada uno preparar, instantáneamente y sin trabajo, una gomina fijadora, consistente, perfumada, rosada e inalterable. Vistina se vende en las farmacias a \$ 0.70 el paquetito con el que se prepara 1/4 kilo. Agente: M. Vistarini, Colombres 262.— U. T. Mitre 0891, B. Ares.

taciones perversas, voltejeaba ante los ojos como una fascinación de moníaca.

¿De qué altura social, porqué misteriosa pendiente, descendió aquella hermosa criatura, de porte delicado, de apariencia aristocrática? ¿Qué lazos la unían, antiguos o recientes, con su compañero de baile? ¿Era una degenerada nativa, a quien desequilibrios orgánicos aventaron lejos del hogar, en alguna loca aventura? ¿O la fatalidad la arrojó al abismo, convirtiéndola en la infeliz histérica, que ahora, en aquel recinto, daba tan extraña nota, siendo a la vez una curiosidad dolorosa y una provocación embriagante?

La voz del inglés me arrancó de estos pensamientos:

—Voy a bailar... me gusta mucho la zamacueca... y esa mujer también. Ayer bailé con ella.

Le miré: su semblante permanecía grave, y sus grandes ojos celos contemplaban serenamente a la bailadora. Sacó un pañuelo escarlata, traído sin duda para el caso, y adelantóse hasta el medio de la rueda. La pareja se detuvo: el "roto", cejijunto, hostil; la muchacha, ondulando sobre los pies inmóviles, sonriendo a Litchman, quien sin perder su gravedad, esbozaba ya un paso de la danza... Pero el suplantado, de un salto, se le colocó delante. Un puñal pequeño relucía en su mano.

—Hoy no dejo que me la quite... Acaso la traigo para que usted...

No pudo concluir la frase: el brazo de Litchman se alzó y tendióse rápido, y un formidable mazazo retumbó en la frente del "roto". Vaciló éste, tambaleóse y rodó por el suelo, con la cara bañada en sangre. La música y el canto enmudecieron; y la rueda espectante convirtiéndose en un grupo, arremolinado alrededor del caído. Ya Litchman, impasible siempre, estaba junto a mí y nos preparábamos para salir, cuando, agudo brotó un grito del grupo. Hubo otro remolino disolvente, y apareció de nuevo la primitiva pareja de baile. El hombre se limpiaba con el pañuelo la sangre de la frente; la muchacha, rígida, como petrificada, como clavada en el piso, no trataba de enjugar la ola purpúrea que le manaba de la mejilla. La herida debía de ser grande; pero desaparecía bajo la mancha roja, cada vez más invasora. Y el "roto", con voz silbante como latigazo, le gritó a aquella faz despavorida y sangrienta:

—Creeas que sólo yo iba a quedar marcado...

"El capitán caballero" se titula la última película de Douglas Fairbanks

La reciente producción para Artistas Unidos, de Douglas Fairbanks, se titula EL CAPITAN CABALLERO. Es un título evocativo de aquellos gentiles capitanes que tanto honor dieron a la historia de España.

Douglas Fairbanks, con su arte tan singular, que pudiéramos decir que es único, es por ello insustituible para esos roles de galantes y donosos aventureros y, si por en los son capitanes, completan la psicología de su sentir predilecto.

La producción de Artistas Unidos "Resurrección", dió lugar a un contrato singular

"RESURRECCION" es una super-producción adaptada de la famosa obra de León Tolstoy, hecha por su propio hijo.

El conocido director Edwin Carewe, cuando se le ocurrió filmar esta obra para Artistas Unidos pensó que nadie mejor, para interpretar el rol protagonista que Rod La Rocque.

Este "astro" tenía un contrato, por varios años, con el productor Cecil B. de Mille. Como Carewe se hallaba en buenas relaciones de amistad con De Mille, gestionó de este que autorizara al actor para

Notas cinematográficas

que trabajase en la adaptación cinematográfica del gran escritor ruso. Las cosas se solucionaron de la siguiente manera: Cecil B. de Mille "presta" a Carewe el concurso de Rod La Rocque por espacio de dos meses, tiempo aproximado que se calculaba quedase terminada "RESURRECCION". El actor cobraba la suma de cincuenta mil dólares y por cada día, que pasase de los dos meses estipulados, Carewe indemnizaría a La Rocque con dos mil dólares.

"RESURRECCION" se terminó ya y será uno de los estrenos más sensacionales de la presente temporada.

"La viuda alegre"

Desde el viernes volverá a cobrar vida la más célebre y graciosa de las operetas. La opereta que abrió el camino a la opereta moderna. La que abolió de un golpe el rancio auge de los "Rey que rabió" y las "Campanas de Carrión", "Mosqueteros en el Convento". Con la divertidísima y espiritual protagonista se incorporó una figura totalmente nueva en el teatro de los países latinos, y siendo germánica, vienesa, ¡cuán latina, mediterránea solar, sin embargo! Hoy "La viuda alegre" es universal, su carácter, su modalidad, su pasión ligera,

su amor por la vida, son de todas partes y de todo momento.

Su éxito, como espectáculo, de hace algunos años, va a ser renovado, revivido, por la magnífica película de la Metro Goldwyn Mayer, la nueva empresa que acaba de instalarse en Buenos Aires. Y se renovará, se duplicará su éxito, no sólo por tratarse de "La viuda alegre". La versión es novísima, completa, admirable. Pero, además, tiene el film por protagonista, a la más hermosa y vivaz de las estrellas, a la más original actriz, a una de las artistas más específicamente interesantes, completas, de la pantalla: a la deliciosa Mae Murray.

"Máscara roja"

Es la reciente producción de John Barrymore para Artistas Unidos.

Otra de las super-producciones que John Barrymore ha filmado para Artistas Unidos, "LA MASCARA ROJA" se estrenará en Nueva York a fines de este mes.

Se descuenta el triunfo de John Barrymore pues aun no se han apagado los ecos del éxito de su producción "EL VAGABUNDO DE AMOR" que filmó para Artistas Unidos y que conoceremos en Buenos Aires para Junio próximo.

El film supremo de Cecil B. de Mille "El Barquero del Volga".

No es aventurado afirmar que "El barquero del Volga" que ha estrenado MAX GLUCKSMANN recientemente, constituirá uno de los mayores acontecimientos cinematográficos del año. Es, simplemente, una obra maestra.

El canto de los barqueros del Volga, es universalmente célebre. Es un admirable coral, uno de los más emocionantes del arte musical, de una incomparable intensidad humana. Al margen de este canto, ha concebido y realizado Cecil B. de Mille su film.

El famoso director ha querido hacer un film grandioso y potente, reuniendo los aspectos diversos y encontrados de una intriga movida. La fuerza dramática que hallamos en "El barquero del Volga", hace pensar en un Sardou de la pantalla.

¿El cuadro, los motivos de la acción? La revolución rusa; pero, no creáis por eso ver un film tendencioso; también, en esto, Cecil B. de Mille recuerda al maestro Sardou.

El papel simpático, es cierto, está a cargo de un barquero revolucionario; pero la heroína es aristócrata y hacia ella van también todas las simpatías. La interpretación es magnífica: William Bayd, en el barquero revolucionario, Elinor Fair en el de la princesa, Victor Varconi, Julia Faye, Theodoro Kossloff y, en fin, todos, integran uno de los conjuntos más capacitados y homogéneos que haya presentado la pantalla.

La opereta "LA VIUDA ALEGRE" llenó durante muchos años todos los teatros del mundo

Pero la película "LA VIUDA ALEGRE" de Metro Goldwyn Mayer superó el éxito de la opereta.

Hay en la actualidad veinte cines por cada teatro y "LA VIUDA ALEGRE" llena los cines de hoy como llenaba los teatros de ayer.

¿Cuál es el secreto de su suceso?

La seducción que emana de su heroína, encarnación sutil de la voluptuosidad, del lujo y del placer.

"LA VIUDA ALEGRE" es el primer despertar del alma moderna para el ritmo de la nueva danza de la civilización en la que los pies y el corazón bailan con un son frenético.

Predecesora del shimmy, del foxtrott, del charleston y el jazz, "LA VIUDA ALEGRE" mezcla al son de los violines húngaros, que tienen estremecimientos de caricia al estampido del champaña, que acalla la explosión de millares de besos.

Realidad y ensueño, nectar hecho con el zumo de extrañas flores ardientes. "LA VIUDA ALEGRE" tiene el ritmo seductor de nuestra vida.

Se estrenará en el teatro San Martín el 6 de mayo, y será presentada con el mismo lujo con que se ofreció al público de Broadway.

Todo Buenos Aires espera a "LA VIUDA ALEGRE".

Pertenece el doctor Aristóbulo del Valle, (1) en la política de aquellos días, al grupo que, al desmembrarse de la Unión Cívica la fracción adicta al general Mitre, se retiró a su casa "entristecido" por esa desmembración, que restaba, según su opinión, nervio y eficacia a las fuerzas preponderantes que habían organizado la Revolución de julio para iniciar la evolución histórica que arraiga en la Unión Cívica Radical. Miembro de la Junta Ejecutiva de esa Revolución, renunció su senaduría por la provincia de Buenos Aires con fecha 30 de julio de 1890. Electo senador por la Capital, en compañía del doctor Leandro N. Alem, se había incorporado al Senado en la segunda quincena de mayo de 1891. El "acuerdo" motivó su dimisión con fecha 27 de junio del mismo año. Tenía, por las modalidades de su temperamento, las luces de su talento y la soberana fascinación de su elocuencia, los rasgos que perfilan al "leader" en las luchas de la democracia y en las esferas del gobierno. De ahí el relieve substancial que traducen sus afanes en ese ministerio de 30 días, tormentoso y huracanado, que dio una sensación de alivio a los pueblos oprimidos por las oligarquías absorbentes y prepotentes. Las auras populares acariciaban, con vehemencia, ese exponente representativo de la época, con las calidades inherentes a los hombres llamados, por el transcurso del tiempo, a ser ejemplo y enseñanza para la posteridad. De ahí el valor de sus primeros actos. Con entereza, vibrante y avasalladora puso en vigencia la ley dictada el 20 de octubre de 1880, ordenando, el 9 de julio de 1893, — tres días después de haber constituido el ministerio — el desarme de las fuerzas de la provincia de Buenos Aires, cuyos batallones, sin ley y sin bandera, se rubricaban en el presupuesto con la denominación de "guardias de cárceles". Se ordenó, también, el desarme de la provincia de Corrientes, el 29 de julio, motivando una correspondencia entre el gobernador y el ministro de Guerra, que asumió caracteres lapidarios para las oligarquías, dado los términos empleados por del Valle.

La situación había sido serenamente examinada por don Bernardo de Irigoyen desde el destierro. De regreso al país, incorporado al Senado de la Nación, designado por la Capital en las elecciones de febrero de 1894, estimó oportuno requerir del ministro del Interior en la sesión del 22 de septiembre de ese mismo año, los antecedentes que habían motivado los procedimientos en las provincias, al aplicar las leyes dictadas por el congreso para la reconstrucción de los gobiernos locales, articulando el siguiente cuestionario: "1º Las razones que determinaron al Poder Ejecutivo a decretar, por sesenta días, "el estado de sitio en la Capital y en las provincias de Buenos Aires y Santa Fe, después de terminar la última prórroga que sancionó el Congreso; 2º, "Cuáles son las facultades derivadas del estado de sitio que el señor Presidente delegó en los gobernadores de las provincias;

"3º Qué instrucciones se dirigieron a los interventores, después de la fecha de las publicadas en la página 22 de la memoria anual del ministerio; 4º En virtud de qué autorización constitucional o de qué ley el Poder Ejecutivo estableció el régimen "militar en la provincia de Tucumán, después de reformada la "situación local y sometidas las "compañías de línea que se incorporaron a ella".

La opinión pública concentraba su atención en ese debate, digno de los grandes parlamentos. La requisitoria del senador Irigoyen fué escueta, puntualizando los hechos con simplicidad desprovista de oropeles. La respuesta eliminó las preguntas para formular cargos contra del doctor Alem y del senador interpelante, con frases resonantes, salpicadas de intenciones, exentas de benevolencia. La situación se definió sin vacilaciones. Por eso la palabra de don Bernardo, exteriorizada con la consistencia irreducti-

ble que elabora la lógica cuando las premisas son exactas, no tuvo réplica.

Fué don Bernardo de Irigoyen una figura consular, por la nobleza moral que transparentaban todos sus actos. Gran señor de la república, conquistó al caer de la tarde, en la jornada humana, el calificativo que substantiva la existencia. Su biografía no ha sido ensayada todavía. Merece, sin embargo, cuando menos, el perfil que graba en mármol el recuerdo definitivo con que la posteridad perpetúa a los varones ilustres, en el acervo hereditario. Su vida se entremezcla con la historia nacional. Examinarla en detalles es bosquejar la evolución constitucional. Sintetizar sus servicios, es trazar el perímetro territorial de la nación y el desarrollo económico del país. Tenía todas las calidades de hombre de estado y todas las idealidades que consagran la bondad y el amor, el desinterés y la hidalguía, la abnegación y el sacrificio. Ilustrado,

talentoso, amable, suave en el decir, honesto en el pensar, sincero en sus procedimientos, moderado en sus actitudes, estimulaba, con sus entusiasmos, las libertades públicas. Cuando escribe, su estilo tiene la sencillez que traduce la idea y la idea que se engarza en la palabra. Cuando habla en la tribuna parlamentaria, adquiere la solemne gravedad que realza el contenido espiritual. Es gráfico en la expresión, ligeramente irónico algunas veces, digno sin amaneramiento, severo sin exceso, tranquilo sin languidez, altivo sin desplantes, caballeresco sin violencias (2).

Impuesta la candidatura del doctor Roque Sáenz Peña, en el 1910, la Unión Cívica Radical mantuvo su actitud en solemne recogimiento. Los pueblos, disciplinados por esa poderosa institución, vibraban con todos los entusiasmos. Roque Sáenz Peña tuvo la sensación que elabora la vida intensa. Las nobles idealidades de su temperamento no podían desconocer la situación, cuyos aspectos traducían la falta de actividades políticas en el escenario de la República. Su candidatura fué uno de esos acontecimientos que tienen, virtualmente, el poder que fundamentan las grandes expectativas. Mezcla de esperanzas y desencantos, ilusiones románticas y realidades brutales, forjan finalidades con reacciones que exhiben, en la existencia colectiva, modalidades al parecer, inesperadas al difundirse... Tal es la reforma de la ley electoral del 10 de febrero de 1912, impuesta por el presidente Sáenz Peña al Congreso de la Nación. Sin duda, el hecho, material y externo, es una iniciativa digna del eminente ciudadano. Articulada por él, fué aceptada por las cámaras con los discursos apologeticos que resuenan siempre en los oídos de los mandatarios, cuando el éxito se impone por la razón o la fuerza.

Tenía, el doctor Roque Sáenz Peña, todas las calidades del gobernante que dramatiza la acción. Juventud azarosa, aureolada por los prestigios del heroísmo en la tragedia del "Morro", transcurrían sus días alternando los esparcimientos del gran señor con las preocupaciones intermitentes del hombre de estado. Sus gestos denotaban su abo-lengo. Sus ademanes tenían la distinción que realzaba su cultura. La frase suave, sugerencias irresistibles. Sus sentimientos alcanzaban el hondo efecto que caldeaban la amistad fraternal y la lealtad insospechada. Faltábale, para ser completo en la trayectoria luminosa de su existencia, vivir la democracia. Tuvo, en sus últimos años, el vacío de esa ausencia. De ahí sus afanes en auscultar las palpaciones latentes de la opinión y en escuchar la voz serena y tranquila que prestigiaba el contenido histórico, plasmado por la doctrina radical en las evoluciones del país.

(1) Aristóbulo del Valle nació en Dolores, provincia de Buenos Aires, el 15 de marzo de 1845. Falleció en Buenos Aires el 29 de enero de 1896.

(2) José Bianco, "Don Bernardo Irigoyen". Estadista y pionero, 1927.

JOSÉ BIANCO

LA DOCTRINA RADICAL

200 MILLAR

VALORES GRÁFICOS ARGENTINOS DE L. P. BOMBI, DESIGLADO 475

1927

Apenas dado a publicidad su reciente libro: "Don Bernardo de Irigoyen. Estadista y pionero. (1822-1906)" del cual nos ocupamos en estas páginas, el doctor José Bianco, prestigiosa personalidad del foro argentino y distinguido publicista, nos sorprende con una nueva obra titulada: "La doctrina radical", cuya aparición en los actuales momentos, o sea cuando las fuerzas cívicas del país se agitan intensamente frente al problema de la futura presidencia de la nación, no puede ser más oportuna, porque dada la materia de que trata, es indudable que ha de despertar gran interés en nuestras esferas políticas.

Entresacamos al azar de sus páginas, los fragmentos que transcribimos, en los cuales se traza, con notable acierto el perfil de tres de nuestros más eminentes hombres públicos: Aristóbulo del Valle, Bernardo de Irigoyen y Roque Sáenz Peña.

Nada hay nuevo bajo el sol. Todo ha pasado ya al dominio de la curiosidad humana.

I

Solo tienen orgullo los que se adoran a sí mismos y viven buscando en la humildad o la sencillez agena un pedestal para sus estatuas.

II

Alabo la filosofía del haragán, porque es la que mejor se adapta al objeto real de la vida.

III

Los blandos de corazón andan siempre a tripezones con la lógica. Por eso, todas sus empresas resultan a menudo coronadas por la derrota.

IV

No se necesita tener talento para adquirir fortuna. Únicamente se necesita tener larga vista y ser excelente cazador de ocasiones.

V

No encuentro sinceridad en los que predicán la dignidad del trabajo y las ventajas del orden: estimo que en el fondo lo aceptan como una ley fatal de la vida, como una manifestación cruda de la necesidad.

VI

La gimnasia de las ideas es tal vez la más ingrata de las gimnasias. Como las luciérnagas, en la noche de las incógnitas, alumbró la marcha de los hombres sin alumbrarse el camino de sí mismo.

VII

La decencia es un artículo de lujo, una antigüalla preciosa, una moneda rara en el comercio de las virtudes; suena bien en el concierto de las convenciones sociales. Es lícito falsificarlas para lograr entrada en el mundo de los negocios.

VIII

No he dado aún con el que demuestre ser correcto por el sólo hecho de serlo. Se fué y se es, por lo general, por respeto o terror al "qué dirán".

IX

La mentira es un valor que la costumbre ha impuesto como moneda de curso forzoso. Obra del miedo, fué acuñada desde el Génesis con el metal de la imperfección humana.

X

La comedia diaria del altruismo predicado, es el reflejo de la miseria humana del pudiente que contrasta con la miseria humana del

Pensamientos de un hereje

desvalido. La caridad del uno, por jactanciosa y mezquina, es a menudo, una afrenta a la necesidad del otro.

XI

Compadezco a los creyentes que tratan de dar sepultura a los iproches de su conciencia bajo la resonante abundancia de sus donaciones pecuniarias destinadas a convertir en plegarias de piedra y mármol más de un sombrío vello de recuerdos ingratos.

XII

Sólo pueden ser maestros políticos los hombres que olvidan la estimación de sí mismos.

XVI

Creer en la perfección de lo imperfecto es un derecho. Pero es un derecho inofensivo que sólo lo ejercen los ignoros, los ingenuos y los pobres de espíritu.

XVII

En todo empresario electoral encuentro un experto en el arte de sorprender y utilizar la buena fé de los creyentes.



XIII

La intolerancia en todo y por todo, tiene su lado bueno: la ingenuidad. Sólo los ingenuos son intolerantes. Los pillos pueden serlo, pero a condición de que prosperen a expensas de los otros.

XIV

Me son sospechosos los intelectuales que ponen su inteligencia e ilustración al servicio de convicciones falsas y de simpatías e ideales sin fundamento. Al punto los compadezco por su extraño amor al ridículo y a la exhibición.

XV

Juan Pueblo tiene la buena fé de un rebaño de ovejas. Sigue al pastor con seráfica candidez al prado y al matadero, sin detenerse jamás a interrogar al instinto ni

XVIII

Una de las empresas que más admiro en este mundo y que me parecen cosa de la otra vida, es vivir para sostener en el prójimo una fé que el viento helado de la experiencia y del raciocinio apagara en el sacerdocio de esa fé.

XIX

Suele decirse que la muchedumbre tiene los cien ojos de Argos y que nunca se equivoca. Pues yo creo lo contrario: si hay un cándido incorregible, al que ninguna enseñanza ni experiencia alguna quita la venda que lleva en sus cien ojos, es el "Pueblo soberano".

XX

La virtud puesta a precio en el mercado de la publicidad social, tiene para mí el sabor de las cosas

dudosas. Desde que se la ejerce, bajo el interés del premio y la notoriedad, hay en ella mucho de falso y de convencional.

XXI

La convivencia forzosa con elementos autóctonos de una sociedad reducida, suele obligar muchas veces a un estrujamiento voluntario de toda aspiración intelectual: la cultura choca, la distinción moral provoca celos, la superioridad de espíritu estorba. El ambiente prohíbe toda manifestación de riqueza interior.

XXII

Un extraño y afligente género de envidia suele levantarse en el alma de la aldea, en torno de la figura del nativo pobre que se levanta por sus propios cabales: se trata siempre de aplastarle con los gritos del pasado, de triturarle con el recuerdo de lo que fué. El alma de la aldea vive tan hecha, tan acondicionada a sus tinieblas eternas, que una revelación de inteligencia selecta constituye un acontecimiento intolerable por lo insólito. El despertar de una inteligencia en el hogar pobre y humilde, es una cosa que no perdonan los hijos de la aristocracia menuda y plebeya del villorrio.

XXIII

"No hay enfermedades sino enfermos", reza un conocido apotegma médico. Quiero creerlo así. Todo el mundo se enferma... hasta de necesidad de pasar un rato enfermo. Estirado en la cama, el vecino se acuerda del "ilustre enfermo" y la prensa se encarga de honrar el suceso con la sacramental noticia:—"Guarda cama el señor Fulano de Tal". Es de muy buen tono pasar nota social de "hallarse indispuerto" y concitar en torno la simpatía del mundo entero.

XXIV

El árbol más útil y el que suele poblarse de más nidos, es el más estropeado por la turba infantil. El hombre más diligente y de acción más productiva, es el más negado y mortificado y zaherido por la estulticia de sus beneficiarios y la ingratitud de sus favorecidos.

XXV

Para que Juan Pueblo acepte y conserve lo bueno que se llega a realizar por su bien, estimo conveniente hacer con él lo que se hace con los niños majaderos y voluntariosos: darle la comida con una mano y mostrarle el rebenque con la otra, levantado sobre las espaldas en manifestación de amenaza. El majadero más grande que pisa la Tierra es Juan Pueblo, el descendiente de Caín y de Abel.

L. H. KUHN.

Riberas del Xlvi-Xlvi, Abril 1927.

El caballo viejo

Por León Tolstoy

La mañana era apacible y clara; la tropilla de caballos fué llevada al campo. El caballo viejo y enfermo, "Kholstomer", se quedó en la caballeriza. Apareció un hombre extraño, flaco, atezado, sucio, dentro de un caftán manchado de negro. Era el descuartizador. Tomó de la rienda al caballo, sin mirarlo, y echó a andar. "Kholstomer" lo siguió tranquilamente, sin darse vuelta, arrastrando como siempre las piernas, y rozando al pasar la paja con el anca.

Una vez fuera de la puerta cochera, el caballo estiró la cabeza hacia el pozo; pero el descuartizador tiró de la rienda, diciendo: —No vale la pena.

El descuartizador y Vaska, el cochero, que iba con él, llegaron a un claro, detrás del cobertizo de ladrillo; y como si ese sitio ordinario hubiera tenido para ellos un interés extraordinario, se detuvieron en él.

El caballo tendió la cabeza hacia la rienda queriendo morderla para disipar su aburrimiento, pero no pudo alcanzarla. Exhaló un suspiro y cerró los ojos. Dejó caer el labio, descubrió sus dientes amarillos y gastados, y adormeció, arrullado por el ruido del cuchillo que afilaban. Su pata enferma y envarada era lo único que se estremecía.

De pronto sintió que lo tomaban y le alzaban la cabeza.

—Es para curarme, tal vez — pensó.

En efecto, sintió que le hacían algo en la garganta. Le hacían daño; tembló, dobló la pata, pero se contuvo y esperó lo que iba a seguir. Lo que siguió fué un líquido que corría a torrentes sobre su garganta y su pecho. Un suspiro le hinchó los flancos, y se sintió aliviado, muy aliviado... aliviado de todo el peso de la vida.

Bajó los párpados y dejó caer la cabeza; nadie lo retuvo. Después sus patas se estremecieron, todo su cuerpo se bamboleó; lo que sentía era más bien sorpresa que miedo.

Le parecía tan extraño todo... se asombró, quiso abalanzarse, saltar... Pero, en vez de eso, sus piernas, moviéndose sin avanzar, se trabaron; sintió que tocaba el suelo con el costado, quiso incorporarse, pero cayó de pecho, y luego se tendió del lado izquierdo.

El descuartizador esperó que las convulsiones terminaran, apartando a los perros, que querían acercarse. Después tomó el caballo por las patas, lo dió vuelta poniéndose sobre el lomo; dijo a Vaska que lo mantuviera así y empezó la faena.

—Era un buen caballo — murmuró el cochero.

—Si estuviera más gordo — observó el descuartizador — la piel sería mejor.

Esa tarde pasó por la altura la tropilla de caballos, y los del ala izquierda vieron en la hondonada un bulto enrojecido y cerca de él perros que vagaban, cuervos y milanos que revoloteaban. Un perro, con las dos manos asentadas en la carroña, arrancaba con ruido sacudiendo furiosamente la cabeza, lo que sus colmillos habían asido. Una potranca se detuvo, estiró la cabeza y el cuello; olfateó largamente el aire. Costó trabajo sacarla de ese lugar.

Al amanecer, en un barranco de la vieja selva unos lobeznos aullaban alegremente. Eran cinco; cuatro de tamaño casi igual y uno pequeño, de cabeza más grande que el cuerpo. La loba flaca, en plena muda, arrastrando su vientre henchido, cuyas mamas rozaban la tierra, salió de su zarzal y fué a sentarse junto a sus lobeznos. Estos formaron el semicírculo delante de ella; la loba se acercó al más chico, hizo algunos movimientos convulsivos; después abrió su boca erizada de dientes, y haciendo un postre esfuerzo vomitó un gran zoquete de carne de caballo.

Los lobeznos grandes quisieron echarse encima, pero la madre los contuvo con gesto amenazador, y dió todo al chico. Este, como encole-

rizado, asentó gruñendo sus manos sobre la carne y se puso a devorarla. De la misma manera la loba vomitó para el segundo, para el tercero, y así sucesivamente para los cinco.

Y sólo entonces se echó junto a ellos a descansar.

Ocho días después, detrás del cobertizo de ladrillo no quedaba del caballo más que el cráneo y los dos húmeros; lo demás había desaparecido.

El cuerpo muerto de Serpukhovsky, ex dueño del caballo, que andaba por el mundo comiendo y bebiendo, fué puesto en tierra mucho más tarde.

Así como ese cuerpo había pesado fuertemen-

te sobre los demás durante veinte años, cuando andaba por el mundo, de la misma manera su muerte misma no fué sino una carga más. Hacía mucho tiempo que había dejado de ser útil, hacía mucho tiempo que incomodaba a todo el mundo. Sin embargo, los "muertos" que enterran a los muertos consideraron necesario vestir a ese cuerpo con un lindo uniforme y lindas botas, tenderlo en un buen féretro dentro de otro de plomo, transportarlo a Moscú, y allá revolver esqueletos viejos para enterrar en medio de ellos ese cuerpo podrido, comido por los gusanos dentro de su uniforme nuevo y de sus botas lustradas, y tapar todo eso con tierra.

A Toda Edad



Qué hacer para no toser?

Tener siempre a mano una caja de **Pastillas Iodeína Montagu**

y tan pronto sienta usted la gana de toser, póngase una pastilla en la boca y déjela derretir.

A pesar de su marcada actividad, pues cada pastilla contiene 5 mg. de Iodeína (producto descubierto por Montagu), estas pastillas son tan deliciosas al paladar que resulta un gusto curarse con ellas.

De cuantas pastillas existen para curar la tos, las de Iodeína Montagu son las más rápidas y eficaces para quitar el cosquilleo de la garganta que molesta tanto.

LAS pastillas Iodeína Montagu son remedio bueno para Resfrío, Ronquera, Bronquitis, Ahogos, Asma, Enfisema, Tuberculosis, etc., etc.

Montagu 49, Bd. de Port Royal - París

DEPOSITO GENERAL

Farmacia Franco-Inglesa

LA MAYOR DEL MUNDO

Sarmiento y Florida - Bs. Aires

YACO



Inauguración de la colonia de enfermos crónicos de Ituzaingó

El presidente de la República, doctor Marcelo T. de Alvear, los ministros de Relaciones Exteriores y del Interior, doctores Gallardo y Tamborini, respectivamente, el director de la colonia, doctor Alejandro Squassini y otras autoridades, escuchando el discurso inaugural pronunciado por el intendente de Buenos Aires, doctor Carlos M. Noel. — Abajo: una vista general de los pabellones de la colonia de enfermos crónicos "General Martín Rodríguez", reciente inaugurada.



Homenaje a la memoria de don Torcuato de Alvear

En la escuela "Intendente Alvear", tributóse un homenaje a la memoria de este esclarecido ciudadano, con motivo del aniversario de su nacimiento. — El presidente del Consejo Nacional de Educación, doctor Mosca y otras autoridades escolares, durante la realización del acto.



La profesora, señorita Catalina C. Rey, pronunciando su discurso.



Un grupo de alumnas, interpretando uno de los números del programa rememorativo.

Demostración al Dr. Juan Bayetto

Con motivo de la designación de delegado del gobierno argentino a la Décima Conferencia Internacional del Trabajo de la Liga de las Naciones y Tercer Congreso Internacional de Ciencias Administrativas, en París, recaída en el doctor Juan Bayetto, este caballero fué objeto de una demostración consistente en un banquete servido en su honor. — Vista parcial de los comensales.





Sociedad Cooperadora de la Educación y Biblioteca Bmé. Mitre



Conmemorando las bodas de plata de esta institución, realizóse en el teatro "José Verdi", una lucida velada literaria, que constituyó uno de los números del programa de fiestas. — A la izquierda: elementos artísticos que interpretaron la comedia de Dario Nicodemi "La enemiga". — A la derecha: un aspecto del público que asistió al acto.

BODAS DE DIAMANTE DE LA CASA JACOBO PEUSER



Con motivo de cumplirse las bodas de diamante de la casa Jacobo Peuser, la dirección de dicho establecimiento organizó una animada fiesta que se realizó en el campo de deportes del club del mismo nombre, situado en el Parque Avellaneda. — A la izquierda: la cabecera de la mesa durante el almuerzo. — A la derecha: un simpático grupo del elemento femenino que asistió a la fiesta.

TEATROS



Vista parcial del personal de la casa Peuser, que tomó parte en la excursión



Escena de "Una cura de reposo" comedia con que inaugurará la temporada el actor Parravicini.



Nuestros músicos.

Juan Mas, el tradicionalista, cantor y guitarrista argentino, acompañado de su instrumento, al cual sabe arrancar sublimes melodías.

Pascual Desimone, notable compositor y pianista, director del conservatorio "Bazzini", y autor de bellas producciones musicales.





Sociales



Enlace de la señorita Luisa Méndez Abal con el doctor Francisco Janer Castro



La señorita María Carmen Meucci y el señor Elvio Gabriel Anchieri, después de sus desposorios



La señorita Leontina Nebouel y el señor Federico R. Rothenburger, recientemente desposados



Enlace de la señorita Leticia E. Manrique con el ingeniero José C. Piazzale



La señorita Dora Elena Eggeling y el señor Raúl G. Villalonga, después de la ceremonia nupcial



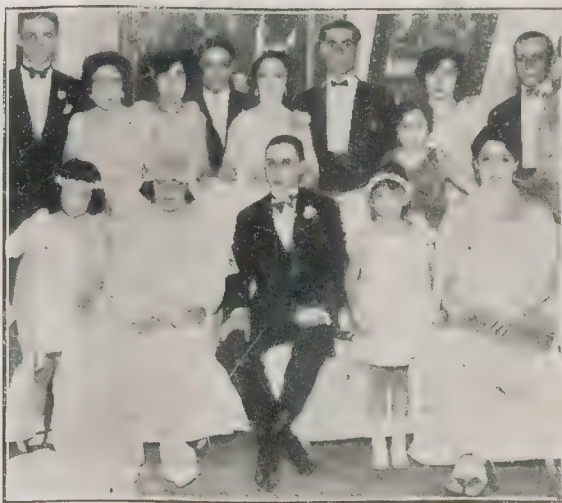
Los contrayentes, señorita Araceli Martínez y señor Carlos Nardini



Señorita Micaela Vasallo



Señorita Elisa Uccello



ROSARIO. — Enlace de la señorita María Luisa Bustamante con el señor Pedro Carmona



Señorita N. Mendieta, desposada con el Dr. A. Eguren



Actualidades cinematográficas



John Barrymore en "El Vagabundo de amor", que Artistas Unidos estrenará en esta temporada.



Una de las principales escenas de "La viuda alegre", la película extraordinaria de la Metro Goldwyn - Mayer, que tiene por protagonistas a Mae Murray y John Gilbert y que se estrenará el viernes próximo.



Ton Mix en "El asalto al tren expreso", que la Fox estrenará pasado mañana.



Escena del film "Lealtad", con el perro Ranger como protagonista, que la New York Film, estrenará pasado mañana.



El célebre "Trackless-train" de la Metro Goldwyn - Mayer, en Africa. El tren y su director Eduardo Carriel llegarán pasado mañana a ésta en su raid mundial.



Pauline Garon y Johnny Walker en "Princesa sin corona", que la General exhibe desde anteayer.



Dorothy Devore y Malcolm Mc Geger en "Dinero para quemar", que la Corporación exhibe desde el domingo.

Los más bellos
lugares del turismo
europeo.



SUIZA. — Una hermosa perspectiva de Wengen
y el valle de Lauterbrunnen

(Fotografías del explorador señor L. V.
de Bœccard).



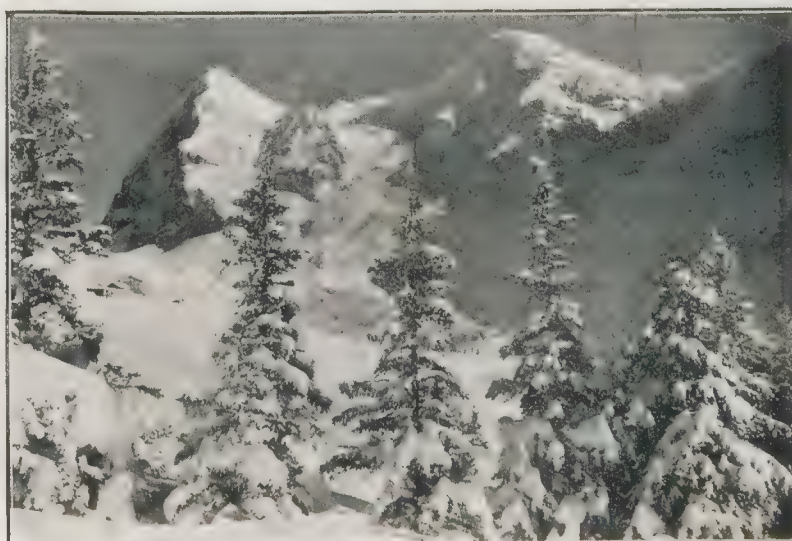
Túnel y gruta cavados en el mismo hielo del ventisquero del Yungfrau,
a 3.475 metros de altura



Un recodo de la línea del ferrocarril que conduce al Yungfrau. — Al fondo: esta
montaña, y la del Mouch, dos de las más altas cimas suizas



Los célebres perros de Graulande, en Eigergletscher, situado a 2.323 metros sobre
el nivel del mar



La estación de Wengernalp, durante la temporada de invierno, ostentando el bello
efecto de los grandes pinos, adornados por la nieve

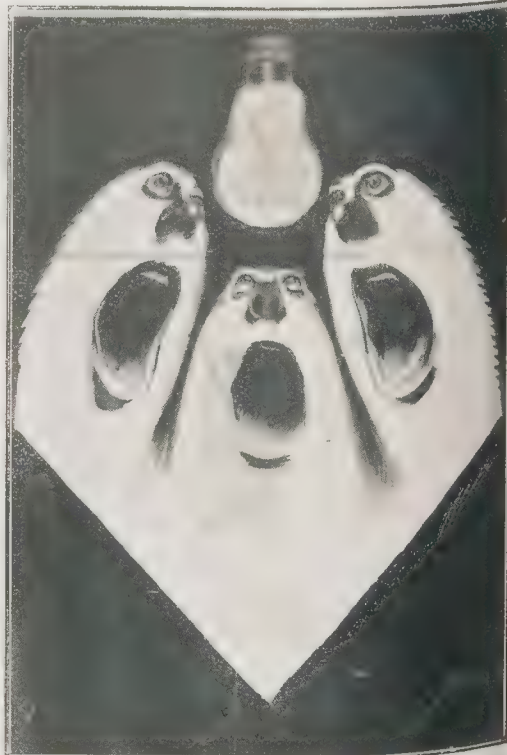


Exposición del pintor Luciano Aquiles Mauzán



Señor Luciano Aquiles Mauzán,
pintor de gran talento, que
ha expuesto en esta
página y sobre de quien en-
timos algunos comentarios en otro
lugar del presente número

Cartel anunciador de una famosa
marca de lamparillas eléctricas



"Affiche" de bujías para automóviles

CENTRO NAVAL



Balanzas automáticas



Anunciando un dentífrico

DE JUNIN



Almirante Juan A. Martín, recientemente elegido presidente del Centro Naval para el período 1927-1929



Nicolás, Fregue, actor argentino que se ha destacado por sus interpretaciones en obras del teatro extranjero



Pilar Mata, notable actriz española de la compañía Gobelay, que ha obtenido señalados triunfos escénicos



De Cacheuta



Señorita Luisa Zuliani



Un grupo de familias en pose para FRAY MOCHO



Señorita Margarita Miralles



Señora Maria G. de Sedero.



Señoras de Dodero, Fernández M. de Hoz, Zuberbühler, Zarrete y Romero.



Señora Carolina G. de R. Lozano y su hija Maria Luisa



Señoritas Delia Oteiza y Maria Luisa Guerra



Señoras de Landó y Regaño y señoritas de Landó



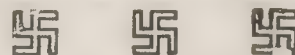
Señor Jesús Fernández y familia



Señoritas Lola y Margot Miralles



Familias de Napolitano, Corona, Miglioroli y Durán



Señorita Sara Rosa Ubada
Fots. Bejarano.

DE MENDOZA. -- Ecos del terremoto. -- La visita del general Justo



Una de las muchas casas apuntaladas, que amenazan derrumbarse



Manantial de agua caliente producido por el fenómeno en la finca del señor Pimenedes, en Las Heras



Otro de los edificios dañados



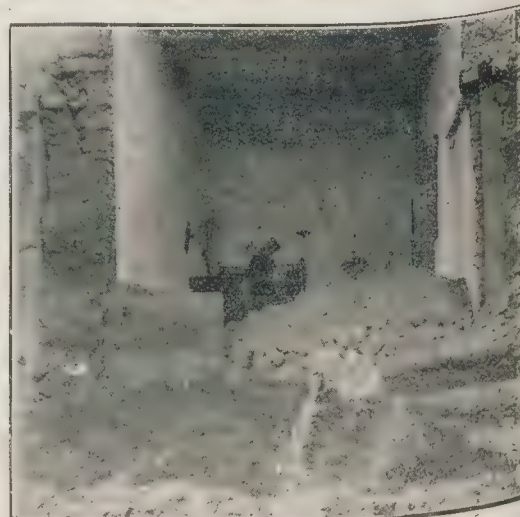
Restaurant al que se le desplomó parte del techo



Profunda grieta abierta por el temblor



Edificio totalmente destruido



Otra casa derrumbada



La llegada del general Justo. El ministro de Guerra, poco después de su arribo, acompañado por el gobernador doctor Orfila y demás autoridades



La escuadrilla aérea que condujo al general Justo, poco después de llegar a Mendoza. Fots. de la señora Cordiviola de Argerich y de nuestro corresponsal, señor Capra.

Con menudo y ligero paso cruzaba Amparito las populosas calles, temerosa, como siempre, de llegar tarde al taller.

Por todas partes iba causando la admiración de los hombres que con ella tipezaban; y muchos, no contentándose con la muda contemplación de sus formas esculturales, de su rostro angelical y de su gracia provocativa, la seguían de cerca para decirle una porción de flores y piropos, casi todos intencionados, y algunos un tanto atrevidos.

Aún no había cumplido los diez y ocho años, y ya hacía más de tres que se dedicaba a ganar el precioso sustento. Pero a ella no le agobiaban las penas ni le abatían las contrariedades: siempre se la veía acudir donde había una alegría que disfrutar, huyendo, en cambio, de los sitios en que había que llorar un dolor... Y como el único patrimonio que poseía era su extraordinaria belleza y su constante buen humor, sus mayores goces eran exhibir aquella y gozar de éste todo lo posible.

Ella, Amparito menuda de cuerpo, en el que mostraba plásticas redondeces, moldeadas con tal maestría, que satisfacían a todos los gustos. Su cabello negro y ondulado, adornaba la frente con unos rizos alegres, y llenaba la nuca de cortos mechones que parecían erigirse en una nueva rebeldía. Sus labios sonrosados dibujaban una graciosa curva que con frecuencia se rasgaba, poniendo al descubierto una doble fila de dientes menudos y blancos, y dejando escapar una sonrisa que se reflejaba en sus ojos alegres y en dos graciosos hoyuelos que se le formaban en las mejillas.

Vivía Amparo con su madre en una casa de vecinos, ocupando dos habitaciones modestísimas que daban al alegre patio donde las numerosas inquilinas compartían sus escasos ratos de ocio, unas veces en inocentes conversaciones, otras en animados coloquios donde toda crítica tenía su asiento, y algunas en acaloradas discusiones que solían terminar con una serie de palabrotas que no todo el mundo hubiera podido escuchar sin sonrojarse.

Solamente la madre de Amparo, la solitaria como la llamaban las vecinas — su nombre era Francisca, — no acudía jamás a aquellas reuniones, y todo el trato que mantenía con las amigas se limitaba a los obligados saludos de cortesía, que prodigaba poco porque apenas salía de su casa.

Tampoco Amparo se dejaba ver mucho, porque pasaba casi todo el día en el taller y solía acostarse muy temprano, ya que sus ocupaciones la obligaban a madrugar.

En medio de la desgracia de su pobreza, podía considerarse dichosa aquella reducida familia: Amparo era modelo de honradez y laboriosidad, y dedicaba todos sus esfuerzos a sacar adelante su casa, y Francisca era todo cariño y desvelos para procurar, dentro de sus pocos recursos, el mayor bienestar de su hija.

II

Hacía más de quince años que Francisca se había quedado viuda. En su juventud fué portento de belleza. Todos los que la habían conocido, aseguraban que Amparito

Como ellas caen:

POR AMOR

Por Luis de León

era su vivo retrato.

Hasta cerca de los treinta años, no encontró el hombre que creyó digno de entregarle su corazón. Hizo un matrimonio por amor. El era pobre: sólo ganaba un pequeño jornal que los obligaba a vivir con cierta estrechez, pero Francisca prefirió el pan moreno llevado a su mesa por unas manos honradas y cariñosas, a gozar de los lujos y comodidades que hubiera podido disfrutar hundiéndose en el vicio.

esfuerzos a criar y a educar a Amparito. Trabajó sin descanso, y se refugió en el amor de aquella chiquilla alegre y retozona, que, a su pesar, la hacía sonreír algunas veces.

Amparito, parte por su natural inclinación, y parte por la sana educación de su madre, consiguió poseer dos raras virtudes: el amor al trabajo y la honradez. Desde muy pequeña ayudaba en las faenas de la casa; y, en cuanto tu-

Pidan

“QUILMES DE INVIERNO”

La mejor cerveza
para la estación

El nacimiento de Amparito vino a completar la felicidad. Tanto su marido como ella, sólo vivían para la niña; de todo se privaban gustosos porque no le faltara nada a la chiquilla...; y aquel sacrificio común por alegrar una vida que había nacido de su amor, pareció unirlos más...

Cuando murió su marido, Francisca creyó que el mundo se le había acabado. De no haber vivido Amparito, quizá se hubiera dejado arrastrar por la desesperación, para seguir voluntariamente el destino de su amante esposo; pero le quedaba una hija por la cual tenía obligación de vivir... Se sobrepuso a su dolor, y dedicó todos sus

vo edad conveniente, entró de aprendiz en un taller de modistas. Al poco tiempo la maestra le señaló un pequeño jornal. Poco a poco fué creciendo éste, llegando un momento en que con sus ganancias y las de su madre, pudieron vivir con cierta holgura.

Francisca estaba satisfecha de su hija: la veía preocuparse solamente de cumplir con su deber, y nunca le conoció el menor desvío que pudiera poner en peligro su integridad.

A pesar de las seguridades que ofrecía la conducta intachable de Amparito, Francisca no dejaba de vigilarla; sabía que su hija estaba en la edad y en las circunstan-

cias más a propósito para cometer un desliz...; y le horrorizaba la idea de que el fruto de su amor, la única ilusión que le quedaba en la vida, sufriera alguna vez la vergüenza de haber caído en el pecado más tentador y más bochornoso.

La única confidente que tenía Amparito era su madre; ésta había conseguido hermanar en ella el respeto y la confianza. Con sus amigas guardaba siempre la conveniente distancia. Sabía que, secreto que dijera a alguna, era en seguida divulgado; y ella no tenía por qué contar a nadie sus intimidades.

Solamente en su casa se lamentaba con cierta frecuencia de la pobreza en que vivían.

—Se necesita ser una santa — decía — para pasarse trabajando todo el día sin tener luego derecho a gozar de la menor expansión, mientras otras mujeres, sin hacer nada, viven llenas de lujos y comodidades...

—Me da pena oírte hablar así — le contestaba su madre. — No envidies a nadie, que la envidia es la peor consejera. Tú no vez de esas perdidas más que las apariencias, y no sabes que, debajo de las galas que lucen, se ocultan un sin fin de humillaciones y desgracias. Todas son esclavas del hombre que las paga, tienen que vivir sometidas a un ser a quien seguramente odian, sufren el desprecio de las gentes honradas, tienen que ir siempre con la cabeza baja, y rara es la que no acaba en un asilo o en un hospital, entre dolores y miserias.

—Si no es que yo las envidie, ni mucho menos que haya pensado siquiera en imitarlas; no hago más que quejarme de la injusticia del mundo que da más a quien menos lo merece.

—Ya tendrás tú la recompensa. Cuando yo era joven, pensé muchas veces lo mismo que tú piensas; pero supe mantenerme firme, y al fin conseguí el premio a mi honradez. Dudo que haya habido una mujer más feliz que yo mientras vivió tu padre. En medio de nuestra pobreza, no tuvimos nunca la menor contrariedad; y cuando nos venía alguna de fuera, con nuestro cariño la borrábamos por completo. También a ti te llegará un hombre amante y honrado que te hará dichosa.

—¿Y si no llega?

—Dios premia siempre al que es bueno.

—Por eso a ti te quitó tu marido, y en cambio, a otras mujeres les conserva sus compradores.

—No digas disparates, Amparo; no quiero oírte ciertas cosas. Dios hace siempre lo que más nos conviene.

—Esperaré entonces a ver lo que tiene dispuesto para mí.

III

Todos los días, a la salida del taller, esperaban a las graciosas modistas un gran número de estudiantes, que formaban estrecha calle por la que ellas pasaban escuchando el sinnúmero de piropos que todos les dirigían.

No era Amparito de las que menos admiradores tenía, cosa nada extraña dada su extraordinaria belleza; pero, dicho sea en honor suyo, jamás gustó de ciertas bromas exageradas, y mucho menos de admitir la compañía de ningún adador. Sólo le agradaba verse envuelta en el homenaje de admiración que todos le rendían.

Un día llevaron los estudiantes a presenciar la salida del taller, al célebre Juan de la Torre, conocido en todos los sitios donde se cultivaba la alegría y el vicio con el cariñoso nombre de Juanito.

Era éste, único descendiente de una familia de rancio linaje, que tuvo la suerte de unir a su nobleza un capital abundante.

Tenía Juanito a la sazón veintiocho años, lo cual no era obstáculo para que estuviera matriculado a las asignaturas del tercer curso de derecho.

Era Juanito de mediana estatura y de complexión robusta, aunque algo degenerado a consecuencia de los vicios que empezó a tener desde edad muy temprana. Cuidaba con gran esmero de su aseo y su tocado.

Juanito era el ídolo de los estudiantes y de cuantas mujeres le conocían. Además de su amabilidad y simpatía naturales, poseía una cuantiosa fortuna y era en extremo generoso con cuantos se acercaban a él.

Desde el primer momento Juanito observó la singular belleza de Amparo, que vio patente su señalado triunfo sobre las demás. Aunque todas procuraron atraerlo, él se decidió resueltamente por Amparito. Por si esta no se hubiera dado cuenta de aquella distinción, sus compañeras se la hicieron notar con numerosas indirectas, cada vez más intencionadas. Trataban de hacer que Amparo desconfiara de su galanteador, para que lo despreciara y poder así aspirar a conseguir sus favores. Amparo, sin embargo, comprendió el deseo que guiaba a sus amigas; y esto, unido a cierta simpatía instintiva que desde el principio sintió hacia Juanito, hizo que cambiara en amabilidad con él, el gesto hurafío con que siempre recibía las insinuaciones de los hombres cuando pasaban de cierto límite.

También Juanito empezó a sentir por Amparo algo que no había experimentado con ninguna. Él, de ordinario, atrevido y elocuente en los lances de amor, callaba y temía en presencia de Amparo. Quizá la misma seriedad de ésta y su carácter esquivo, eran las causas que más atraían a aquel galanteador, acostumbrado a las conquistas fáciles y a las mujeres amables. Lo cierto es que los primeros días Juanito se contentó con seguir de lejos y en corto trecho, los pasos de su amada.

Ella se daba perfecta cuenta de la persecución de Juanito, y al ver que era un hombre prudente y no un cínico como lo pintaban sus amigas, sintió aumentar el agrado que sentía hacia él.

Por fin, una tarde, ya que Amparo se había separado de sus compañeras, Juanito se decidió a acercarse a ella.

—¿Le molestaría a usted que la acompañara un momento? — le preguntó con cierta cortedad impropia en él.

—Molestarme, no; pero tampoco me agrada llevar a nadie a mi lado.

—¿Y si le dijera que tenía mucho interés en hablar con usted?

—¡Interés!... Póngalo usted en curiosidad, y será mejor.

—Ya ve usted cuántas han salido del taller, y sólo en usted me he fijado.

—En alguna había de ser.

—Como siempre es una sola la que nos ilusiona.

—Bueno, retírese usted que ya lleva demasiado tiempo a mi lado.

—Si apenas le he hablado un momento.

—Bastante ha tenido usted por hoy.

—¿Eso quiere decir que volveremos a vernos?

—Eso no quiere decir nada.

Todo este diálogo lo sostuvieron mientras cruzaban las calles.

Desde el primer momento conoció Juanito que la actitud de Amparo no le era del todo hostil. Hombre acostumbrado a las aventuras galantes, sabía que la mejor, la única negativa de una mujer, es el silencio y la indiferencia, y que en cuanto una contesta, aunque sea para mortificarnos con sus desdenes, acaba por rendirse.

Juanito estaba extrañado de la manera que había tenido que abordar a Amparo. Estuvo con ella suplicante, ceremonioso, emocionado... De ordinario, cuando se di-

—Ya, la acompañaré hasta su casa.

Amparo sintió entonces la vergüenza de su pobreza: pensó en el ridículo contraste entre su hogar lleno de miseria y la riqueza de Juanito; y por eso, y por temor a que su madre pudiera sorprenderla, dijo con energía:

—No, hasta mi casa no.

—¿Por qué?

—Me verá usted, si acaso, a la salida del taller.

—Como usted quiera. A mí me es lo mismo.

—Pues haga el favor de marcharse ya.

—¿Me lo manda usted?

—Sí...

—Entonces, hasta mañana.

—Hasta mañana.

Se separaron Juanito y Amparo. El iba satisfecho creyendo que todos cuantos lo encontraban le dirigían una mirada de admiración por su nuevo triunfo; ella quedó

Esto fué causa de que llegara a su casa cada vez más tarde; y, apercibida su madre, le dijo en tono cariñoso al observar que estos retrasos se repetían:

—¿A qué horas estás viniendo hace unos días! ¿Es que salís más tarde del taller?... La verdad es que, para lo poco que os dan, bien abusan de vosotras.

—Sí; ahora hay mucho trabajo. ¡Como estamos a principio de temporada! — dijo Amparo respirando tranquila, ya que su misma madre le había indicado el modo de excusar su tardanza.

—¿Tienes ganas de almorzar?

—Regular; ya sabes que siempre como poco.

—Sobre todo ahora...

Todo lo que su madre le decía, venía a recordarle su aventura; y aunque comprendía que era peligroso seguirla, cada vez se mostraba menos decidida a dejarla... Poco a poco Juanito se iba haciendo dueño de su corazón. Una mañana, momentos después de empezar el acostumbrado coloquio, Juanito, usando de un tono persuasivo y cariñoso, dijo a Amparo:

—Es preciso que esto no siga así eternamente. Nuestra amistad ha estado bien como preludio a una intimidad que ha de ser tan larga como nuestra vida; y me parece que, para prólogo, ha habido bastante.

—¿Qué quiere usted decirme?

—Demasiado lo sabe usted, Amparo. Creo que no necesitaré repetirle que estoy locamente enamorado de usted.

—Ni yo tendré que insistir en que no le creo una palabra.

—¿Todavía duda usted de mi cariño?

—¡Cariño!... Todo lo reducen ustedes a eso: a un pequeño interés, a una sencilla curiosidad, a un simple deseo, a un impulso de amor propio, al sólo afán de matar el aburrimiento, le llaman ustedes cariño...

—De mí no debía usted pensar así.

—De usted pienso otra cosa peor: no viene usted a pasar el tiempo conmigo en una inocente distracción, que bien sé que le sobran medios de divertirse. Usted busca en eso que llama amor, una de tantas aventuras que aumente su fama de conquistador; pero conmigo pierde usted el tiempo: para que un hombre consiga de mí la menor cosa, es preciso que me quiera hasta la locura.

—Y así la quiero yo.

—Me parece difícil.

—Ya se convencerá usted con el tiempo.

—Usted no piensa, sin duda en la distancia que nos separa: yo soy una pobre modista que tiene que pasarse la vida trabajando para llevar a su boca un pedazo de pan; en cambio usted...

—No me hable usted así, porque eso sería ofenderme y ofenderla a usted. Toda la deferencia entre nosotros se reduce a unos cuantos miles, y cuando el amor ha pasado muchas veces por encima de las ideas, de las castas, hasta el deshonor, ¿cómo va a detenerse ante la pobreza?

—Todo eso es muy noble y muy hermoso, pero nada real; así que, despéjese un poco la cabeza, y comprenda que, lo que usted dice, no pasa de ser un arrebatado del momento, que, en mí, sería imperdonable.



—¡Qué admirable estudio del desnudo!
—No hables alto que te va a oír.

rigía a una mujer, lo hacía con gran naturalidad y descaro. Su tipo elegante, su conversación amena y su cartera repleta, habían hecho que no conociera un fracaso... Y ahora temblaba ante una modistilla humilde y apocada. ¿Se iría a enamorar seriamente de ella... No lo creía... De todas maneras, dejaría correr las cosas...

Amparo estaba sumida en un mar de confusiones: por un lado le halagaba el triunfo señalado sobre sus compañeras y le agradaba escuchar las galantes frases de Juanito hacia el cual sintió, desde el primer momento, una viva simpatía; por otra parte comprendía que era una ilusión soñar con que sus palabras tuviesen un fondo de verdad, y que, por lo tanto, debía huir de aquella aventura, tan agradable de momento, pero que podía traerle funestas consecuencias. En esta lucha no acababa de decidirse a admitir la compañía de Juanito, ni a rechazarlo completamente, por lo que unas veces le respondía con amabilidad y otras con dureza.

Por eso Juanito, que comprendió desde el principio la indecisión de Amparo, no se separó de su lado; y, cuando varias veces le suplicó que se retirase, se limitó a contestarle:

preocupada pensando que todos los que la veían le recriminaban la locura que había cometido.

Y mientras Juanito saboreaba los ricos y variados manjares que una legión de criados le ofrecían, meditaba el plan de conquista que había de seguir para terminarla cuanto antes, Amparo, comiendo con indiferencia el modesto puchero que le había preparado, se prometía no volver a proceder con la ligereza de aquel día.

IV

Los propósitos de Amparo sólo quedaron en proyecto: Juanito se acercó a ella al día siguiente, y al otro, y al otro... y, al fin, tomaron por costumbre ser una de las muchas parejas que se formaban a diario a la salida del taller.

Juanito no conseguía acompañar a Amparo hasta su casa. Cuando llegaban cerca de ella, se separaban quedando citados para el día siguiente. Al principio iba Amparo por las calles con paso ligero, temerosa de que alguien pudiera descubrirla; pero poco a poco fué acortando la marcha para estar más tiempo al lado de su enamorado, y hasta tomó la costumbre de detenerse un rato para despedirse de él.

ble que lo creyera. Y a ver si para mañana le desaparece la fiebre, y viene usted más tranquilo.

—Lo dudo.

Así se despidieron aquel día Juanito y Amparo.

No hay que esforzarse mucho en comprender que ésta, aunque vencida de que había un fondo de verdad en todo cuanto había dicho, se sentía satisfecha de las declaraciones de Juanito, y no encontraba fuera de razón que estuviera efectivamente enamorado de ella.

Para Juanito fué un desencanto la conversación de aquella tarde. Creía que sus amorjes con Amparo era cosa hecha, y vió que no eran pequeñas las dificultades que desde el primer momento se le presentaban.

Quizá por lo mismo, aumentó su entusiasmo por la modista, y lo que al principio creyó sería un ligero pasatiempo, llegó a ser su constante preocupación.

Así, siguió varios días solicitando el cariño de Amparo con el entusiasmo de un verdadero enamorado; y tanto habló, tanta fe puso en sus palabras, y con tan vivos colores supo pintar su pasión, que llegó a convencer a su amada de la sinceridad de su pretensiones, y ella admitió su amor sin la menor desconfianza.

V

Una tarde que hablaban Juanito y Amparo próximos al sitio en que acostumbraban a despedirse, sorprendió el amoroso coloquio una vecina de la casa de ella. Amparo se puso pálida; Juanito, al notar la impresión de ella, le preguntó:

—¿Qué te ha pasado?

—Nos ha visto una amiga de mi madre, y, seguramente, le irá con el cuento...

—¿Y qué puede importarte? ¿Acaso es un pecado nuestro amor?

—Para nosotros, no; pero ella no lo comprenderá lo mismo. Pensará que soy una de tantas perdidas a quienes ciega la ambición de conseguir un hombre con dinero...

—¡Qué tontería!... Después de todo, el ser rico no es un crimen ni una deshonra; y la abundancia siempre es agradable.

—Pero mi madre no creerá en mí.

—¿Acaso no te conoce lo bastante para saber que eres incapaz de cometer la menor baja?

—Sí... pero Dios sabe lo que le dirán y lo que ella supondrán.

—No seas chiquilla... Si te pregunta, contéstale tranquila, y dile la verdad... Tú ya sabes cómo te quiero...; y ese amor tan intenso que tú sola has sabido despertar en mí, es la mejor garantía de mis intenciones. Cuando le digas que yo no soy un novio pasajero, sino que estoy decidido a casarme contigo, ya verás como la convences.

—Me parece difícil.

Aquel día vaciló mucho Amparo antes de entrar en su casa; y ya que lo hizo, apenas si le quedaba valor para abrir los ojos, y mucho menos para articular palabra.

Después de un largo silencio, le habló su madre, en tono tan amable, que más parecía una súplica que un reproche.

—¿Con quién estabas hablando en la calle? — le preguntó.

—Con nadie — se atrevió a negar Amparo.

—Me han dicho que te han visto con un señor.

Amparo permanecía callada. Le faltaban fuerzas para ocultar la verdad, y tampoco se atrevía a confesarla.

—¿No me has oído? — siguió Francisca.

—Sí...

—¿Me han engañado entonces?

—No...

Francisca recibió uno de los golpes más rudos de su vida, porque empezó a presentir un porvenir de desdichas y zozobras para la hija que tanto quería. Mujer de alguna experiencia, sabía que, en estas cuestiones, no hay cosa peor que tratar de oponerse con la violencia a los deseos de unos enamorados.

elevado que nosotras... Y todos hacen lo mismo: nos consideran carne de mercado; gozan una temporada de nuestros encantos, y, cuando satisfacen sus deseos y se cansan de nosotras, nos abandonan.

—Este ha estado mucho tiempo detrás de mí; yo no le hacía caso y él insistía; eso prueba que viene formalmente.

—Todos son iguales: mientras no consiguen nada de nosotras, no escatiman promesas y sacrificios; pero en cuanto nos entregamos a ellos, nos desprecian... ¿Crees posible que un hombre de su posición descienda a una mujer humilde como tú?

MI RUEGO

Señor: llévate todos los dones que me diste:
mi juventud enferma, mi sonora alegría
las alas de mi ensueño, mi primavera triste
y si también lo quieres mi cáliz de Poesía.

Marchita mis rosales, mancha mi blanca veste,
manda los buitres negros de la Desolación
a que se nutran, ávidos, en la carne celeste
del ruiñeñor que canta dentro mi corazón.

Haz duro el pan que coma, más negra la negrura
de mi incierto destino: dame el vasto dolor
que soporta la tierra. Toda la desventura
recibiré serena si me dejas mi amor!

Aurora Estrada y Ayala.

Como un amor tenga el más pequeño arraigo, bastará que se le oponga la menor dificultad para que cada vez adquiera más fuerza. Además, era completamente inútil tratar de evitar aquella locura de una manera radical: Amparo tenía que salir sola todos los días, y era imposible someterla a una estrecha vigilancia... Por eso Francisca trató de llevar a su hija por el camino de la razón, procurando convencerla con sus consejos.

Empleando un tono cariñoso, para que Amparo la escuchara sin enojo, empezó a decirle:

—Tú, sin duda, no has pensado en lo que haces; no has comprendido que ese es el primer paso para tu perdición, o tu desgracia, o las dos cosas a la vez. Has caído en la red que os tienden los hombres para explotar vuestra vanidad. Para las pobres mujeres de nuestra clase, es siempre una satisfacción pasearse al lado de un muchacho con dinero, verse querida y halagada por quien está en un sitio más

—¿Y por qué no, si me quiere?

—No te quiere, Amparo; te desea; que no es lo mismo. Si te ha hablado de amor, es porque ha comprendido que eres honrada, y que no podía proponerte una venta más que de ese modo.

—Es que yo nunca haré nada que sea deshonoroso.

—Eso lo dices ahora, creyéndolo firmemente; pero, poco a poco, irá consiguiendo cosas de ti, y, cuando menos lo pienses, darás la caída.

—Tengo confianza en mí misma.

—No debes tenerla; a todas nos llegan ciertos momentos de debilidad, y la honra de una mujer, una vez perdida, no se recupera jamás.

—Yo no seré suya más que por el camino derecho.

—Aunque no lo creo, voy a suponer un momento que estuviera enamorado de ti hasta el punto de que se decidiera a casarse contigo. ¿Crees que serías feliz con él?... No... Cuando pasaran los primeros entusiasmos, aparecerían entre vosotros mil divergencias produci-

das por la diferencia de educación que tenéis. El sería siempre el señor, tú la obrera; llegaría a avergonzarse de ti, a no querer presentarte en ningún lado, a esconderte de la vista de todo el mundo... Y, envuelta en ese desprecio y esa humillación, ¿podría ser dichosa?

Amparo callaba; poco a poco iban haciendo mella en su corazón las palabras de su madre. Comprendía que ésta le revelaba la verdad; una verdad triste, desgarradora; pero que no era posible modificar.

Francisca seguía hablando, y, tantas cosas dijo a su hija, que ésta, llena de dolor, pero convencida de que su madre le mostraba el único camino de salvación, acabó por decir:

—Tienes razón, madre. Mañana mismo terminaré con él.

Francisca quedó relativamente tranquila. Creyó en la sinceridad de aquella promesa de Amparo, y la abrazó satisfecha de su cordura; pero temiendo que el novio la convenciera otra vez, se propuso vigilarla desde entonces todo lo posible.

VI

Al día siguiente, como de costumbre, Juanito se unió a Amparo a la salida del taller. Esta recibió a su novio con cierta frialdad: no le pareció bien mostrarse amable con él después de lo que había prometido a su madre, ni se atrevía a rechazar la compañía de su enamorado.

Así anduvieron largo rato, hasta que Juanito, dándose cuenta de que sucedía algo extraño, preguntó cariñoso a su novia:

—¿Qué te pasa, Amparo?

—Lo que yo me temía — respondió ésta con cierta turbación: — mi madre se ha enterado de todo...

—¿Alguna vez había de saberlo.

—Es preciso que esto termine.

—¿Pero estás loca?

—Lo he estado hasta ahora.

—Supongo que no me hablarás en serio.

—Más que nunca. Si tú me quisieras de verdad, serías el primero en comprender mi razón.

—Porque te quiero demasiado, no puedo creer que pienses en abandonarme.

—Mi madre duda de ti.

—En ella me lo explico. Creerá que soy un aventurero vulgar, que sólo trata de endulzar su vida de estudiante con el amor de unas y otras; pero tú debías conocerme lo suficiente, para saber cómo te quiero...

—Ponte en la realidad... Los dos estamos perdiendo un tiempo precioso... Tú nunca has de conseguir nada de mí, si no es honradamente, y yo sería una necia si creyera que alguna vez pudieras casarte conmigo.

—¿Pero, por qué?

—Porque es natural que tú aspiras a algo mejor, que desees unirse a una mujer de tu clase, y no a una humilde obrerita como yo.

—La canción de siempre. No me crees porque soy rico, cuando esa debiera ser para ti la mayor garantía de mi sinceridad. Por lo mismo que tengo dinero de sobra, no me encuentro en la necesidad de hacer un matrimonio conveniente, y puedo casarme por amor.

—Aunque todo eso llegara, acabarías por despreciarme: ni tú sabrías amoldarte a mis costumbres, no yo podría seguirte en las tuyas... Nunca marcharíamos acordes, y seríamos muy desgraciados.

—Tú no me hablas con el corazón. Si lo hicieras así, no me dirías esas cosas. Cuando dos personas se aman de verdad, los obstáculos materiales se salvan sin el menor tropiezo... Lo que sucede es que ya no me quieres, y busca ese pretexto para terminar conmigo.

—Si hubiera dejado de quererte, te lo diría francamente.

—Entonces es que no has querido nunca.

—No me juzgues así: yo no soy una loca para sentir cada día una cosa.

—Pero te han convencido de que no te convengo...

—Tampoco soy egoísta ni calculadora. La prueba es que el único inconveniente que te encuentro, es quizá lo que a otras ilusionaría más.

—¡Siempre el maldito dinero! Unas veces por mucho y otras por poco, es la causa de todas nuestras desgracias.

—¡Si tú fueras pobre como yo!

—¿Quieres que lo sea?

—¿Cómo?

—Yo estoy decidido a renunciar a todo lo que tengo, con tal de conservarte a ti.

—Eso lo dices ahora. Cuando empezaras a sufrir las consecuencias de la miseria, maldecirías mil veces de mí por haberte llevado a ella.

—Eso sería una locura que nunca me perdonarías.

—Prefiero trabajar y vivir modestamente a tu lado, a llevar esta vida de ocio y regalo lejos de ti.

—¿Por qué no probamos?

—Porque, cuando quisieras arrepentirte de tu locura, sería ya irremediable.

Juanito insistía cada vez más; Amparo se defendía débilmente. Poco a poco se iba dejando convencer por las palabras prometedoras de su enamorado. Un hombre decidido a hacer por ella toda clase de sacrificios, no podía ser un seductor vulgar. Para llegar a ciertos extremos, es preciso amar intensamente.

Después de no pocos esfuerzos, consiguió Juanito que Amparo cesara en su hostilidad; pero no pudo vencerla completamente. Ella no accedería a que se siguieran viendo como hasta entonces; había prometido a su madre que aquellos amores terminaría, y no quería causar el menor disgusto a la pobre vieja, a quien quería con toda su alma... Esperarían hasta ver si su madre se calmaba y ella lograba convencerla. Todo se reduciría a tener un poco de paciencia.

Estuvieron unos días sin hablarse. Amparo se dio cuenta de que su madre la vigilaba, y quiso alejar de ella toda sospecha.

Se entendía con Juanito por cartas que él le mandaba al taller, y ella le echaba por el balcón a una hora convenida. El le escribía apasionado y suplicante: le pintaba su vida triste, y su amargura constante desde que no la veía. Amparo se limitaba a aconsejarle resignación y prudencia, animándolo con la esperanza de días más felices.

Los lamentos del enamorado empezaron a hacer mella en el corazón de Amparo, que cada vez se inclinaba más en su favor... Le parecía una necesidad destrozarse aquella pasión por una terquedad de su madre. La insistencia de Juanito en aquellos momentos en que no disfrutaba de ella ni el halago de su compañía, era la mejor prueba de la rectitud de sus intencio-

nes.

Por otra parte, Amparo comprendió que su madre estaba ya convencida del fin de aquellos amores y que había dejado de espiar sus pasos. Todo esto le dio ánimos para contestar a una de las cartas más ardientes de su novio con estas prometedoras palabras: "Esperame hoy a la salida del taller y hablaremos".

Juanito acudió alegre a la cita. Comprendió que Amparito estaba vencida, y se hizo el firme propósito de aprovechar la ocasión para rendirla por completo.

Le habló con calor, con entusiasmo; le pintó su pasión con los colores más vivos; a todo se avenía menos a estar separado de ella... Amparito lo escuchaba complacida, satisfecho de haber encendido un amor tan intenso; ella misma sen-

dijo a su madre que desde aquella noche tenía qué velar, cosa que no extrañó a Francisca, ya que no era la primera vez que esto sucedía.

Minutos antes de la nueve, Amparo, después de besar a su madre, salió a la calle.

Juanito la esperaba impaciente. Después de saludarse, empezaron a andar; él quiso convencerla de la incomodidad de aquel medio de andar, y de lo expuestos que estaban a que alguien los viera, y le propuso tomar un coche para pasear ocultos, o marcharse a un sitio reservado donde nadie los viera.

Amparo rechazó casi indignada la idea, y, aunque Juanito se esforzó en hacerle comprender que aquello no tenía nada de particular, no pudo convencerla.

LA MORAL DEL ALMA

Parece que nuestra moral se transforma y avanza a cortos pasos hacia comarcas más elevadas que las que hoy se ven. Y es porque quizá sea llegado el momento de establecer cuestiones.

¿Qué sucedería, por ejemplo, si nuestra alma se tornara visible de pronto y tuviese que avanzar en medio de sus hermanas reunidas, despojada de sus velos, pero cargada de sus pensamientos más secretos y arrastrando los actos más misteriosos de su vida que nada podía expresar?

¿De qué se ruborizaría?

¿Qué querría ocultar?

¿Iría, cual mujer pudorosa, a extender el largo manto de sus cabellos sobre los innumerables pecados? Los ha desconocido y nunca llegarán a ella. Fueron cometidos a mil leguas de su trono y el alma del criminal más terrible pasaría inadvertida entre la multitud, llevando la transparente sonrisa del niño.

¿Qué pecados y qué crímenes ordinarios pudo cometer? ¿Hizo traición, engañó, mintió? ¿Hizo sufrir? ¿Hizo llorar? ¿Dónde se hallaba mientras aquel entregaba su hermano al enemigo? Sollozaba, tal vez, lejos de él, y a partir de aquel momento se tornó más profunda y más bella. No se avergonzaría de lo que no ha hecho y puede permanecer pura en el centro de su crimen.

Y con frecuencia transforma en claridades interiores todo el mal que, necesariamente, hubo de ver.

Mauricio Maeterlinck.

ta que su cariño a Juanito iba tomando vuelos enormes; tampoco se resignaba a vivir sin él. Era preciso mostrarse enérgica, decidida a salvar aquella pasión que sería la felicidad de los dos.

Por no dar un disgusto a su madre, se ocultaría hasta que llegara el momento decisivo. Entonces lo arrostraría todo con tal de salir vencedora...

Para evitar una sorpresa, Amparito propuso a su novio verse de tarde en tarde; pero él no se resignaba; aún le parecían escasos los momentos que gozaba de su compañía, reduciéndose a ir a su lado desde el taller hasta cerca de su casa. Ella no podía disponer de más tiempo, y entonces él le propuso que saliera por las noches.

Amparito juzgó esto imposible, pero al fin, encontró un medio de complacerlo, y le prometió que se verían después de cenar.

El triunfo de Juanito fué completo, y se marchó a su casa satisfecho de la victoria.

Mientras almorzaban, Amparo

—¿No se la das a los amigos? ¿No dejas que la estreche quien ni siquiera ha cruzado una palabra contigo?

—Pero a un novio es distinto.

—¿De manera que me niegas a mí lo que das a todo el mundo?

—Cuando llegue el momento oportuno séjela toda para ti; ahora no.

—Entonces tú las cosas las haces depender de la ocasión y no de la persona.

Siguieron discutiendo largo rato; y como por el camino de la razón nada conseguía, convencido Juanito de que era dueño absoluto del alma de Amparo, atribuyó su retraimiento a la falta de cariño, logrando al fin estrechar por largo tiempo las manos de su novia, mientras que ella bajaba los ojos sufriendo la mayor de las vergüenzas que hasta entonces había sentido.

Otra noche, una de las veces que Juanito tenía cogida las manos de Amparo, en un momento de entusiasmo febril, después de muchas palabras de amor y muchas promesas halagadoras, sin poder contenerse, las llevó con fuerza a sus labios estampando en ellas un sonoro beso.

Amparo no se atrevió a decir nada, y Juanito, animado por la conformidad que ella mostraba, le prodigó toda clase de caricias, que al principio sólo le hacía en los momentos de entusiasmo, y que acabaron por manifestarse hasta en los de mayor frialdad.

Ella misma gustaba cada vez más de estas deliciosas expansiones: enamorada locamente de Juanito, llegó a no tener más voluntad que la suya; y convencida de la sinceridad de su enamorado, se dejó arrastrar por él, ofreciéndole todas las ternuras de su alma.

VII

Los estudiantes de mejor humor y más provistos de dinero, proyectaban una fiesta para celebrar la terminación del curso.

Juanito, el niño rico como le decían sus compañeros, era el rey de la fiesta, porque fué el principal organizador y sobre todo, el primer contribuyente. Cada uno iba acompañado de su respectiva novia o amiga, y él, queriendo llevar una pareja digna de la aureola que disfrutaba pensó que ninguna podía llenar este papel mejor que Amparito.

Ella se resistió todo lo que pudo; pero, ante la reiterada insistencia y los razonados argumentos de Juanito, que le pintaba la fiesta como modelo de sensatez y cordura, consintió en acompañarle con la promesa de volver a su casa a hora prudente.

Como todos los domingos salía Amparo a dar un paseo con algunas de sus compañeras, su madre no extrañó que aquella tarde se marchara.

Salió la comitiva, compuesta de una docena de estudiantes y otras tantas modistas, que, ya ebrias de placer, iban por las calles gritando y riendo como locas.

Llegaron a un merendero donde daban fin a la jornada. Todos descendieron alegres de los coches, recibiendo ellos en sus brazos a las gentiles modistas, que, en la despreocupación de aquel entusiasmo, dejaban asomar sus piernas torneadas, entre un revuelo de faldas, encajes y enaguas.

Se sirvió una sabrosa merienda en la que el vino abundó más que nada. La alegría aumentaba por momentos; se bailó mucho y se prodigaron toda clase de caricias, cada vez con mayor descaro.

Amparo no era de las que se encontraban más serenas. Poco acostumbrada a la excitación del alcohol, aunque procuró contenerse, el efecto que le produjo la mezcla de vinos diferentes, fué desastroso. Cuando bailaba con Juanito, ceñía a él todo su cuerpo, ofreciéndole el contacto delicioso de su carne cálida y elástica; y en los momentos de descanso, se sentaba con descaro sobre las rodillas de su novio, envolviéndolo con sus brazos y derramando sobre él la miel de sus besos.

Cerca de las diez de la noche empezó la retirada.

Juanito y Amparo ocuparon su coche; y, aunque ya era hora de que ella estuviera en su casa, ni se acordó siquiera de que su madre la estaría esperando impaciente, y se dejó llevar por su novio.

Juanito dió al cochero las señas de un restaurant galante. Amparo ni se enteró a donde iban.

Penetraron en un portal y subieron en un ascensor, deseosos de encontrarse otra vez solos.

Juanito pidió un reservado. Era éste una habitación pequeña y coquetamente amueblada.

Encargaron una cena sencilla que animaron con abundancia de vinos. Cuando el camarero terminó de servirlos, Juanito, que era asiduo concurrente a aquel restaurant, le hizo una seña significativa a la que aquel contestó con una sonrisa amable, como diciendo: "Enterado; ya sé que no debo volver hasta que llamen".

Cuando Amparo despertó de su letargo, no pudo reprimir un gesto de contrariedad, y un suspiro que acabó desbordándose por sus ojos, y que a la vez era indignación, rabia, temor y arrepentimiento.

Contempló su desnudez libre de toda envoltura, y ella misma se avergonzó de verse así. A su lado, con los brazos extendidos, la boca entreabierta y la melena en desorden, estaba Juanito, su amor, su ilusión única... A su mente vino el recuerdo de todo lo pasado aquella noche, y en el mismo instante apareció la figura de su madre, vieja, achacosa, en aquel hogar pobre y santo, con su cañño y sus desvelos para proporcionarle toda clase de alegrías...

Amparo sintió el bochorno de su pecado, de su crimen... Mientras ella había estado dando rienda suelta al placer, su pobre madre estaba ansiosa de saber su paradero. Impulsada por esta idea, cogió su ropa y se vistió con extraordinaria ligereza... Le daba miedo salir a la calle: creía que, cuantos la encontraran, recriminarían su conducta; pero, al fin, se decidió a marcharse abandonando a su novio para el que tuvo una muestra de desprecio.

Las calles estaban desiertas, sólo se oía de vez en cuando el acompasado taconeo de algún transeúnte.

Amparo sentía un miedo irresistible cada vez que se tropezaba con un hombre; algunos, al cruzarse con ella, le dirigían frases atrevidas que le hicieron enrojecer.

Cuando Amparo llegó a la puerta de su casa, sonaron tres cam-

panadas en un reloj vecino. Entró temblorosa; vió que en sus habitaciones estaba encendida la luz; al poco tiempo se abrió una de sus ventanas, y tras de ella apareció la triste figura de su madre, que salió presurosa a recibirla.

—¡Amparo! ¡Amparo! ¿Eres tú, hija?

—Sí...

—¿Qué te ha ocurrido? ¿Dónde has estado? ¿Te pasa algo? ¿Estás mala?

—No; me encuentro bien.

—Tu cuerpo tiembla; traes la cara encendida y los ojos como de haber llorado... ¿Qué te ha pasado, Amparo?

—Ahora te lo contaré...; pero no te apures; no fué nada... Esta tarde salimos al campo, fuimos a un sitio desconocido, y nos perdimos.

—Es inútil que trates de engañarme, porque lo sé todo. Cuando ví que tardabas tanto en venir, fui a casa de una de tus amigas a informarme de lo que habías hecho.



—Papito, ¿por qué van ocho remeros para llevar sólo a un hombre?

—¡Madre! — dijo Amparo ahogando un sollozo y cayendo a los pies de la vieja, hecha un mar de lágrimas.

—Levanta, Amparo — le contestó su madre compadecida; — no te pongas así, pero confíesame todo lo que hiciste, dime hasta dónde llegó su pecado.

—No pequé, madre — le dijo Amparo mintiendo con firmeza, para evitarle un dolor que quizá no habría podido soportar.

—No te creo: tu culpa la delatan tus cabellos desordenados, tu cara sofocada, tu cuerpo tembloroso...

—Quiso abusar de mí, vencerme por la fuerza; pero no lo conseguí.

Con tanto decisión habló Amparo, que su madre llegó a creerla; y en vez de reprenderla severamente como tenía pensado, la compadeció; pero expuso a su hija su firme propósito de que terminaran de una vez aquellas relaciones, a lo cual Amparo prestó su conformidad.

VIII

Aquella noche apenas durmió Amparo. A medida que su espíritu iba serenándose, fué comprendiendo la trascendencia de su pecado. Era una de tantas mujeres sin honra... En un momento de debilidad, quizá había destrozado toda su vida.

La confianza ciega que hasta entonces había tenido en su novio, empezó a borrarse poco a poco. ¿Qué haría ella si Juanito la abandonaba?... No quería pensar si quiera...; no podía concebir tanta maldad en un hombre a quien, por amor, había sacrificado todo su porvenir, y que decía quererla con locura. Sería capaz de todo, antes que sufrir un desprecio que la haría morir de dolor y de vergüenza...

Durante toda la mañana siguiente, estuvo en el taller abismada en las mismas preocupaciones. Sus compañeras hablaban y reían como de costumbre, comentando alegres detalles de la excursión; al-

Fotografados Tricromías Bicromías

Confección de élises para revistas, Catálogos, Folletos y otras Publicaciones

Precios sin competencia
Trabajo garantizado
— Entrega inmediata —

Pujol & Cía.

B. Mitre 1259
Buenos Aires

UNION TELEF. 38, MAYO 2589

que nunca, me trates con seriedad.

Amparo seguía sin hablar. Quisiera haber dicho muchas cosas; pero no encontraba una palabra adecuada a la gravedad de aquellos momentos. Hubiera deseado estar sola con su novio, para echarse en sus brazos y pedirle que no la abandonara... Sentía ansias de amor, afán de caricias, necesidad de llorar largamente... Pero en medio de la calle no iba a hacer una escena; se encontraba cohibida por la presencia de la gente, que se hubieran reído de su dolor... No hay angustia mayor para un corazón, que tenerse que amoldar al medio ambiente en ciertos instantes...

Juanito seguía hablando; y como no consiguiera arrancar una palabra a su novia, abandonó su tono despreocupado para preguntarle con seriedad:

—¿Pero qué te pasa, Amparo?

—¿Qué quieres que me pase? — contestó ella al fin — ¿Para tí no es nada lo que ha sucedido?

—¿Qué importancia puede tener el haber adelantado los acontecimientos?

—Si no fuera más que eso...

—¿Pues qué más va a suceder?

—Que para el mundo he cambiado completamente. Ya soy distinta de lo que era ayer... Es horrible esto de destrozarse una vida por un momento de debilidad...

—Nadie más que nosotros sabe lo que ha pasado, y yo sé guardar un secreto, que a mí mismo me conviene callar.

—Todas se han figurado la verdad.

—Para mí, sigues siendo la misma; más aún: si antes estaba convencido de que no podía vivir sin tí, ahora siento cada vez un ansia mayor de estar a tu lado...

—Eso lo dices porque te has dado cuenta del daño que me has hecho, y tratas de consolarme...

—¿Pero me crees capaz de cambiar porque me hayas dado una prueba tan grande de tu amor, ofreciéndome generosamente lo que no has sido capaz de dar a ningún hombre?

—Vosotros sois así: mientras no conseguís nada de nosotras, sois capaces de las mayores humillaciones; cuando os entregamos todo

gunas, cínicas, preguntaron a Amparo cuál había sido el fin de su escapada con Juanito...

Amparo callaba; las demás se refan de su silencio.

Cuando llegó la hora de la salida, tembló al pensar en su encuentro con Juanito... Al verlo, quiso huir de él; pero también esto la avergonzaba.

Juanito estaba tan tranquilo como si nada hubiera sucedido; no era la primera vez que se veía en aquel trance, y no concedió a la aventura la menor importancia.

Se dirigió a ella con la mayor naturalidad, y le dijo:

—Bien te despediste anoche de mí; podías haberme despertado para decirme adiós.

Amparo no contestaba; ni siquiera se atrevió a mirarlo a su novio. Este, comprendiendo la situación de la pobre muchacha, trató de mostrarse jovial...

—¿Te has quedado muda? — le decía. — Me parece que no es cosa de que ahora, que eres más mía

lo que con tanta vehemencia pedís, acabáis por mirarnos con desprecio.

—Yo no, Amparo. Contigo, aunque siquiera, no podría hacer eso. Te has metido tanto en mi alma que ya no me sería posible arrancarte de ella. Te juro que serás mi mujer ante el mundo, como ya lo eres para mí.

Amparo quedó relativamente tranquila con aquella confesión de su novio. Le faltaba solventar la cuestión con su madre. A ella no se atrevía a decirle la verdad; por otra parte, estaba segura de que no dejaría de vigilarla, y sabía, por lo tanto, que no había terminado con Juanito como le prometió. Y esto no podía hacerlo; fatalmente estaba ya ligada para siempre a su novio, y sería lo que él quisiera que fuese.

Amparo trató de convencer a Juanito de que se vieran de tarde en tarde, para evitar que su madre la sorprendiera. El, no sólo no se avenía a esto, sino que deseaba estar con ella más tiempo, para poder gozar otra vez de la intimidad que ya en una ocasión habían disfrutado. A las negativas de Amparo, contestaba diciendo que todo aquello no era más que falta de cariño y de confianza... Ponía entonces Juanito ciertas tibieza en sus palabras, y aparentaba mostrar una gran desilusión por el despedo de ella... Amparo se volvía complaciente: la arrastraba su amor, cada vez más intenso, y el miedo a que Juanito, por creerla indiferente a su cariño, la abandonara.

Varias tardes faltó Amparo al taller para pasarlas en deliciosa soledad con su novio... Cada vez hacían las citas más frecuentes... Ella vivía en un estado constante de angustia y zozobra... Temía que de un momento a otro llegaran a oídos de su madre noticias de aquella locura, y no quería pensar lo que entonces sucedería...

Juanito, aprovechando aquel estado de indecisión en que Amparo se encontraba, y que él comprendía perfectamente, le propuso que se separara de su madre y se fuera a vivir con él.

Amparo rechazó al pronto la idea. El, para convencerla, le decía:

—En cuanto tu madre se convenga de lo que te quiero y de lo dichosa que eres conmigo, te perdonará; todas hacen lo mismo.

—¿Y no podemos esperar así hasta que nos casemos?

—¿Para qué restar momentos a nuestra felicidad? Ya sé que, al principio, causarás un gran dolor a tu madre, pero todo lo compensará la alegría de verte luego la mujer más querida y mimada del mundo.

—No me atrevo...

—Ten valor... Las grandes decisiones son las únicas que nos salvan en la vida.

—Y si de todas maneras has de casarte conmigo, ¿por qué no lo haces ya?

—Ahora no puedo...

—¿Por qué?

—Tengo mis estudios...; necesito acabar mi carrera... Aparte de que siempre es conveniente poseer un título, a mí me hará más falta que a nadie para salir adelante en mis negocios.

—¿Y no puedes seguir estudiando porque te cases?

—Yo me conozco, y sé que, estando constantemente a tu lado, todo lo abandonaría.

—Yo misma te obligaría a trabajar.

—No insistas, Amparo. Voy a creer que sólo tratas de asegurarme, y no quiero pensar eso de tí, porque entonces sí que te dejaré para siempre.

Calló Amparo. No se atrevía a contradecir al hombre de quien tenía pendiente su existencia... Era una esclava de su pecado.

En días sucesivos, Juanito siguió insistiendo; hasta que, al fin, consiguió convencer a Amparo con sus razones, y arrastrarla con sus promesas. Y un día, al pisar ella el umbral de su casa para salir a la calle, asomaron dos lágrimas a sus ojos, que huían del hogar humilde, para marchar anhelantes en pos de su ilusión.

nito se prolongaban cada vez más; sus caricias eran menos expresivas, sus palabras menos cariñosas, su rostro más huraño, y todos sus actos parecían forzados.

Amparo se daba cuenta de este despedo, y su pesar no tuvo límites cuando vio que la indiferencia de Juanito iba en aumento. Antes siempre estaban haciendo proyectos para el porvenir; algunas veces, llegó él a fijar la fecha de la boda... Ya ni siquiera le hablaba a ella.

Un día se atrevió Amparo a reprimir la conducta de su amante. El le contestó con evasivas al principio, y con enfado después; y, tras de una violenta discusión, terminó diciéndole:

—Creo que no puedes quejarte: te mantengo, te visto, y hasta sa-

ludó de su lado para no volver.

El golpe fué terrible para ella. Tuvo que sufrir varios días de cama a consecuencia de la separación. Cuando se repuso, empezó a preocuparse de su porvenir, que había sacrificado en aras de un amor.

Lo primero en que pensó fué en acudir a su madre; pero le faltaba valor para presentarse a ella. Recordó todos sus consejos, todas sus predicciones, que se habían cumplido con creces. No podía solicitar un perdón que no merecía. Además, la conducta digna y enérgica de la pobre vieja, que ni siquiera había intentado volver a saber de ella, le hacía temer que no estuviera propicia a escuchar su arrepentimiento.

Se decidió a trabajar, a ganar el pan honradamente; y, aunque después de muchas vacilaciones, un día se presentó a la maestra de su taller.

—¿Qué te trae aquí, lagartona? — le preguntó ésta en un tono que parecía un insulto.

—Venía a ver si tenía usted trabajo para mí, y me admita otra vez — respondió Amparo humilde y avergonzada.

—¿Te dejó el galán, eh? Es natural... La historia de todas... Bien merecido lo tenéis por tonterías.

—Yo lo creí... Mi único pecado fué haber sido demasiado inocente.

—¡Inocente!... Esas cosas se las cuentas a quien te crea, pero a mí no me la das tú ni nadie... Quisiste demasiado, y te has quedado sin nada... No es la primera que ha salido así de mi taller.

—Le juro a usted que no. Si hubiera sido pobre, le hubiera querido lo mismo... Sólo su dinero fué lo que me hizo dudar muchas veces.

—¿Qué vas a decir tú?... En fin, allá cada uno con lo que hace.

—¿Pero no me admite usted?

—Ni tú debías pedirlo, ni yo puedo hacerlo. ¡Buenas son las demás para codearse con una...! ¡No quiero decirte el nombre, porque todavía te ofenderías.

—Ni yo permito que lo diga usted... Si fuera una de esas que usted supone, no habría venido a pedirle trabajo.

—Como todas, empiezas por ahí... ya verás cómo acabas.

—Yo no estoy aquí para que usted me ofenda.

—Pues ya sabes dónde está la puerta.

Se marchó Amparito y empezó a comprender que no tenía salvación. Si su maestra, que siempre había sido buena y cariñosa con ella, la recibía así, ¿qué podía esperar de otras personas?

Buscó trabajo inútilmente. En todas partes pedían informes de su pasado, que ella se negaba a facilitar, porque le avergonzaba pregonar su caída, y además estaba segura de que, después de conocer su pecado, nadie la admitiría.

Así pasaba el tiempo... Se le acabó el poco dinero que tenía. Vendió la mayor parte de sus muebles y ropas; pero a todo llegó su fin... Entonces volvió a acordarse de su madre, y decidió ir a verla. Era la única que podía salvarla.

Después de muchas vacilaciones, se presentó una tarde en su casa. En la puerta encontró una vecina, antigua conocida suya, que le dijo insolente:

LA CAMPARA Y EL BADAJO

Era el orgullo de la oscura aldea

Una nueva campana

Que a todos con su estrépito aturdía

Y lejos resonaba.

El cura se juzgaba casi obispo

Y rey de la comarca,

Cuando a vísperas y, cuando a maitines,

El badajo atronaba.

Al médico, tapando las orejas,

Engreía esta alhaja;

Mas cierta vez que el sacristán fornido

Una boda anunciaba,

Voló en pedazos el sonoro bronce:

Sencilla fué la causa.

Su inhábil fundidor, pensado sólo

En que así resonara,

No calculó la dimensión absurda

Que aquel badajo daba.

El pájaro de hierro enmudecido,

Así rompió su jaula.

—Pigmeo que piensas parecer gigante

Si hueca la voz alzas;

Los que al éxito lleva en un momento.

Vocinglera la fama;

Juglar que aturdes al que a ti se acerca

Con tu importuna charla;

Joven precoz que en tus principios eres

Fenómeno que pasma;

¿De qué sirve ese brillo estrepitoso?

¡En verdad que de nada!

El badajo es seguro que no tarde

Destroza la campana.

León Halévy.

IX

Juanito y Amparo eran felices. Aunque él seguía viviendo en su casa, pasaba la mayor parte del día en el lujoso pisito que le había puesto a su novia, la cual, libre ya de los quehaceres del taller, no se dedicaba más que a gozar de su amor.

De vez en cuando, el recuerdo de su madre le entristecía. No había vuelto a saber de ella; aunque podía haberla reclamado, no lo hizo; ni siquiera contestó a las cartas que le había escrito implorando su perdón. ¿Cómo viviría la pobre vieja? ¿No habría sentido aquella separación?... Eso no era posible... Y, cuando más preocupada estaba, llegaba Juanito, borrando con su presencia aquellos pensamientos amargos...

Así pasaron varios meses. Poco a poco se fueron enfriando los deseos del amante; las ausencias de Juanito se prolongaban cada vez más;

si reclamabas de algo, es de vicio; y, como no estoy para escuchar sandeces, te dejo a ver si te sosiegas un poco; y estás más tranquila para cuando vuelva otra vez.

Y, cogiendo el sombrero, se marchó, durando aquella ausencia varios días.

Desde entonces no hubo un momento de paz entre los dos. Amparo callaba resignada soportándolo todo, porque se daba cuenta de la situación en que quedaría si Juanito la dejaba; pero sufría horriblemente con el abandono en que la tenía aquel amor que era toda su vida. Continuaron los disgustos cada vez más fuertes; muchos eran provocados por él, que estaba cansado de aquella aventura, y deseaba tener absoluta libertad para emprender otras conquistas... Y así siguieron hasta que un día Juanito, tomando como pretexto las insostenibles exigencias de Amparo, se

—¿Ahora te acuerdas de venir por aquí, mala pécora?... ¿Voló ya el pajarito?

—¿Y mi madre? — preguntó Amparo con ansiedad.

—¿Tu madre!... ¿Pero no sabes tú lo que ha sido de ella?

—¿No!... ¿Le ha ocurrido alguna desgracia?

—Lo único que puedo decirte es que, a los pocos días de marcharte tú, desapareció de aquí sin decir nada...

—¿Y no ha vuelto?...

—Nadie la ha visto más...

—¿La maté, la maté yo!... — contestó Amparo sollozando, y alejándose sin despedirse siquiera...

A los pocos días la portera de su casa le anunció el desahucio. No tenía dinero para pagar, ni le quedaba nada que vender.

Amparo comprendió que no tenía más solución que hundirse en el pecado. Mucho dudó antes de decidirse; pero el hambre apremiaba, y se le habían cerrado todas las puertas a sus anhelos de redención.

Pero aún el mal camino estaba para ella erizado de dificultades... No tenía el suficiente descaro para ofrecerse a los hombres como otras lo hacían. Es más, si alguno se dirigía a ella proponiéndole algo vergonzoso, lo rechazaba indignada; no había nacido para aquella vida.

Entonces se le ocurrió ir en busca de Carmela, una antigua compañera del taller, caída como ella, y que hacía mucho tiempo andaba en malos pasos. Muchas veces la había visto por la calle, y había rehuido su encuentro; pero ahora la necesitaba para que la guiara en aquella nueva vida que le era preciso emprender.

Después de varios días de andar por los sitios a que solía acudir Carmela a la caída de la tarde, la vió, al fin, parada en una esquina. Amparo saludó temblorosa a su amiga; ésta la recibió amable. Co-

mo quien relata un crimen monstruoso, contó Amparo todas las desdichas de su pasado, y acabó por confesar a su amiga que no le quedaba más solución que *echarse a la vida*.

X

Habían pasado varios años. Una tarde estaba Amparo con varias compañeras y unos amigos, merendando en un reservado. Una mujer, desde afuera, pregonaaba bille-

que apenas tenía fuerzas para moverse. Un gran pañuelo negro cubría su cabeza, unas gafas ahumadas tapaban sus ojos; un mantón grande y raído envolvía su cuerpo.

—Muchas gracias, señores — dijo la vieja marchándose satisfecha al ver la cuantiosa propina; y luego se la oyó murmurar:

—¿Qué lástima que el dinero de los hombres se lo coman esas locas!...



—¿Por qué has puesto ahí ese espejo?

—Para que se miren los clientes y no se fijen en el peso.

tes de lotería.

—¿Quiéren el gordo, señores? — dijo llamando a la puerta del reservado.

—¿Tomamos un número — preguntó uno.

—No nos ha de tocar...

—Probaremos fortuna.

—Anden ustedes, que les va a caer el gordo. Seis premios grandes he vendido desde que soy lotera, que va ahora para cinco años.

Al fin se decidieron. Uno de ellos abrió la puerta, y apareció una viejecita encorvada y achacosa,

Todas tardaron en notar que Amparo había quedado pálida y temblorosa al escuchar la frase de aquella mujer.

—¿Qué te pasa? — le preguntó Charito, una de sus compañeras.

—Nada — respondió Amparo sin poder disimular su emoción.

—¿Te va a preocupar ahora lo que diga ese vejeterio? Dios sabe lo que ella habrá hecho cuando joven.

—Ten cuidado con lo que hablas...

—¿También me vas a atar la len-

OPOTERAPIA ELECTRICIDAD MEDICA DR MALVICINO

Cura anomalías de desarrollo.
Anemia Gracilidad Obesidad.
Trastornos de menstruación
Debilidad precoz menopausia
Excemas Ulceras Varicosas.

Corrientes 1455-De 15 a 17

gua? Digo lo que me da la gana; y más tipo tiene de loca que de otra cosa.

—¡Calla, Charito!

—No quiero.

—Pues te haré callar yo.

—Prueba si eres valiente.

Amparo, ciega de coraje y de dolor, cogió un cuchillo y lo levantó sobre su compañera; y ésta, creyendo que aquella amenaza iba a ser realidad, empuñó otro con gran rapidez, y dió a Amparo dos tremendos cortes en el cuello, que la hicieron caer al suelo sobre un charco de sangre.

De todos los pechos se escapó un grito de horror; se abrieron las puertas, y las mujeres empezaron a pedir socorro. Enorme gentío acudió al reservado. La asesina sufría un fuerte ataque.

En seguida empezaron las preguntas de los curiosos, y pronto se divulgó el origen del crimen. Nadie se explicaba por qué Amparo había tomado con tanto calor la defensa de la anciana. Todos hacían sobre esto vivos comentarios que producían un murmullo ensordecedor... Y todo el ruido cesó, y las voces se apagaron, terminando las discusiones, cuando, conducida por la policía para ver si reconocía a la víctima, la vieja se arrojó sobre el cadáver, exclamando con una voz que parecía el extor de un moribundo:

—¡Amparo!... ¡Amparo!... ¡Hija mía!...

LA MARCHA

Por Ricardo Cortina-Aravena

Una larga columna de jinetes aparece a lo lejos, en lo alto de la cuchilla entrerriana, siguiendo el camino que, en sus ondulaciones, semeja una serpiente de plata. Poco a poco se escuchan los acordes de la fanfarra. Los sonos de una marcha regular, producen singular tristeza en la mañana lluviosa, tristeza que acentúa la soledad del monte de chañares, tales espinos y palmeras.

Al bajar la cuesta, ya se distingue mas clara esta especie de caravana de beduinos: unos cien metros al frente de la columna, aparece un jinete, en su caballo dorado que remonta de vez en cuando, como para intrundir animo, demostrando además la alegría de ir a la cabeza. En sus proximidades viene un pelotón de jinetes: el ayudante, los capitales y los soldados estafetas; mas atrás la fanfarra, luego una compañía de cabanos oscuros tapados, despues otra montada en caballos zainos negros y finalmente, cerrando la columna, larga hilera de carros de bagaje. Aun está muy lejos del cuartel, faltan

algunas leguas y el jefe ordena: ¡Marcha! El eco de los cascos de los corceles retumba en la inmensidad del pamar desierto y se siente la elasticidad de la tierra como si esta vibrara, al mismo tiempo que se escucha como un trueno la trepidación de la marcha acelerada de la caballería; y a lo lejos el monte repite: tro... tro... tro... tro...

La lluvia fina, impasible, continúa cayendo; por eso los capallos se manifiestan inquietos cuando avanzan ciertos trechos en contra del viento y dan vueltas las orejas hacia atrás para evitar el agua. Las cornetas, oblicuas a las cabezas de los caballos para no aturdirlos, tocan ahora un aire más vivo.

La tropa va silenciosa... ¡Cuántos piensan en la familia, cuántos

en la novia! A un soldado que, al gran galope, lleva una orden, se le asusta el caballo al pasar cerca de una osamenta y pega una rodada de esas que no se empuñan, — se levanta, ayuda a su caballo y vuelve a montar con gran energía. El jefe lo felicita por su integridad moral; luego le pregunta:

—¿Ha perdido algo?

El soldado tantea sus bolsillos y pide permiso para quedarse a buscar un documento y luego alcanzar el resto de la tropa.

El jefe tiene un presentimiento: El soldado, aun en la guerra, lleva consigo las cartas mas queridas, tal vez el retrato de la que encarna todos sus ensueños; por eso no quiere abandonar su maleta o mochila. Entonces el jefe ordena:

—¡Ayúdenlo en su búsqueda!

Ya se ven a lo lejos, sobre una loma muy pronunciada, los galpones blancos que constituyen el cuartel.

¡Animo, muchachos, las fatigas y el mal tiempo sólo deben influenciar a los hombres débiles!

Sólo faltan pocos kilómetros.

Estaban desensillando, cuando se presentó el rezagado con cara de contento.

—¿Encontró la fotografía? le preguntó el jefe como si ya lo supiera todo; y el soldado, con singular franqueza, repuso:

—Sí, mi Mayor!

Luego, como dando una prueba de fe y de confianza, alargó su mano con un retratito y dijo:

—¿Quiere verla?

Y enseñó una pequeña imagen, rubia, con carita de buena, sencilla y linda como una flor de campo.

Era Marat en aquella época médico de los guardias de corps del Conde de Artois, cuando una mañana se le presentó una joven bañada en lágrimas.

—Señor—dijo,— por piedad... Mi padre se muere y no hay nadie que pueda auxiliarme. Me han dicho que vos sois médico, ¿queréis venir?

Compadecido ante aquel sincero dolor, Marat siguió a la joven hasta una humilde bohordilla de la calle Saint-Jacques, en donde encontró tirado sobre un miserable jergón a un hombre joven todavía, pero en cuyo rostro se veían ya grabados los signos de la muerte.

Prodígole algunos cuidados elementales, pero comprendiendo que el enfermo estaba perdido, llamó aparte a la joven y le dijo:

—Hija mía: no quiero ocultaros que el estado de vuestro padre es sumamente grave y que todo hace temer un desenlace fatal para dentro de breves horas. ¿No tenéis a nadie que os ayude, que os ampare y acompañe en estos tristes momentos?

—Iré a ver a la Condesa de Morin—repuso la joven procurando dominar su intenso dolor.—He cosido en su casa y ha sido siempre muy buena conmigo. Quedaos aquí, señor, mientras yo voy en su busca.

Salíó la joven y al poco tiempo volvió con una señora alta, de aspecto majestuoso, quien dirigiéndose a Marat, preguntó:

—¿Hay esperanzas?

—Ninguna—repuso el médico.—Convendría no dejar sola a esa pobre niña.

—Perded cuidado, yo me encargo de todo.

A la noche moría Desiré Rollin, dejando en el más absoluto desamparo a su hija Ana María. La benévola dama corrió con todos los gastos del entierro y llevó a su palacio a la joven, dándole trabajo y hogar. Pero Ana María sentía una inquietud desconocida que alteraba su sueño y a la que no podía dar un nombre definido.

Una mañana en que pasaba frente al palacio del Conde de Artois, vió salir a Marat y se precipitó a su encuentro, diciendo:

—¡Oh, señor!... ¡Qué feliz soy al veros!... No olvidaré jamás los cuidados que prodigásteis a mi padre.

Marat reconoció a la joven y entabló con ella amena conversación que terminó con una promesa de verse ambos a menudo, pues Marat sintió extraña atracción hacia Ana María.

Aquella amistad se convirtió rápidamente en amor.

El futuro revolucionario, cuyas ideas eran muy liberales, propuso a la joven unirse libremente y ella aceptó con alegría la idea.

Ocultando a la Condesa Morin el motivo de su partida, dijo que iba a Bretaña a instalarse junto a una antigua parienta de su padre y al mismo tiempo con deseos de descansar un poco a orillas del mar.

La Condesa, hallando justo el motivo, pues Ana María seguía siempre muy pálida y con aspecto enfermizo, la colmó de obsequios y despidióla cariñosamente.

El trágico idilio de Ana María Rollin y Marat

La joven instalóse con Marat en una casita alegre y modesta y la pareja conoció horas de inefable felicidad.

Allí fué donde Marat comenzó a vincularse con amigos cuyas ideas respondían a las suyas. En el pequeño comedor tenían lugar las reuniones y cuando estalló la Revolución fué de los que ocupó un lugar distinguido, publicando cada semana notables escritos relativos a la condición del pobre.

Un día, en una de esas terribles listas, Ana María leyó el nombre de la Condesa Morin.

—¡Cómo! — exclamó. — ¿Van a prenderla?

—Sí—repuso Marat.—Ha conspirado contra la República y merece la muerte.

Ana María no contestó, pero en cuanto Marat hubo salido corrió a ver a la Condesa.

—Señora, dijo:—no sé si os acordéis de mí...—Soy Ana María

MÁXIMAS

Si juzgamos el amor por la mayor parte de sus efectos, más parece aborrecimiento que cariño.

El amor cubre con su nombre muchas relaciones en las que no toma parte alguna.

El placer del amor es amar; gozamos mucho más con la pasión que sentimos que con la que inspiramos.

Es mucho más fácil enamorarse que dejar de estarlo.

Mientras amamos, no hay cosa que no perdonemos.

En materias de amor, dudamos a veces de lo que con más firmeza creemos.

Un hombre de talento podrá amar como un loco; pero jamás como un tonto.

¿Por qué tendremos la memoria suficiente para retener hasta los detalles más mínimos de cuanto nos ha ocurrido, y no poseemos la necesaria para recordar con cuanta frecuencia se los hemos referido a la misma persona?

Es señal de un mérito extraordinario el que se vean obligados a alabarlos los que más lo envidian.

Los muchos años son un tirano que prohíbe los placeres de la juventud bajo pena de muerte.

La oportunidad nos da a conocer a nosotros mismos y a nuestras pasiones.

Nuestra soberbia se hincha con lo que quitamos a nuestras otras faltas.

Roche foucauld.

Ana María ayudábale con toda su alma en aquella obra que consideraba hermosa y justiciera. Pero muy pronto empezó Marat a desviarse de sus primeras aspiraciones para convertirse en un hombre sanguinario para quien la delación y el asesinato eran necesarios a la noble causa de la revolución.

Recibía Marat a personas de la condición más mísera con tal de que le llevasen nombres de aristócratas sospechosos a quienes se podía arrastrar a la guillotina.

socorristeis... He sabido que dentro de poco os vendrán a buscar para conducirlos a la prisión.

Cuando al poco tiempo fueron a aprehender a la Condesa, ésta había desaparecido y Mercier, un furibundo revolucionario, reprochó a Marat su traición.

—¿Traición?... ¿Qué decís?...

—La verdad... Han visto a la ciudadana Ana María salir de casa de la Condesa.

—¡Mientes!... Mi mujer no ha cruzado una palabra con ninguna

aristócrata. ¡Ana María!... ¡Ana María!

Al llamado acudió la joven.

—¿Tú has ido a casa de la Condesa Morin?—pregutó Marat.

Ana María vaciló un segundo, pero luego, afrontando la situación contestó:

—Sí: era mi bienhechora y jamás olvidaré lo que hizo por mí. Sabiendo que iban a arrestarla, la avisé para que huyese.

Marat estaba lívido y temblaba de ira.

—Está bien—dijo dominándose por un supremo esfuerzo:—no sabía que albergaba bajo mi techo a traidores. Ciudadano Mercier: llévate a la ciudadana Rollin para presentarla ante el tribunal revolucionario como acusada de haber favorecido la fuga de aristócratas.

Mercier vacilaba, pero Marat, con terrible acento, agregó:

—¡Te lo ordeno!

Ana María fué rápidamente juzgada y condenada a muerte.

Muy serena en apariencia, la joven sufría interiormente mil tormentos al pensar que el hombre a quien amaba sobre todas las cosas era su juez y su verdugo. Varias veces pidió ver a Marat, pero éste negóse obstinadamente a ir a la cárcel.

También él sufría de un modo espantoso al pensar que Ana María su dulce compañera, la mujer alentadora y cariñosa, iba a ser guillotina. Tentado estuvo de hablar a Toeouquier-Thinville, pero, ¿no era aquello declararse abiertamente traidor a la república?

Luchó desesperadamente entre su amor y su interés, pero al fin venció este último. Sin embargo, la víspera del día en que Ana María iba a ser guillotina, no pudo resistir más su angustia y se presentó a la cárcel.

Cuando vió aparecer a la joven muy pálida y adelgazada por los intensos sufrimientos, abrió los brazos y gritó:

—¡Mi Ana María!... ¡Perdón!

Ambos se abrazaron apasionadamente, mezclando lágrimas y besos. Su amor surgía en aquellos instantes, más poderoso que nunca, porque hallábase frente a la muerte.

Después de una larga conversación, se separaron. Marat, el terrible Marat, ante quien temblaban los más serenos, lloraba como un niño y fué Ana María la que tuvo el valor de darle el último adiós.

Al día siguiente en una de las primeras carretas, iba la joven en marcha hacia la guillotina.

Marat y Mercier estaban en una ventana. Cuando pasó la joven, Marat cerró los ojos y se arrojó a los cristales para no caer. Mercier le apretó la mano y dijo:

—Ahora creo que eres un buen patriota, porque has sacrificado tu amor a la causa de la libertad.

—Sí—repuso Marat;—pero te juro que por cada gota de sangre de mi Ana María, haré deramar mil.

Y cumplió su palabra, transformándose, a partir de aquel día, en el hombre sanguinario y feroz a cuya vida puso fin el puñal de Carlota Corday.

Esta en Buenos Aires uno de los grandes cartelistas de la hora actual

La exposición que el notable artista francés Luciano Aquiles Mauzan realiza en los salones de la Comisión Nacional de Bellas Artes, ha constituido un brillante preuncio de la "saison" artística que se inicia. En ella se ha podido admirar, no sólo el talento múltiple de este realizador maravilloso que tan pronto aborda el óleo como el agua-fuerte y la escultura como la arquitectura, o el modelado como el esmalte a fuego, sino algo que era por completo desconocido entre nosotros: el pincel luminoso de un mago del "affiche", ese arte hasta hace poco considerado como inferior, pero que se han conquistado por sí mismo un sitio de honor junto a sus hermanos mayores, después que Capiello y el mismo Mauzan probaron con sus obras — "el movimiento se demuestra andando", ya lo dijo alguien — cuán vasta y cuán rica substancia de belleza sabía el nuevo arte de entrañar de las combinaciones de la línea, el color y el espacio, ese tercer elemento del "affiche".

Muchas enseñanzas y muchas sugerencias podrán sacar pintores y litógrafos, comerciantes y avisadores, de las creaciones inagotables de este pintor de talento, llegado en buena hora a Buenos Aires, cuando el arte de la publicidad parecía fatigarse y repetirse por falta de un pincel "animador" y revolucionario como lo es aquél por excelencia.

Mauzan, nacido en Gap, en el alto Delfinado de Francia, en 1883, y que había demostrado desde la infancia grandes disposiciones para el dibujo hizo sus estudios artísticos en el Palacio de San Pedro de Lyon, famoso por el rigor de su disciplina. Llegado a Italia en 1905, se hizo conocer por una serie de "ex-libros", ese arte tan delicado y tan noble que muy pocos abordan. Poco después fué llamado para cooperar con su pincel al éxito de otro naciente arte, el cinematógrafo, y por esa ruta llegó al campo del "affiche" comercial.

Ese trabajo de carteles para el cinematógrafo exigía una realización tan vertiginosamente rápida, que Mauzan, sintió la necesidad de simplificarlo en lo que se refiere a la reproducción litográfica. Sin ninguna preparación para esa difícil técnica, logró sin embargo desde el primer intento, reproducir sus propios bocetos, a varios colores: fué en 1909, en el establecimiento Modiano de Milán, que se encontró por la primera vez ante una piedra litográfica; esa misma noche, el cartel estaba impreso, sin que nadie sospechase que se trataba de un ensayo. Y poco a poco llegó a simplificar tanto los procedimientos cromolitográficos, que pudo ejecutar desde 1909 a 1913, alrededor de mil quinientos "affiches".

Entre tanto, había constituido con uno de los miembros de la fa-

mosa casa Ricordi, y a instancias de ésta, una sociedad que se dedicó a explotar ese renglón y que durante varios años proveyó de "affiche" a gran parte de la industria cinematográfica europea, hasta que la guerra, al matar ese género de carteles iba a revelar otros aspectos del genio de Mauzan.

Fueron primero las tarjetas postales que las madres, las esposas y las novias de los combatientes enviaban a éstos a las trincheras. Con esos dibujos finos, sonrientes, bellamente coloreados, que llevaban a esos hombres que se debatían entre la muerte y el lodo un poco de romanticismo, de ilusión y de alegría, Mauzan dió su tributo a la causa aliada y ayudó a mantener firme el ánimo de esos héroes, entre los cuales no podía contarse porque, herido de una enfermedad nerviosa, había sido rechazado de las filas dos veces consecutivas.

Pero el éxito mayor y más noble de Mauzan había de llegar poco después. Al entrar Italia en la guerra, el Crédito Italiano requirió su concurso para crear un cartel anunciador del empréstito popular que acababa de abrirse. Se trataba de despertar en todos los ciudadanos el sentimiento de que también a ellos les correspondía cumplir una parte del deber que los soldados servían en los campos de batalla, y Mauzan creó el famoso cartel que suscitó un grito de admiración y de entusiasmo en toda

Italia y que hizo duplicar el monto de la suscripción en dos días. Aquel soldado de enérgico gesto, de rostro santificado por el sacrificio, que detenía al pasante y le decía, señalándole al rostro, al corazón mismo con la mano: "Cumplid todos con vuestro deber!" era una "trouvaille" sencilla y magnífica que fué repetida en los más diversos tonos por todas las naciones en guerra, y al que los mismos combatientes levantaron un monumento, allá en los nevados valles de Camenno.

Después de la guerra, Mauzan se estableció en Roma, y en 1922 fundó en Milán una casa destinada a imprimir y editar "affiches", que ha venido actuando con tal éxito, que puede decirse que a ella se debe un aumento del triple o cuádruple en la publicidad rural en Italia, y aun en el volumen de los negocios de las firmas avisadoras y en la difusión del buen gusto plástico entre el pueblo.

Mauzan ha realizado numerosas exposiciones anteriores a la que hoy engalana los salones de la Comisión Nacional de Bellas Artes. La primera fué en 1921 en el castillo Sforzesco, de Milán, donde fué colocado junto a otro gran cartelista Capiello, y allí las sabrosas composiciones del italiano formado en Francia resultaron, a pesar de todo su valer, un tanto sobrepasadas por el alegre y sano modernismo de Mouzan, el francés formado en Italia.

En 1922 en la Feria de Muestras de Milán, en 1923 en la primera exposición Bial de Monza, en salas que le fueron reservadas especialmente; y en 1925 en la segunda Bial de Monza, donde hasta se le autorizó a preparar y decorar las salas a su gusto y capricho, sorprendiendo a todos por el despliegue de un lujo decorativo simple y eficaz que despertó generales aplausos; en todas esas ocasiones obtuvo Mauzan, sonados



Luz, calefacción, ventilación, fuerza-motriz, bajo múltiples aspectos y aplicaciones

La Compañía Italo-Argentina de Electricidad invita al público a visitar su Exposición de aparatos eléctricos donde hay permanentemente un empleado para facilitar todas las informaciones que se le soliciten

Calle Corrientes 651-659

U. T. (31) Retiro 3401 al 3408
C. T. 1387 y 2524, Central

ZARZA FLORIDA

RENDIMIENTO

La dulce ansiedad de amor
que amanece en mi congoja,
si pienso en tí se deshoja
como plegaria hecha flor;
es entonces que al claror
de una idealidad suprema,
mi honda esperanza se extrema
y es en mi apremiosa pascua:
como el zarpazo de un ascua
que no mata pero quemal

Sobre la nostalgia mía
prendes pura y sin reproche,
al velo gris de la noche
las perlas rosas del día.
Y en la grave letanía
de las horas que se van,
se asombra al verte mi afán
prodigar tu hechizo inmenso:
como una novia de incienso
sobre un sueño de champán!...

Luego el cantar que desgrana
la tentación que me obseda
se torna almohadón de seda
para tu sién de sultana.
Y es que la musa profana
que tu seducción anima,

rehuye la extraña esgrima
de tus ojos y somete
al arte de tu florete
la devoción de mi rimal

Así, la emoción que apresas
en tus redes de zafiros,
prefiere quemar suspiros
antes que mentir promesas,
y yo, que sé las sorpresas
que a mi áspera angustia tramas,
tiemblo al ver que, aunque la
[aclamas,
juegas con esa emoción:
como quien juega al balón
con un astro envuelto en llamas!

Pero la fe que me alienta
se crece ante su santuario,
como un bergantín corsario
que afronta, audaz, la tormenta;
sabe que tras lucha cruenta
lucirá tu sién, triunfal,
como diadema ducal
que a tu victoria vincules,
las cicatrices azules
de mi postrer madrigal!...

Miguel de ARZUBIAGA.

triumfos, y ha de obtenerlo también, sin duda alguna, ésta su exposición de Buenos Aires, primera ciudad extranjera que elige el gran artista en sus nobles ambiciones de ensanchar siempre más su campo de acción, y de perfeccionar su arte, ese arte tan inimitable y perfecto que parece que no podría superarse ya, y que sin embargo siempre se vence a sí mismo con nuevas y más sugestivas creaciones.

Mejor que todas las biografías y que todas las críticas, más clara y definitivamente que las palabras y los elogios hablan por Mauzan sus obras. Véaselas, examínese cada una por separado, defínase, si ello es posible, la fuerza de sugestión y la eficacia visual y de convicción de esos "affiches" que no se repiten jamás, se comprenderá el motivo del éxito de nuestro actual huésped.

La vida que se le asigna a los edificios llamados rascacielos

Se ha calculado en siete u ocho décadas la existencia de los grandes edificios de armazón de hierro que tanto abundan en los Estados Unidos, pero su período de "vida activa" o de "uso completo" es, según un experto, de sólo veintisiete años, al cabo de los cuales o se desmoronan o están casi inutilizados todos los demás materiales, excepto la armazón de hierro empleada en la edificación.

Agrega el opinante, que esta duración es deliberada, pues no se los construye para un tiempo indefinido, sino con el propósito de reemplazarlos después del tiempo de su mayor usufructo o su mayor renta.

La magia de la guitarra en manos de Juan Mas

Juan Mas Morales, argentino puro, criollo de cepa, incontaminado de dobleces y lualidades, se pone de pie para atendernos con esa deferencia exquisita que es un signo característico de su noble vida.

—Estoy completamente a la disposición de ustedes — nos dice sonriendo.

Hay sobre su escritorio, en la oficina de la Contaduría General de la Nación, innumerables expedientes que deben pasar por su mano. Está en su puesto de empleado público, atento, leal a la patria, firme en la brecha con la misma energía y tesonera constancia con que defiende ideales de nacionalidad.

—Deploro que individuos, a los que ni merece la pena mencionar, se disfracen, cometiendo un verdadero sacrilegio, con el traje que utilizó el habitante de las pampas, ser que fué grande, gentil, austero, heroico y patriota, y cuya historia se tergiversa por los que no quieren reconocer la hidalguía de aquellos hombres que supieron enfrentar el peligro y militar en las filas guerreras que, comandadas por San Martín y Belgrano, obtuvieron gloriosos triunfos asentadores de nuestra libertad. Necesario es que en el extranjero se conozca la verdad sobre la tradición nuestra y el gaucho, uno de sus protagonistas vigorosos.

La guitarra, instrumento expresivo, todo un símbolo en nuestra existencia, en manos de este cultor tradicionalista, ejecutante admirable, cantor exímio y profesor de danzas nativas, es maravillosa en sus efectos estéticos y subjetivos.

Actualmente la radiotelefonía transmite las audiciones de Mas, pero es conveniente dejar constancia que no ha sido ante el micrófono donde sólo ha actuado. Las dilatadas llanuras de nuestra República han perfilado su figura arrogante con su instrumento dilecto y su bayo escarceador. Bailando el pericón en Tucumán, cantando en Salta, enseñando en Buenos Aires, el alma gaucha del criollo ha vibrado en sus modulaciones rítmicas aquí y allá.

Rabindranath Tagore, el escritor y vate oriental, autor de "Gitanjali" (ofrenda lírica), que mereciera el premio nobel escribió un autógrafo sobre más:

"He sentido un gran placer en escuchar la interpretación de melodías y cantos gauchos por el señor Juan Mas, y he podido apreciar el maravilloso sentimiento de su voz."

Einstein, el físico ilustre, sostenedor de la famosa teoría de la relatividad, durante su estada entre nosotros tuvo oportunidad de conocerle y de la impresión que de él recibió atestiguará su autógrafo:

"Señor Mas:

El interés del arte nativo argentino está para mí en una dulce casi hipnotizable melancolía y en la fina cultura de su voz".

Le preguntamos a este santo de la guitarra, según el doctor Elías Martínez Búteiler, qué constituye su ideal.

—Hacer conocer y amar lo genuino de mi patria.

Un ordenanza anuncia a unos ca-

corcel, pues la mala suerte me arrebató el bayo querido".

Recordamos su genial creación "Mi caballo bayo" que hoy es popularísima, como su autor.

La señora Elsa Thulin, brillante escritora y conferencista sueca, licenciada en letras en la Universidad de Upsala, políglota, que fuera embajadora extraoficial sumamente grata, oyó a este apóstol de la guitarra, y profundamente emocionada le envió su retrato con la siguiente dedicatoria:

"Al señor Juan Mas:

Con la expresión de mi viva gratitud por lo que él me ha permitido ver, oír y admirar los cantos y los bailes populares argentinos, tan bellos en sus dulces melancolías.

Yo guardaré siempre un delicio-



—¿Adónde va usted?
—A oír el sermón.
—¿A las tres de la madrugada! ¿Dónde!
—En mi casa.

balleros que son hechos pasar de inmediato y atendidos por Mas con toda gentileza. Son representantes del Club Social y de Cultura "Domingo Faustino Sarmiento", de Velez Sarsfield.

Le solicitan su concurso; Mas accede gustoso.

—Con el mayor agrado— responde—lo que lamento es no ir en

so recuerdo del Domingo 29 de Agosto de 1926".

Días pasados el Presidente de la Liga Patriótica Argentina, Dr. Manuel Carlés, le solicitó componga un himno para esa institución. En estos momentos lo está preparando.

—Al gaucho se le desconoce y a la guitarra se le confunde con el acordeón; eso es lo deplorable.

Cuando sentado bajo un añoso

ANECDOTA

—¿Sabe usted — preguntó un día cierto escritor danés a una célebre actriz — por qué Dios ha rehusado el sentido del "humour" a las mujeres?

—Con objeto de que podamos amarlos en vez de burlarnos de ustedes — contestó espiritualmente la artista.

EL WISKY
de los aristócratas
"YE MONKS"

ombú a la hora crepuscular, evoca legendarias visiones, haciendo gemir el instrumento con tristes y vidalitas, todo el recuerdo del pasado, se diseña en el horizonte lejano y aparecen los héroes de Hernández y Obligado en el emblema epopéyico.

Le hablamos de su progenitora.
—Mi madre! Santa expresión. Le envié anteayer una postal en la que consignaba mi gratitud infinita por que ella me enseñó a ser bueno, respetuoso, sincero; ha honrar la patria y el apelativo. Eso diariamente lo siento en mi grato hogar donde deslizo mi vida rodeado del afecto immaculado de mi noble esposa y el cariño de mis hijos.

—Da Vd. clases?

—Sí. de estética nativa, bailes regionales y guitarra.

—A la guitarra Vd. la ha engrandecido. Ya lo dijo el doctor Manuel María Oliver, el erudito historiador contemporáneo: "la guitarra de Betinotti está colgada en un clavo, sí, pero en un clavo de oro que es Juan Mas", a quién denominó en un notable reportaje "el gaucho revivido". Sí porque eso es Mas: Santos Vega y Martín Fierro hechos reales revividos y personificados en él. que simboliza a Betinotti y a Gabino Ezeiza.

El preclaro continuador de la obra gauchesca sonríe como cuando con el que es mágico instrumento tradicional en sus manos, seduce, arrebatada, sugestión, impregna de acariciantes y hondos ritmos musicales que supeditan el alma colectiva al juego del cordaje que es el mismo sentimiento de Patria sintetizado en tan sublime manifestación de arte folklórico.

Hemos visto lágrimas desprendirse de ojos hermosos como el sol, que han rodado cual perlas hacia labios premáticos de bellas argentinas. Y al terminar la ejecución, todo aquel público, desbordante de entusiasmo, tocado en su fibra más íntima, por las elocuentísimas notas que brotan de esa caja armónica que conmueve a las multitudes e introduce romance, fervor, virilidad en los espíritus, levantarse y aclamar delirantes al gaucho Mas.

Dialéctico, causer, esta representación viviente del gaucho inmortal, pero no interpretado exactamente y en pro de cuyo conocimiento lucha, nos extiende su mano, amiga, fraternal, generosa como su corazón y sentimos al estrecharla el valer artístico y moral de nuestro entrevistado. Nos acompaña hasta la puerta de la Casa Rosada donde un granadero del regimiento que creara el gran Capitán, custodia celoso la entrada.

—Un afectuoso saludo den ustedes al pueblo argentino, por intermedio de FRAY MOCHO, digna publicación que hace obra argentina.

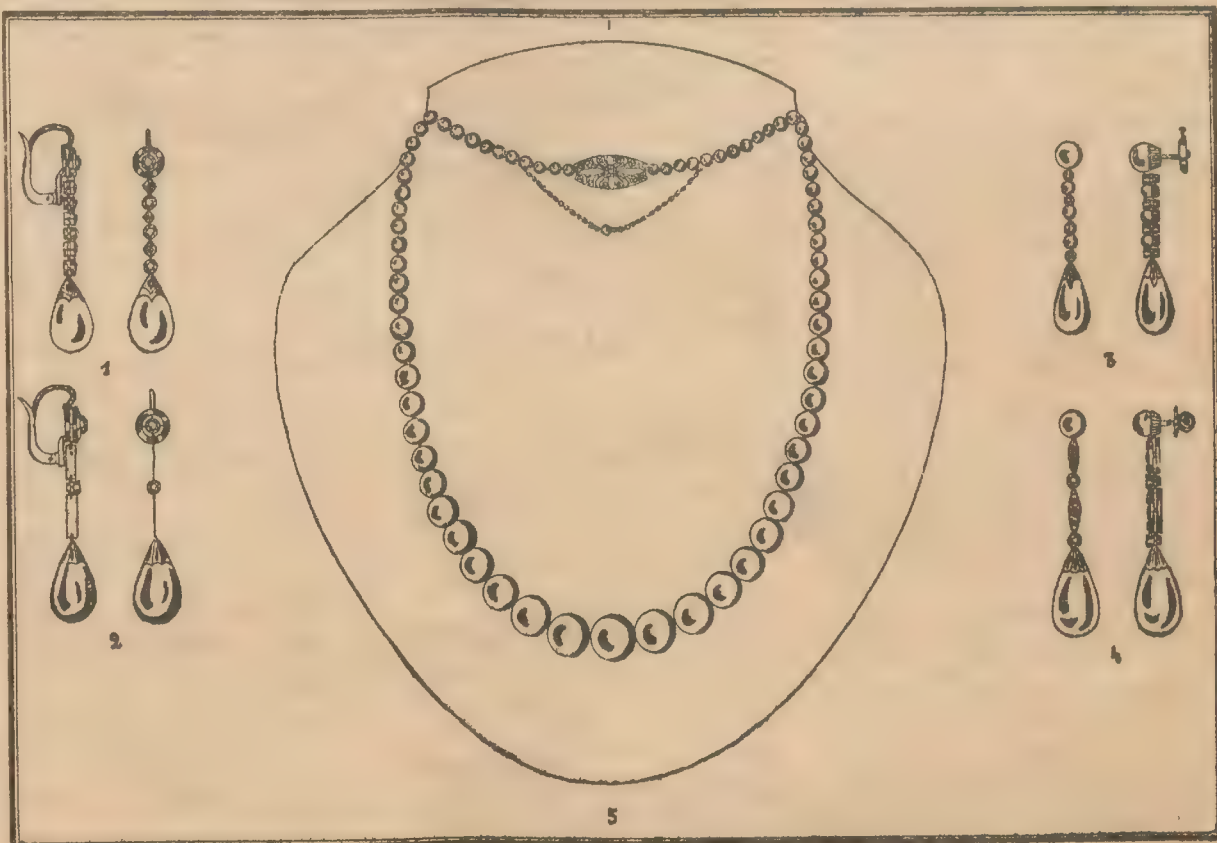
Roque Cepeda VERON.

vida

Como la conjunción de los planetas ha sido explotada grandemente, veamos en qué consiste esa conjunción. Los planetas se mueven en sus órbitas, que tienen forma casi circular, alrededor del Sol, a distancia de algunos millones de kilómetros de éste, a velocidades variables. En ocasiones, dos, o posiblemente tres o más de estos planetas, pueden aparecer casi en línea unos con otros desde la Tierra. De hecho, dos planetas pueden aparecer casi rozándose, aún cuando estén separados por millones de

La aceptación de la doctrina de que el Sol es el centro de las cosas en el universo, la invención y perfeccionamiento del telescopio, la aplicación el espectroscopio y otras invenciones modernas para el estudio de los astros y la determinación y distancia de las estrellas ha contribuido a la caída de la Astrología.

Las sumas que así se recauden serán dedicadas exclusivamente al sostenimiento de hospitales y a auxilios pecuniarios para los enfermos pobres que lo soliciten.



- No. 1) *AROS A RESORTE*
Oro 18 K. y Platino, 2 Brill. finos, 8 Diamantes
6 Perlititas finas, *Perlas "Nacarfine"*, \$ 150 — 125—
95 — 85, con piedra imt. oro 18 K. \$ 35.
- No. 2) *AROS A RESORTE*
Oro 18 K. y Platino, 2 Brillantes finos 4 Dia-
mantes finos \$ 125 — 95 — 75 — 50, con piedra
imt. oro 18 K. \$ 25.
- No. 3) *A SISTEMA O TORNILLO*
Oro 18 K. y Platino, con Perlas "Nacarfine", 6
Diamantes finos, \$ 95 — 85 — 75 — 65, Piedra
imt. oro 18 K. \$ 25.
- No. 4) *A SISTEMA O TORNILLO*
Oro 18 K. y Platino, 4 Diamantes grandes, 10 dia-
mantes chicos, Perla "Nacarine" \$ 115 — 95 —
75 — 65, Piedras imt. oro 18 K. \$ 30.
- No. 5) *COLLAR PERLAS "NACARINE"*, con rico
Broche plata fina, piedra fantasía \$ 50 — 40 —
30 — 25. Con Broche oro 18 K. y platino, diamantes
finos desde \$ 200 hasta \$ 75.

Al efectuar su pedido cite *Fray Mocho* y tendrá el 10 o/o de Descuento. Los pedidos del Interior, sea por carta o por telegrama, son atendidos en el día. A los clientes del Interior concedemos el derecho de cambiar, si el artículo no fuera a satisfacción.

(A Corina Ovando).

Así como yo me llamo Anacleto Miranda, argentino, joven y no tan mal parecido, según el decir de las chicas, así también me propongo dejar aquí en estas líneas, constancia de mi búsqueda de un criollo de pura cepa, sí, señores.

Cierta mañana se me ocurrió leer los diarios muy de madrugada, y vi un título que me llamó la atención, y que decía así: *El ocaso del criollo*. ¡Qué macana! exclamé.

Arrojé el diario, fastidiado; me desesperé y principié a cavilar seriamente sobre esto, hasta que se me ocurrió irme de viaje a la estancia de mi tío, en Bahía Blanca, segurísimo de encontrar en esas tierras apartadas de la capital, un criollo de pura uva. Telegrafí a mi pariente diciéndole que iba, y al día siguiente ya estaba allí. Al descender del tren en la estación, me esperaba el capataz de la estancia con un espléndido Overland. Salimos tragando tierra, y en dos horas escasas, ya habíamos traspuerto catorce leguas, cruzando campos solitarios, con sus ranchos aquí y allá, que sin duda serían de colonos extranjeros, pues estaban rodeados de arboleda, parvas de pasto, trojas, de donde deduje que los habitantes de aquellas chozas, nunca podrían ser gauchos, dado el modo de ser de nuestros paisanos indolentes y dejados para los trabajos rurales. Averigüé esto preguntándole al capataz, quien me aseguró que todos eran criollos, pero yo desconfié del dato.

Llegamos a la estancia y después de los saludos de práctica, pregunté a mis primos si saldríamos a caballo a recorrer el campo, y uno de ellos, señalándome el *Forcito* contestóme:

—¿Y para qué matar caballos, hombre, si aquí tenemos el *petizo* de los mandados para ese servicio.

No objeté palabra, guardando mis observaciones para más adelante.

Al día siguiente al de mi llegada, manifesté a mis parientes el deseo que tenía de ver un gaucho con sus costumbres nativas. Estos, accediendo a mi natural curiosidad dijéronme que me llevarían a lo de Tapia, familia ésta, compuesta de un matrimonio anciano, dos hijas

En busca de un criollo

Por Cleofé Pereyra de Goicoa

estanciero inglés Mister Frazer y la de aquella, la de otro estanciero italiano llamado Crocci.

—¡Ah...! No quise oír más, pero desde aquel instante desistí de mi campaña, y con pena, di la razón a aquel artículo del diario que hablaba del *ocaso del criollo*. A los dos días de esto regresaba a Bahía a la legua, por la torpe manera de usar todos estos aparejos. ¡Yo ya no cabía en mi pellejo de gozo! y pensé: ¡Qué bolaceros son los de la capital al decir que ya se acabaron los criollos! pero... Una de las nietas nos invitó a pasar a las casas, y allí, sobre una mesa cubierta con blanco hule matizado de grandes ramos de flores de colores muy chillones, estaba servido el chocolate en pequeñas tacitas de café. ¡Chocolate, sí, y no mate cocido!

Fué tal mi indignación que no lo probé. Luego pasamos al dormitorio del matrimonio y vi sobre la cabecera de la cama un cuadro de San expedito, en el lugar que debía ocupar nuestra Señora de la Merced, de la Virgen de Luján, un Jesús Nazareno o un San Ramón.

¡Qué hacía allí ese santo gringo a la cabecera de un criollo? ¿Por qué? no seguían las creencias y la fe de sus antepasados? No pude contenerme y pregunté a la dueña de casa:

—¿Y este santo?

—Este es San Expedito, es muy milagroso.

—¿Cómo lo adquirió?

—Se lo "rigalaron" a Daisy, mi nietita, en la escuela particular de la capillita de la estancia "Las Brumas", perteneciente a don Morales, donde le enseñan la doctrina, y este moño de "liberty" que está en este cuadro se lo dió doña Dolores, la patrona, el día que mi otra nietita que se llama Bambina, hizo la primera comunión.

Casi me caigo de espaldas. Daisy, Bambina, San Expedito, "liberty", doctrina, primera comunión... ¡qué palabras en boca de una gaucha!

—Dígame, señora, ¿de dónde sacó esos nombres para sus nitecitas?

—Son los nombres de sus madrinhas; la de ésta, (díjome mostrándome la pampita) es la esposa del

solteras y tres casadas y ya con hijos casaderos. Allí nos dirigimos y, efectivamente, pude comprobar, con gran placer, que aún existen criollos en nuestra pampa. Fuimos muy agasajados por dicha familia. Hablamos de tierra, esquila, boleada, maneada, lazo, etcétera, y de cómo conocían al gringo o murrango y tomaba el tren para la capital.

Un vez en viaje, volví a cavilar sobre el asunto, comprendiendo que la civilización había invadido hasta el último confin de nuestra campaña, aboliendo al criollo. Esto me dejó perplejo porque no sabía si estarlo o no agradecido, pues si bien es cierto que era el progreso para el país, me derrotaba en mi anhelo de hallar quien, como yo, deseaba conservar la tradición.

Así, ensimismado, pasé muchas estaciones hasta que el tren paró en una donde había un grupo de muchachas bullangueras que despedían a una elegante joven, la cual trepó en mi mismo vagón, tomando asiento frente al mío, único que estaba desocupado. Viajaba sola y al examinarla más detenidamente comprendí, por su parte, que estaba en presencia de una niña culta y, sin duda, perteneciente a una distinguida familia de la capital, donde vi que se dirigía, por la inscripción de los rótulos de su equipage. Tenía linda figura, tez morena, hermosos ojos negros, y ondulado cabello, del mismo color. Noté que llevaba en la mano una pequeña valijita, la cual no soltaba aunque hiciera uso de su cartera, pues colgaba a aquella de su brazo para que no le incomodara. ¿Qué contendría?

Cuando se acercó a nosotros el mozo del bufet para anotar el turno del almuerzo, díjome:

—¿Van a almorzar los señores... dos cubiertos, ¿no?

Entonces yo, dirigiéndome a la joven, le pregunté:

—Si gusta la señorita acompañarme? Ella asintió y al rato los dos pasamos al comedor. Yo quise tomarle la valijita para desembarazarla de dicho bulto y colocarlo en la red, pero ella, adivinando mi intención, exclamó:

—No, no, caballero, esto lo llevo conmigo.

—Como guste.

Hablamos de varios temas, y supe que era porteña, que venía de

la estancia de su abuelita, pero yo siempre obsesionado con el asunto de los criollos le pregunté si había sido más feliz que yo en su estada veraniega, habiendo hallado alguno de ley; ella contestóme negativamente, y, notando con placer que no le disgustaba el tema sobre esto hablamos casi todo el resto del viaje, matizando la conversación con pequeñas variantes, y anécdotas. Al regresar a nuestro sitio, cerca ya de la capital, volví a preocuparme aquella maletita que ella acariciaba con tanto cariño. Probablemente contendrá las cartas de su novio, pensé.

Por fin, llegamos a Constitución; yo ayudé a mi compañera a tomar todos sus paquetes y al bajar la escalerita del compartimento y tenderme la mano, creí que me alargaba la bolsita y me apresuré a tomársela, para facilitarle la bajada; en aquel instante oigo una voz varonil que exclama:

—¡Teresita, hijita querida! ¿cómo estás? ¿y abuelita?

—¡Papá?... Yo me retiré a una discreta distancia para no interrumpir aquella explosión de cariño paterno, cuando ¡oh, sorpresa!, advertí que en mi mano conservaba aún la valijita; el tesoro de aquella simpática criatura y me cruzó por la mente una mala acción. Mientras ella besaba a toda su parentela, que la esperaba en la estación, ¿por qué no abrir aquella bolsita y mirar lo que había dentro, y que ella guardaba con tanto amor?

Tan rápido como mi pensamiento, me escurrió tras de una columna, abrí la carterita y vi... vi... ¡un mate y una bombilla de plata! ¿Era aquello una burla? No; era una hermosa lección que me enseñaba a comprender que todos los porteños somos criollos de pura cepa; la prueba es que aquí, en el centro de la civilización, sin necesidad de ir a la pampa en su busca, ni ver paisanos vestidos de chiripá, encuentre en el "necessaire" de una linda porteña una de las prendas que nos caracteriza. Y es que, aunque las costumbres hayan cambiado, los corazones no. Somos argentinos, por consiguiente criollos. ¡Sí, sí; criollos lindos, no más!...

FRAY MOCHO

SE PUBLICA LOS MARTES

Oficinas: BOLIVAR, 879

Buenos Aires

De 9 a 12 y de 14 a 16

Sábados: de 9 a 12

V. T. 488, B. Orden

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

En la Capital	En el Interior	En el exterior
Trimestre . . \$ 2.50	Trimestre . . \$ 3.00	Trimestre \$ oro 3.00
Semestre . . . 5.00	Semestre . . . 6.00	Semestre . . . 6.00
Año 9.00	Año 11.00	Año 11.00
N.º suelto . . 20 cts.	N.º suelto . . 25 cts.	N.º suelto . . 25 cts.
N.º atrasado . 40 "	N.º atrasado . 60 "	N.º atrasado . 60 "

No se devuelven los originales ni se pagan las colaboraciones no solicitadas por la Dirección, aunque se publiquen. Los repórters, fotógrafos, corredores, cobradores y agentes viajeros, están provistos de una credencial de esta revista.

Encuadernación de ejemplares

	En cuero	En tela
Encuadernación en formato grande cada tomo	\$ 12.—	3.70
" " " chico " "	" 8.—	3.—
Tapas sueltas " " grande " "	" 9.—	2.—
" " " chico " "	" 6.—	1.50



No ha iniciado mal el Otoño su presentación en nuestro lejano Junín. La vida apacible, poco inquieta al espíritu estético; la vida sosegada de acá, tuvo sus ratos de emoción. El corazón no encuentra en este pedazo de tierra las convenientes perspectivas a su actividad. Las estudiantinas andan como las caravanas de cómicos o los círculos de escritores y artistas. Faltan... Pero estudiantes tenemos. Estudiantes callados, de espíritus silenciosos, de inteligencia demasiado libresca. Pero cómicos, no. De gentes dadas al arte llevo escritas dos crónicas en FRAY MOCHO. Para hablar de una tercera deberé tratar de mí... No soy, desde luego, el único que escribe para el público, pero sí resulto el único dedicado por entero a las letras. Dirijo un diario, edito, por intermedio de Manuel Gleizer, un libro anual por lo menos. Hago cuentos literarios y crónicas artísticas para revistas. Leo. Me apiadan los políticos, me irritan los ricos, me exaltan las injusticias. Vivo en protesta continua, sin más descanso que el que saben proporcionar Renán, Anatole France, Azorín, Ortega y Gasset. O los cómicos que llegan de tanto en tanto. Pero no debo, en realidad, hablar de ese tercero a quien estoy aludiendo.

Gentes aficionadas a las letras las hay, y con talento, pero pasivas. Mujeres inteligentes sumo algunas, escasas sin embargo. Con todo, véome en figurillas para hacer una presentación ventajosa de nuestro Junín, escenario de tanta piratería política y policial... Pero como he dicho al dar comienzo a esta nota, Otoño nos ha ofrecido las primeras

El "Bosque" ya es plaza teatral

Junín, ciudad del interior nace a las emociones artísticas.

emociones espirituales oportunas.

Casi a fines de marzo último llegó el conjunto dramático que dirige D. Gonzalo Gobelay e integran Pilar Mata, actriz bonita y de gran temperamento, su compañero Jorge Mondragón, galán discretísimo, y Jorge Ortiz de Pinedo, actor de carácter que se hizo aplaudir. Y la compañía, de buen cartel casi toda ella. Gobelay hizo un "Místico" notable, y tuvimos en Pilar Mata, la actriz fina, delicada, que sabe emocionar con su emoción, una intérprete feliz de "Malvaloca". Dos éxitos a la verdad. Dos triunfos escénicos. El repertorio moderno español pasó, gracias a esta circunstancia, por la escena del Crystal Palace (nombre cinematográfico, feo, ilógico, muy yanqui, para que cuadre a este bonito coliseo), y nos proporcionó gratísimos momentos.

Al día siguiente de despedirse Gobelay, se presentó Nicolás Fregues con Carmen Cassnell de primera actriz, Malva Castelli como mejor figura femenina joven y Falcón, por galán. Este conjunto hizo conocer algunas obras de teatro extranjero, "El ladrón", de Bernstein, "Papá Lebonnard" y otras, y

reprimó varias piezas nacionales de escaso valor.

El público respondió a estas dos compañías, no así a una cuadrilla de comediantes que estuvo, en el mismo teatro, a principio de marzo, haciendo revistas y bataclán. Algunas veces me han hecho meditar estas "actitudes" del público de nuestro lejano Junín. Tres compañías han venido con repertorio y... pantorrillas de bataclán, y otros tantos fracasos respondieron a sus gestiones escénicas. No están lejos los días, empero, en que compañías buenas, la de Angelina Pagano, por ejemplo, pasarán por nuestros teatros llevando del público una mala impresión. En actos similares, los organizados por el Ateneo, el público faltó casi siempre. Han escuchado el cuarteto de Fontova y a Morpurgo docientas personas, y Junín tiene una población superior a cincuenta mil habitantes, tres diarios y algunos periódicos, institutos de enseñanza secundaria, diez y ocho bancas en su concejo municipal... Del contraste, cuando se piensa en la asistencia del público actual y de la ocurrida hasta hace un par de años, dedúcese que se educa, que

sutiliza sus sentimientos. Es así una "actitud" suya que halaga...

Hay acá una masa enorme de gente dedicada al cinematógrafo. En ciertas esferas de la sociedad se coleccionan sellos postales, láminas con las "estrellas" y los "astros", las que distribuyen fabricantes de cigarrillos y propagandistas de drogas. Entre ese público, desde luego, no se encuentra un sujeto que entienda nada de dibujo, de luces, colores y perspectivas. Es lo que sucede con el cinematógrafo, género inferior entre los espectáculos simuladores de la vida, y por eso más concordante con la capacidad interpretativa del mayor número del público. Pero cuando el teatro se acepta y a él se dirige el público, en el pueblo se insinúa una reacción de los sentimientos estéticos que reposan en las sociedades a la espera del sacudón indispensable que les despierte e incite en la vida de las emociones.

Pilar Mata, actriz española que hizo sus primeras presentaciones en Chile, hija de una comedianta que tuvo su momento, con su excelente interpretación de "Malvaloca", se consagró ante nuestro público como una actriz de gran corazón y talento. Por lo que respecta a Nicolás Fregues, le habíamos aplaudido antes y las referencias suyas que nos dieron los dramaturgos Armando Discépolo y Pedro El Pico se justificaron plenamente. Es un actor joven, de mucho porvenir. Suerte que él lo ha comprendido y estudia.

Félix Esteban CICHERO.

Junín, abril de 1927.

La vanidad de Alejandro Dumas (padre).

El insigne novelista era muy vanidoso, y se recuerda el dicho de su hijo: "Mi padre es tan afecto a las grandezas, que sería capaz de treparse detrás de su carroza, para hacer creer que tiene un negro lacayo".

Numerosos son los rasgos de esa vanidad, recogidos por la historia literaria del siglo pasado. Nos contentaremos con citar dos, y como es el propio Dumas padre quien los refiere en su diario "Le mousquetaire", no cabe dudar de su autenticidad.

Son dos anécdotas entre muchas otras que han sido publicadas ya.

Una noche que el papá Dumas asistía a una tertulia en casa del embajador de Inglaterra, Lord Palmerston, se le sentó al lado, en el sofá, Víctor Hugo.

Mientras departían los dos escritores, se acercó Lord Palmerston llevando del brazo a su esposa y, alándose la pareja frente a aquellos, dijo el embajador: ¿Tendrías señores, la amabilidad de apartaros y hacerle un lugar a Milady?

Se apresuraron Hugo y Dumas a hacer lo que se les pedía, y entonces, sentada la noble dama, su

marido entabló con ella el siguiente diálogo:—

—Tened, Milady, la bondad de sacar vuestro reloj.

La dama obedeció, y el marido dijo:

—¿Qué hora marca vuestro reloj, Milady?

—Las diez y media, señor.

—Muy bien, Milady, no olvidéis jamás que la noche del 25 de Enero, a las diez y media, habéis tenido el honor de estar sentada entre los dos más grandes genios de nuestro siglo.

Otra noche, durante un entreacto de "Diane de Lys", pieza de Dumas (hijo), que se representaba con gran éxito en el teatro del "Gymnase", le dice el autor a su padre:—¿Me acompañas?

—¿Adonde?

—Ya lo sabrás, no preguntes y sígueme.

Abandonan el palco, ganan la calle, y minutos después, padre e hijo penetran en un lujoso "boudoir", en el entresuelo de una casa ubicada a la vuelta del teatro.

Al rato aparece una joven dama en elegante "neglogé" y hecha la presentación, dice la dama (la verdadera Diane de Lys):—"Voy a tener el gusto, señor Dumas, de presentarle a mi sobrina".

Abre una puerta interior, llama y pronto entra una hermosa chica de unos seis o siete años, saludando graciosamente.

Al primer golpe de vista, el papá Dumas comprende que él es el abuelo a la moda de Bretaña. Abre los brazos para besar a la gentil nieta, pero ésta retrocede y le dice:—"Para que usted me dé un beso,

pongo una condición previa".

—¿Cuál, preciosa?

—Que me deje usted contemplarle un momento.

—¿Por qué quiere usted contemplarme un momento?

—Porque me han dicho que es usted un gran hombre.

Los pies de las mujeres chinas.

Feng Yuh-siang, la primera autoridad de Pekín, y Chang Tsung-chang, gobernador de Shantung, ambos generales, de espíritu europeoizado, acaban de crear un nuevo impuesto en la China que afecta a toda mujer de menos de treinta años, las cuales tendrán que pagar tres dólares al mes si sus pies no son mantenidos en su forma natural.

Desde tiempos inmemorables las mujeres chinas mutilan sus pies, forma dolorosa para conservarles tan pequeños como sea posible. Esta costumbre es análoga a la práctica de la civilización occidental que exigía corsé y cintura angosta a la mujer. El europeo no puede fácilmente comprender la costumbre china de tratar de empequeñecer el pie femenino, ni el chino puede comprender la costumbre europea de tratar de adelgazar la cintura femenina.

La costumbre china tuvo por origen el deseo de los maridos de que sus esposas tuvieran pies muy pe-

queños, mutilados y envueltos en bandas, para que les fuera difícil huir de sus hogares.

Se estima que hay setenta millones de mujeres chinas cuyos pies son deformes. Desde que nacen se les oprimen los pies, en forma tal, que durante algunos años tienen que sufrir dolores casi insostenibles. Algunas mueren a causa de los terribles sufrimientos. Después la circulación de la sangre cesa en los pies hasta el extremo de que éstos quedan paralizados.

En los últimos tiempos, debido, a la influencia europea, se han librado grandes campañas de opinión para libertar los pies de las mujeres chinas, pero sin lograr resultados. Aun el edicto de la Emperatriz que pedía a las mujeres que volvieran a la normalidad a sus pies no logró modificar la costumbre.

La mujer china estima que el pie pequeño es una marca de distinción y prefiere sufrir todas las incomodidades y dolores imaginables antes que permitir que sus pies tengan la "tosca" apariencia que tienen los pies femeninos de la civilización occidental.

Pero los generales Feng Yuh-siang y Chang Tsung-chang han resuelto atacar esta tradicional costumbre china por medio de multas o impuestos. La mujer de menos de treinta años que desee seguir violentando a la naturaleza y mutilando sus pies lo podrá hacer, pero tendrá que pagar al estado por darse este lujo cruel. Se espera que este nuevo impuesto consiga lo que no ha podido conseguir ninguna campaña de propaganda. Pues en China, como aquí, poderoso caballero es don dinero.

La última guerra que verá el mundo será entre la raza humana y los insectos. Sin embargo, la ciencia asegura que el hombre será el vencedor.

Muchos creen que esta guerra estallará en el lejano futuro, pero puede decirse que ya ha empezado, por lo menos en algunas partes del mundo.

En los Estados de la Unión Americana, Nueva Jersey, Pensilvania y Maryland, un área de 10.000 millas cuadradas, ha sido invadido por un nuevo insecto conocido con el nombre de Escarabajo japonés.

La oficina entomológica de los Estados Unidos, ayudada por las entidades de los Estados invadidos, han formado un ejército de 550 hombres para combatir al enemigo por todos los medios de que dispone la ciencia.

Hace cinco años que empezó esta guerra y no se ha podido contener el empuje del enemigo que avanza sin cesar, ocupando de día en día mayores territorios.

Una de las varias particularidades de este insecto es que no ataca a una planta determinada, sino a todas: frutas, cereales, raíces, tubérculos, de todo come con voracidad.

Otra característica de este nuevo enemigo que apareció en los Estados Unidos durante la gran guerra es que no hay veneno en polvo ni gas alguno que acabe con él. Posee una saliva alcalina, con la que lo prueba todo antes de comerlo, y si encuentra una hoja impregnada con un ácido venenoso, hace su prueba y se van sin tocarla.

Tampoco le afectan las sales venenosas, pues tiene en los intestinos un ácido que las neutraliza. Hay, sí, venenos que los matan si se les puede hacer ingerir; pero aún el hombre no sabe como conseguirlo.

Como el área de ocupación va aumentando, se multiplican cada vez en mayor cantidad y ahora el temor es que invadan los grandes plantíos de maíz, trigo y algodón, con lo que se producirá una alza enorme de esos productos y probablemente el hambre.

El primer insecto llegó evidentemente a Nueva Jersey por accidente, en un cargamento de azuleos, del Japón.

Los japoneses le llaman el escarabajo de la alubia, y se conoce en el país desde tiempo inmemorial, y se resignan a sufrir las consecuencias de tan terrible plaga.

La razón de por qué estos insectos no se han comido a todo el pueblo japonés es porque la Naturaleza siempre hace que no haya ser que no tenga un enemigo que se los coma. El hombre se come a los animales, éstos se comen a otros, y a los vegetales, y a los insectos, y los microbios se comen al hombre, cerrando así la cadena.

Uno de sus naturales enemigos es el insecto mismo que no puede soportar los inviernos de Nueva Jersey. Se espera que cuando llegue más al Sur, a climas más benignos, la mutua destrucción podrá efectuarse como en el Japón. De este país, de China y aun de la India se llevaron multitud de pequeñas avispas que atacan con furor al escarabajo, pero murieron todas por no poder soportar el du-

Una nueva plaga

amenaza al mundo

ro clima de la región infestada.

Los enemigos de estos insectos que parece dan mejores resultados

son unas moscas que depositan sus huevos en el cuerpo del insecto o en sus larvas. Al nacer la larva

del huevo se introduce en el cuerpo del escarabajo y lo mata.

Para que este aliado del hombre venza hace falta mucho tiempo, pues el escarabajo japonés lleva ya cinco años en el país desenvolviéndose a sus anchas y es una ventaja muy grande la que lleva a su enemigo.

El escarabajo japonés no sólo come toda clase de productos vegetales, sino que mientras el insecto completo come hojas y frutos la larva devora las raíces, y es tal el número de ellos que en un prado se contaron 717 larvas en un metro cuadrado de terreno, y en un campo para el juego del golf, el número de larvas que destruyó la hierba por las raíces se elevó a 1.531 en una vara cuadrada.

El número de insectos en completo desarrollo es igualmente formidable. Para hacer un cálculo se colocaron sábanas al pie de 156 melocotoneros, se sacudieron los árboles y se recogieron en barriles 832 litros de insectos, o sean, unos seis y medio por melocotonero. A pesar de esto, al día siguiente, los árboles estaban de nuevo infectados de escarabajos en número tan grande como veinticuatro horas antes.

La hembra hace agujeros en el suelo en el que depositan tres o cuatro huevos, y, durante quince días, repite esta operación, inundando de huevos el terreno. Del huevo, blanco, de la forma del de la gallina, sale un pequeño gusano que se alimenta de las raíces de las plantas. En septiembre ya tiene dos centímetros y medio de largo y sigue bajo tierra todo el invierno, y al llegar la primavera se envuelve en una cápsula dentro de la cual, en forma de crisálida, permanece unos días para salir ya en forma de insecto completo.

La vida del insecto dura un año, el cual diez meses lo pasa bajo tierra en forma de huevo, larva y crisálida. En el verano va apareciendo el escarabajo, unos antes otros después, de manera que durante cuatro meses está sobre tierra, abundando más durante los meses de julio y agosto. El escarabajo, de más de un centímetro de largo, es de un brillante color verde metálico con élitros que parecen de cobre.

Durante la gran guerra se descubrió que este insecto es muy aficionado al alcohol, no al corriente sino uno que se extrae del geraniol, una sustancia oleaginosa que se obtiene de los geranios y algunas otras plantas.

Rociando un árbol con geraniol, al poco tiempo, sus ramas se inclinan hacia el suelo bajo el peso de millones de escarabajos sedientos que pagan con su vida su golosina, pero a medida que van cayendo muertos otras legiones acuden y a éstas suceden otras muriendo por millones y por millones sucediéndose.

Van de un lugar a otro por legiones y aunque no pueden nadar se les ve cruzar corrientes de agua inmensas, como el río Delaware, amontonados en trozos de madera y ramas flotantes.

Esta plaga se descubrió por primera vez en 1916.

AVISOS ESPECIALES

MEDICOS

Dr. Amadeo Natale

Jefe del Servicio del Hospital Pirovano
ENFERMEDADES DE LOS OJOS
Consultas de 14 a 18
SARMIENTO 736 U. T. 7362, Avenida

Dr. Juan E. Carulla

Médico del Hospital Alvear
ATIENDE ESPECIALMENTE
ENFERMEDADES INTERNAS
MEJICO 1360
Horas de consultas: de 2 a 4 p. m.
Unión Telefónica: Libertad, 0819

Dr. Victor Moraeschi

OCULISTA
JEFE DE CLÍNICA DEL HOSPITAL
OPHTALMOLÓGICO «SANTA LUCÍA»
DE 2 A 4 1/2
BERNARDO DE IRIGOYEN 257
U. T. 4723, Rivadavia

Dr. Alberto T. Barragan

DENTISTA CIRUJANO
DE 14 a 18 SAENZ PEÑA 216
U. T. 28, Mayo 6837

Dr. A. R. Zambrini

Prof. Suplente de la F. de Medicina
Jefe del Servicio de nariz, garganta y
oidos del Hosp. San Roque
VIA MONTE 728 De 2 a 4
Menos los Miércoles

Dr. Jorge I. del Piano

Médico del servicio de garganta, nariz
y oídos del Hospital San Roque
Asistente a la clínica del profesor
Sebileau (Paris)
Consultas: de 2 a 4 p. m.
LIBERTAD 1976 U. T. 8457, Junco
BUENOS AIRES

Dr. Alejandro Pinto

Del Hospital Rawson
MATRIZ, OVARIOS Y CIRUJIA
DE SEÑORAS
B. MITER, 1256. U. T. 432, Adrogue
LINCOLNE

Dr. ELOY A. ESCOBAR DAVIO

Médico oficial del Círculo de
la Prensa y Director del Ser-
vicio Médico del Jockey Club.
RIVERA 1278
Consultas: de 3 a 5 p. m.
Unión Telef. Chacarita 2612

DEFINICIONES

El cariño es una elección; la simpatía que a un hombre inspira otro.

La concordia es la común participación en todas las cosas, la armonía de pensamientos y proyectos.

El amor es una prueba absoluta de afecto.

La política es la ciencia de lo bueno y de lo útil; el arte de establecer la justicia en el Estado.

La sabiduría en los consejos es el don natural de razonar con exactitud.

La fe es la persuasión fundada de que las cosas son como nos lo parecen; es una gran firmeza de carácter.

La verdad existe en la afirmación y en la negación; es el conocimiento de lo que es cierto.

La voluntad es una inclinación del alma hacia un fin razonable; un deseo razonable; un deseo conforme a la razón y a la naturaleza.

La circunspección es lo que preserva del mal; el cuidado de nuestra seguridad.

El orden es la armonía de funciones entre cosas que se relacionan; la proporción en el conjunto; la razón de las relaciones de los seres; el método para aprender.

La atención es la aplicación del espíritu que quiere instruirse.

Platón.

Los heroísmos desconocidos - Dos mujeres ocultaron durante la ocupación alemana a un soldado inglés.

"El Daily Telegraph" de Londres, viene publicando las aventuras del soldado irlandés Patrio Fowler, del 21.º regimiento de Husares.

Patrio, en el comienzo de la guerra, cuando se retiraba el ejército inglés de Bélgica, se vio separado de su unidad al ser librada la batalla de Cateau. Temiendo ser hecho prisionero se ocultó en los bosques, y cuando estaba ya medio muerto de hambre encontró a varios carboneros franceses.

Uno de ellos, llamado Luis Basquin, se ofreció a esconderle, y después de vencer infinitos obstáculos, y haciéndole pasar por en medio de las tropas alemanas, que ocupaban el país, consiguió llevarle a casa de su suegra, la señora Belmont-Gobert, que vivía a la entrada del pueblo de Bertry, cerca de Cambrai.

Dicha francesa y su hija Angela tuvieron escondido al húsar desde entonces hasta el 10 de octubre de 1918, es decir, más de cuatro años.

En este tiempo ambas mujeres debieron realizar verdaderos prodigios para ocultar y alimentar a su huésped.

En varias ocasiones la señora Belmont-Gobert y su hija vieron obligadas a alojar en su casa y jardín a veinte soldados alemanes.

Ambas sabían que si era descubierto su protegido serían ellas fusiladas; pero, sin embargo, jamás pensaron en traicionarle ni en obligarle a irse.

Al menor alerta el húsar se encerraba en un gran armario colocado en la alcoba de la más anciana de las mujeres, y allí permanecía muchas horas casi asfixiado, oyendo los gritos y cantos de los soldados alemanes, reunidos en el comedor inmediato.

Cuando podían, las dos mujeres le llevaban al armario algunos alimentos, y por la noche el soldado salía al campo a tomar un poco de aire.

Como los víveres de que disponían las dos francesas eran escasísimos, pasaban todos verdaderos hambres.

En los últimos tiempos el soldado cayó enfermo de gravedad, y ellas avisaron al farmacéutico del pueblo Mr. Leon Baudet, que iba a curarle al armario y le llevaba las medicinas.

"El Daily Telegraph", enterado de que las dos francesas viven ahora en la miseria, ha abierto una subscripción en sus columnas en favor de ellas, que engrosa rápidamente.

Una película pintoresca. - El juez, el demandado y el leopardo.

Hace algunos días el propietario de un inmueble de Berlín presentó una denuncia contra uno de sus in-

quilinos, al que quería desahuciar por razones muy justas.

Según dicho casero, el inquilino en cuestión tenía un leopardo en su domicilio y el animalito salía con frecuencia a dar un paseo por las escaleras, causando el pánico entre todos los demás vecinos de la casa.

En vista de ello acudió a los tribunales.

El inquilino se presentó llevando sobre ruedas un cajón enorme, donde estaba el leopardo.

Dejó el cajón a la puerta del Tribunal, lo abrió, sacó el leopardo, y acompañado de él penetró en la sala donde había de celebrarse la vista de la causa.

El juez, el fiscal y el secretario se quedaron aterrados cuando vieron entrar a la fiera; pero el inquilino les tranquilizó diciendo:

—Se trata de un leopardo perfectamente domesticado y absolutamente inofensivo. Prueba de ello es que me ha seguido como si fuera un perrito, y aquí está a mi lado tranquilamente. Pueden Vds. acariciarlo, en la seguridad de que no les acometerá, y de que, antes al contrario, agradecerá mucho sus halagos.

El juez, aunque con algún recelo, se inclinó por encima de la mesa para pasar una mano sobre la cabeza del leopardo; pero éste lanzó un rugido, dio un salto formidable y se precipitó con la boca abierta sobre los miembros del tribunal, que lanzando gritos de terror apelaron a la fuga.

El juez, el fiscal, el secretario, el abogado defensor y el casero que acusaba saltaron a la calle por unas ventanas bajas; pero el leopardo saltó también detrás de ellos.

El pobre magistrado, viéndose perdido, subió a un tranvía en marcha; pero el leopardo saltó tras de él, cayendo en medio de la plataforma posterior con el consiguiente asombro de los viajeros que iban en la misma.

Varios policías subieron al tranvía y se encontraron al juez luchando con el leopardo; pero cuando iban a disparar apareció el dueño de la fiera gritando:

—¡No lo mateis que es inofensivo!

Los policías retrocedieron, y el dueño del leopardo aprovechó su perplejidad para subir igualmente al tranvía, coger al animal por una oreja y hacerle bajar, no obstante sus rugidos y su resistencia.

Un tenor muerto por su esposa, que estaba celosa de las admiradoras de su marido.

El tenor Grosavesco, de origen rumano, cuya actuación en la Ópera Nacional de Viena, le había proporcionado una enorme cantidad de admiradores había hecho grandes estragos entre las damas de la buena sociedad y recibía constantemente de ellas cartas con declaraciones amorosas.

Esto excitaba los celos de la esposa del tenor, la cual no se separaba de él a ninguna hora y le promovía escándalos cada vez que su marido intentaba salir solo a la calle.

Hace poco Grosavesco terminó su contrato y decidió salir para

Berlín, en uno de cuyos teatros debía actuar.

Grosavesco estaba en el hotel arreglando sus maletas, cuando penetró en la habitación su esposa, y le dijo:

—Yo también voy a hacer mis maletas, porque me voy contigo.

Grosavesco repuso:

—Tú te quedarás en Viena, porque no me haces ninguna falta.

Ella empezó a gritar, salió de la estancia y volvió al poco rato cargada de ropa.

—Todo esto es mío—dijo— Métele en tus maletas, porque partiremos juntos.

El tenor recogió la ropa de su mujer y la tiró al pasillo, y como ella protestara, la cogió de un brazo y la arrojó sobre la ropa. Ella entonces, sacó un pequeño revólver y disparó contra Grosavesco, que cayó muerto de una bala en el corazón.

Al ver a su esposo en tierra y cadáver, la señora de Grosavesco cayó en tierra desmayada.

El judío que compro sangre para su esposa enferma. Y como se la vendieron mala y a bajo precio murió la paciente

Según cuentan los periódicos de Varsovia, en Lublin se ha desarrollado un extraño suceso, que es objeto de todas las conversaciones.

Un rico comerciante de origen judío, apellidado Krishbaum, cuya esposa se encontraba en un estado de salud de lo más precario, fue a Varsovia recientemente a consultar con un especialista. Este le dijo que su esposa moriría si no se le practicaba la transfusión de sangre.

El comerciante regresó a Lublin y publicó en los diarios un anuncio en el que ofrecía mil zlotys a quien le vendiera, con destino a su esposa, un vaso de su propia sangre.

Como hay mucha miseria en Polonia, 32 personas acudieron, al leer el anuncio, para realizar la extraña venta. De ellas, dos eran católicos, una protestante y 29 judíos.

Como el señor Krishbaum es comerciante hasta la médula consideró que debía cumplirse en este caso también la ley económica de la oferta y de la demanda. Reunió, pues, a los 32 aspirantes y les dijo:

—Había ofrecido mil zlotys; pero como dispongo por lo visto de 32 vasos de sangre, es necesario que obtenga lo que necesito con alguna economía sobre lo calculado. Voy a realizar una puja a la baja.

Los 32 aspirantes fueron rebajando, y, por último, quedó vencedor un joven estudiante, judío de Varsovia, que dijo se contentaría con 300 zlotys.

Satisfecho con el negocio, el señor Krishbaum llamó a un practicante que, sin realizar labor preparatoria alguna ni tomar la más leve precaución en ningún sentido, realizó la transfusión de la sangre inmediatamente. Pero a los pocos minutos de realizada, su esposa, víctima de un colapso y de

"Sarmiento"

Asociación Protectora de Animales

Santiago del Estero 649

Presidente:

JOSÉ PEREZ MENDOZA

Oficinas, Hospital y Consultorio

Horario de Consultorio:

de 9 a 11 y de 16 a 18 horas

Consultas por cartas sobre animales enfermos se contestarán gratuitamente en el día, a las personas domiciliadas fuera de la Capital

una crisis nerviosa, sucumbía.

El practicante que había reallizado la operación dijo al comerciante que, sin duda, el estudiante tenía la sangre en malas condiciones.

Desde entonces, el Sr. Krishbaum, que ha caído en un profundo abatimiento, no cesa de decir a todo el que quiere oírle:

—¡Me he convencido de que lo barato es caro!

Una extensa región de California invadida por los ratones.

Despachos de Bakersville dicen que en dicha región californiana, grandes ejércitos de ratones han invadido campos y aldeas en número tan enorme, que con frecuencia, los automóviles tienen que detenerse en las carreteras.

Huertas y sembrados son devastados por los animalitos en cuestión, que entran, además, en las casas, devoran las provisiones de las despensas y hacen huir a los gatos.

Los campesinos intentan en vano luchar contra la plaga.

Han sido derramadas delante de las rutas de invasión de estos ejércitos ratoniles muchas bolsas de granos de trigo empapados en sustancias venenosas; pero los ratones se han comido esos granos y han seguido avanzando.

En vista de ello se ha recurrido a los gases asfixiantes. Con ellos se matan muchos ratones, pero, siempre hay más. Los vivos pasan sobre los cadáveres de sus hermanos muertos y continúan las devastaciones.

Estos ratones han salido de una región arbolada donde venían cazando desde tiempo inmemorial los cazadores californianos más notables.

Dicen los veterinarios que, habiendo matado dichos cazadores a las bestias salvajes, que hacían su principal alimento de los ratones, y como son muy prolíficos, se han desarrollado en proporciones aterradoras.

"El señor cura y los ricos", en el
San Martín

El segundo estreno de la temporada de De Rosas en el San Martín, fué la pieza del epígrafe, comedia en cinco actos de Vautel, Chaine y De Lorde, que en París obtuvo un éxito extraordinario y por cierto explicable. Es una obra francesa por donde se la mire. Queda dicho con ello que hay un marido estúpido y ambicioso, una esposa adúltera y un burlador. Pero lo más importante de la comedia no es el conflicto conyugal. Es la figura de un buen cura de aldea, el abate Pelegrin, sacerdote que actuó en las trincheras durante la guerra, valiente soldado al servicio de la religión tanto como de la patria y que por esta circunstancia ha perdido algunas características de los curas en general. Es un hombre sencillo, que llama a las cosas por su verdadero nombre, y que, siendo liberal, cumple devotamente su ministerio. Personaje simpático, por el hábito de sinceridad que trasmite en todo momento, es el eje de la obra y el reconocimiento de sus virtudes al final de la acción, por el arzobispo, pone un broche amable de clausura.

Enrique De Rosas interpretó ese personaje con mucho acierto, dando la impresión de haberlo estudiado y comprendido. Lo mismo Matilde Rivera en su rol de esposa ligera; muy correcta Pilar Gómez de gobernanta, y acertados Carlos Belluci y Martínez.

La pieza, demasiado larga quizá, fué recibida agradablemente por el público.

La Berutti

Los primeros espectáculos de la compañía de opereta que capitanea en el Ateneo esta aplaudida tiple, han tenido bastante público, pudiendo afirmarse que la temporada comenzó con suerte.

"La bayadera", que conocía en italiano nuestro público, tuvo una buena interpretación. Inés Berutti, en el personaje de Ivette, gustó con justo motivo, pues se desempeñó muy agradablemente. Bien también estuvieron sus compañeros de escena, entre los que cabe citar a la Fuster y a los actores Albadalejo y Russel.

Bien presentada escénicamente la opereta de Kalmann, la orquesta que dirige el maestro Pibernat actuó discretamente.

MATATIEMPOS por TIRIN Charada teatral

Prima, segunda y tercera, gran artista nacional. Si inviertes prima y segunda y le agregas además la tercera, te resulta un Rosas, menos o más. Tercera y prima es un tiempo de un verbo muy regular que significa cubrir lo que destapado está. La primera y la segunda con acento en la final, viene del verbo poder pero a la criolla nomás. Si con esto no lo aciertas no sé qué decirte ya, más que en la calle Corrientes de fijo la encontrarás.

(La solución en el núm. próximo)

TEATROS

Como me lo contaron

Noches pasadas, se comentaba en rueda de alacranes el éxito del Liceo y la satisfacción de Federico Mertens por la contradicción entre las opiniones desfavorables de la crítica y el argumento irrevocable de la boletería.

Uno de los contertulios contaba que Mertens no hablaba de otra cosa que de "La familia Pickaerpack" y de la persistencia de la obra en el cartel.

—"La familia Pickaerpack" se mantiene.

—"La familia Pickaerpack" va a ser la obra del año

—"La familia Pickaerpack" es un batacazo.

—Agregaba el narrador que, noches atrás había presenciado el siguiente diálogo:

—¿Cómo le va, Mertens?

—Muy bien, don Julio, ¿y usted?

—¿Y la familia?

—Macanudamente. Pasó de las cincuenta representaciones y sigue derecho para el centenar.

Los locos del Bequello, de Eleodoro Peralta, en el Apolo

Muy explotado ha sido ya en la novela y en el teatro el tema de la vida bohemia. Pintores, poetas, músicos y filósofos, herederos de las glorias de los protagonistas creados por Murger, aparecen con características siempre análogas, debatiéndose entre la miseria y la gloria, mantenido el fuego de su juventud por las rachas del romanticismo.

Eleodoro Peralta ha tocado el asunto con fortuna ya que no con la originalidad necesaria para darle novedad a tan manoseados personajes. Entre ellos figura también la inevitable Mimí, pero que en este caso no muere tuberculosa ni procede del bajo fondo, sino que representa la fortuna de los poderosos que llega con el cuerno de la abundancia a solucionar los conflictos de aquel grupo de artistas pobres.

A pesar de todo, está explotado el tema con gracia y habilidad, desarrollándose en escenas pintorescas y llevando la acción con interés, no obstante la escasa enjundia de la misma y la sencillez de la fábula, limitada a una simulación de amor para despertar los celos de un tercero que se mostraba indiferente a las insinuaciones de la supuesta y tergiversada Mimí.

La compañía de los Ratti puso en escena esta pieza con su habitual corrección. César y Pepe encontraron papel para lucirse, igual que Chela Cordero, debutando en esta pieza la simpática Mechita Caus, recién incorporada a este elenco, la que fué objeto de una calurosa demostración de simpatía. Los demás hicieron todo lo posible por quedar bien y lo consiguieron ampliamente.

La próxima novedad del cartel del Apolo será la pieza "Qué suerte tengo, mi Dios" de Alejandro Berutti, director artístico del conjunto.

Muñoz estrenó "Tamagno"

Folco Testena, periodista italiano que ha dado a nuestra escena varias obras, algunas interesantes,

es un hombre afortunado. Se encuentra radicado en Génova y estrena piezas en Buenos Aires, lo que no consiguen muchos autores argentinos que jamás han salido de la metrópoli. Bueno, en el reino del teatro todo es concebible... y hasta representable.

"Tamagno", grotesco en dos cuadros, es la historieta de un cantante italiano fracasado en una aventura de gloria y de dinero. Es uno de tantos que en Europa creen que basta desembarcar en América para conquistar una fortuna. A "Tamagno" le sale mal el lance y empieza a sentir apuros económicos que le conducen, a poco, a suscribir inconcientemente documentos ilegales. Va a la cárcel y, como consecuencia moral, enloquece. Cuando sale, su demencia le lleva a evocar en forma tragicómica su pasado de prestigio, la gente se burla de él y sólo una mujer que fué su amante, abre sus brazos conmovida de conmiseración y de amor.

La pieza que nos ocupa da la impresión de una cosa bien pensada y teatralmente mal realizada. Con pasajes de verdadero interés, con algunas escenas humanas, "Tamagno" no alcanza a convencer del todo y de aquí, que el público quedó un poco desconcertado al caer la cortina sobre la escena final. Sin embargo, aplaudió.

Evita Franco

La compañía nacional de la Comedia ofreció una versión de "La malvada", aquella comedia bien escrita, pero poco verosímil que estrenó años atrás, en el Liceo, la compañía de Angelina Pagano. El personaje protagónico se adapta a las facultades interpretativas de Evita Franco, quien lo hizo con brioso desenfado, arrancando aplausos al público en los momentos más interesantes.

Ensayo este conjunto y posiblemente haya estrenado ya, "Una chica de la calle", de Julio F. Escobar" de la que se espera un buen éxito.

Los del Mayo

Haciendo una caricatura de las escenas más destacadas de la zarzuela "La bejarana", los señores Aramburu, Vela y Sancha, bordaron una parodia que con el título de "Vaya Jarana" estrenó en el Mayo la compañía Casenave-Hernández. Es graciosa y el público gustó de ella, aplaudiéndola mucho, igual que a los intérpretes.

En el Nuevo

Las operetas franco-argentinas que vienen ocupando el cartel del Nuevo, "Un buen Muchacho" y "Tres chicas desnudas", mantienen el entusiasmo del público. Sin embargo, la dirección artística no se duerme sobre los laureles y ya tiene en preparación, para cuando sea necesario echar mano de nuevos recursos, la pieza que ha de reemplazar a la que comience a aflojar de aquellas. Será también una opereta francesa, "La haute" de Mauricio Ivain, traducida por Amadoni y Pelay con el título de "Una fantástica aventura". Es de esperar que tenga la misma saludable vida que sus hermanas mayores.

Dos éxitos

"Cortafierro" y "La proa" monopolizan el cartel del Nacional, atrayendo público sin necesidad de variaciones de ninguna clase. Son dos piezas de fuerte contextura, que resisten sólidamente los vaivenes a que están sujetos en esta temporada todos los teatros.

Sin novedades en el Maipo

Las revistas del Maipo estrenadas al inaugurar sus funciones esta sala, siguen tranquilamente en el cartel, como si en toda la ciudad no hubiese ningún otro teatro. Para los del Maipo no hay competencia en el género, porque han sabido acaparar el lujo, el buen gusto y las muchachas bonitas de la batallaneria porteña.

Dualidad Parraviciniana

Parra, novel concejal, es un viejo en el Concejo, y del teatro, antiguo, viejo, es un joven inmortal. Grave concejal, con tino defiende a los del teatro, y actuando en el Argentino hace reír a más de cuatro.

El Argentino, Reino de la Risa

Cada vez resulta más hilarante la pieza vodevilesca de Velloso, estrenada al inaugurarse la temporada, en la que Parra hace derroche de gracia. Hacía muchos años que la obra del debut no "pegaba" como ha "pegado" "Una cura de reposo", que para el público debía llamarse "Una cura de alegría", por que sale del Argentino más alegre que un 25 de mayo.

A Parra, elegido concejal por la gente de Teatro, debía designarsele, como cómico, príncipe de la Risa o Sumo Pontífice de la Carcajada, extendiéndole el correspondiente diploma... Posiblemente le resultaría más grato que el de concejal, que ya ha comenzado a darle malos ratos.

Grand Splendid

Cintas de todo punto notables ha exhibido este regio cine en los últimos días, determinando una afluencia extraordinaria de familias de nuestra mejor sociedad. Estos éxitos han de renovarse seguramente en la semana en curso, dada la importancia de los estrenos que se preparan y que corresponden a películas de las mejores marcas.

Capitol

Numeroso público selecto se da cita en esta sala, de antiguo prestigio, en la que se pasan buenas producciones del arte silencioso. Anuncia la empresa novedades de interés, que han de llevar mucho público al Capitol en los próximas funciones.

Cine Park

Muy interesantes resultaron para la concurrencia las películas exhibidas en esta hermosa sala de Palermo, la mejor del barrio.

Para la semana venidera, el cartel tendrá particular atracción, por los estrenos que se ofrecerán y que han despertado interés en los habi-túes.

ULTIMAS CREACIONES DE LA MODA FEMENINA

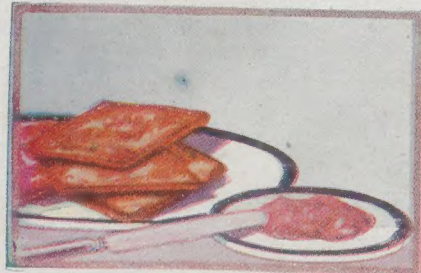
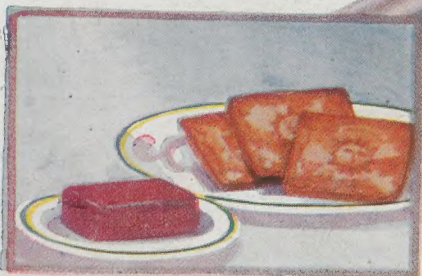


BLUSAS MODERNAS. — MODELOS CYBER. — 1. Blusa-chaleco de China verde orlado con tela igual a la del vestido, con sobresalientes marrón. — 2. Blusa en el estilo deportes, de crespón de seda rosa antiguo, con aplicaciones de cuero, de varios tonos, formando dibujos geométricos. — 3. Blusa-casaca de crespón Georgette negro adornada con calados fantasía. La parte inferior de las mangas y de la blusa está confeccionada con satén negro. — 4. Blusa-camisero de crespón de China crudo con cuello y puños de linón de hilo blanco. Corbata de cinta de falla negra. La cintura y la falda son de crespón de China escocés negro y beige sobre fondo blanco. La falda está completamente plisada.

Siempre Frescas



Reemplazan con ventaja al pan de ayer



Ahora que la nueva ley nacional prohibiendo el trabajo nocturno en las panaderías ha entrado en vigencia, en vez de comer pan de ayer, prefiera las sabrosas Galletitas CAMPO de Bágley, pues ellas debido a su envase herméticamente cerrado, llegan a su mesa en cualquier momento frescas y apetitosas como si recién saliesen del horno.

Estas excelentes galletitas quebradizas, sin azúcar ni levadura, resultan realmente más agradables que el pan. Son más livianas y saludables y lo aventajan además en fuerza nutritiva y facilidad de digestión.

Su precio moderado las pone al alcance de los bolsillos más modestos. En venta en todos los almacenes.

Estas Galletitas como todas las de la producción Bágley, se elaboran completamente a máquina y de acuerdo con los últimos adelantos de la higiénica y de la técnica, en nuestros establecimientos, los más grandes y modernos de Sud América



GALLETITAS

CAMPO

BÁGLEY